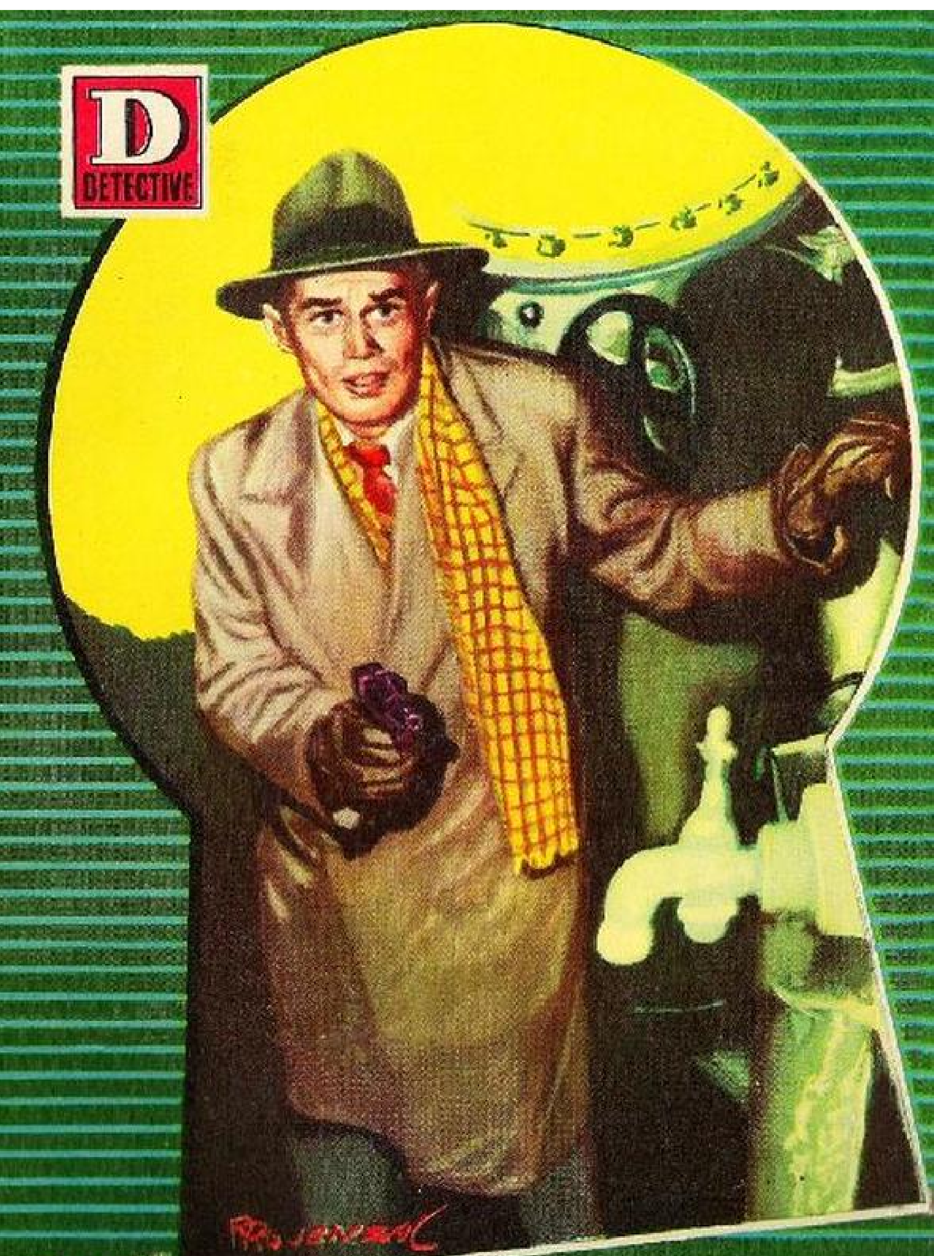

D
DETECTIVE
Danny Spade
TRAGICA OBSESION

DANNY SPADE

Trágica obsesión

1.ª EDICIÓN
ABRÍL 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

TÍTULO ORIGINAL:

FRISCO ROCK

Traducción de:
BALDOMERO PORTA

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona


Trágica
obsesion
por DANNY SPADE
D
DETECTIVE

Capítulo primero

Hay cuerpos y cuerpos, pero cuando un hombre encuentra uno como el de Jeanie, puede ponerle la etiqueta de «trabajo de artesanía». Hasta corre el riesgo de caerse de espaldas. Verdaderamente, es muy posible que le haga cambiar de aspecto por toda una semana.

Ustedes sabrán, por supuesto, lo que me ocurrió en San Francisco. Es ésa una ciudad en la que se tiende la niebla por la noche, en la que el barrio chino adquiere una fisonomía nueva y todavía más siniestra y en la que el sonido de las sirenas de los buques y el de las bocinas de los guardacostas de la policía atraviesan la amarillenta lobreguez como para hacerle patente a uno que, más allá, en cierto punto de la bahía, se levanta la fortaleza insular de Alcatraz. ¡Y amigos, vaya pensamiento éste para albergarlo en el pecho de uno en una noche obscura!

Estaba terminando un caso que había tenido a Méjico, de uno a otro confín, por escenario y me disponía a marcharme sin rodeos, regresando a Nueva York en avión, pero me detuve ante el «Mark Hopkins Hotel» y monté en el ascensor para subir al bar que está en la cima del edificio. Es el llamado «Top of the Mark»[1]. Es el mirador de San Francisco, desde el cual se divisa toda la maldita ciudad… y permítanme que les diga que el panorama resulta maravilloso. A la izquierda se ve Oakland, a la derecha, lugares como Singapore Bar… y, como les decía al principio, junto a mí, Jeanie, ¡la rubia que tiene todo lo que una muchacha debe poseer y en los puntos precisos en donde las cosas tienen que estar!

Acababa de pedir ginebra Scotch a la antigua y me volví para echar otra ojeada a la perspectiva. Era de noche. Las luces de la bahía se encendían una después de otra. Ésa es la hora del día,

peculiar de San Francisco.

Me apoyo en la balaustrada con la cabeza libre de pensamientos, como no sean pensamientos estéticos, y de pronto esa voz opaca llega hasta mí a través de la niebla de la noche.

Así es como conocí a Jeanie. Era un buen principio para una conversación, mírenlo desde el punto de vista que quieran. La cosa sucedió de este modo, sin pausa en el estadio de la presentación:

—No se vuelva al momento, pero cójame del brazo como si me conociera. Cójame del brazo y sáqueme de aquí. ¡Si no estoy fuera dentro de cinco minutos seré el cadáver mejor vestido que se encuentre en este lugar!

Yo no me moví enseguida. En realidad, actué en un todo a la perfección. Tardé exactamente el tiempo preciso. Luego extendí la mano, la cogí del brazo y hasta se lo apreté un poco. En fin de cuentas, algún provecho tenía que sacar del pacto.

Su carne tenía una blandura placentera, la que ha de tener el brazo de una mujer bonita. Me estaba preguntando si mi buena estrella se mantendría en pie, y cuando me volví para comprobarlo, vi que no sólo se había mantenido en pie, sino que se había doblado hacia atrás sobre mi espalda.

—¿Lista para marchar? —pregunté a la muchacha de aspecto subyugador.

Sus azules ojos me miraron a través de unas pestañas curvadas hacia abajo, en lugar de doblarse hacia arriba. Y como detrás de una pantalla, sus ojos se animaron transmitiéndome su mensaje particular: «Adelante».

—Marchémonos —me dijo, al mismo tiempo que su esbelta figura se doblaba sobre mi antebrazo.

Yo me enderecé y nos encaminamos hacia la puerta. Notaba perfectamente que sus nervios estaban en tensión. Pero nada sucedió. Salimos del establecimiento y nos detuvimos en el pasillo esperando el ascensor. Me fijé en que no llevaba abrigo.

—¿No tiene una capa o cosa parecida? —le pregunté—. Aquí las noches son muy frías.

Ella respondió, negando con la cabeza.

—No quiero separarme de usted.

La miré. Debajo del maquillaje, su rostro estaba intensamente pálido.

—Vaya a buscar su abrigo —le dije—. ¿Qué diablos le puede ocurrir en el tocador? Esto no es una película, niña. Es la vida real. ¡Vaya a buscar su abrigo y abandone las actitudes dramáticas!

Me parece que le hablé con rudeza, porque una tensión excesiva es perjudicial para las señoras y me gusta cortarla desde un comienzo. Quizá no debí hacerlo, pero ¿cómo puede adivinar uno esos detalles?

—¿Por qué no puedo haberlo olvidado en ca…? —Pretendió replicar.

Yo la atajé ahí.

—Ea, no discutamos. ¿Le parece?

La joven se volvió, cruzó la puerta moteada en rosa y cerróla tras de sí. Encendí un cigarrillo, dispuesto a esperarla. Luego eché una ojeada a mi alrededor por si había alguien que se hubiese tomado la molestia de fijarse en nosotros, pero excepto un señor de edad, que salía del bar en aquel mismo momento, no había nadie más en el pasillo.

El señor de edad vino hasta mí. Allí nos quedamos. Subió el ascensor, descargando una docena de personas entre hombres y muchachas. Luego volvió a descender. Para entretenerme en algo, me puse a contemplar las vueltas que daba el indicador. Preguntábame al mismo tiempo qué diantre de menesteres se le presentan a una señora en tales habitaciones. Siempre salen con el mismo aspecto de cuando han entrado, entonces ¿qué diablos han hecho dentro? Después noté que tenía alguien detrás. Me volví y miré a mi alrededor. Era el mismo señor de antes. Se sonrió. Me sonreí. Y me pregunté por qué no había entrado en el ascensor al pararse allí hacía poco.

Acaso me volvía malicioso. Podía ser que estuviera esperando una mujer. Contaría unos cincuenta años, pero los cincuentones hacen muy buen papel. Pueden permitirse el lujo de hacerlo. Son los del dinero. No cabía duda de que no tenía que ser necesariamente un bribón ni un chantajista. Era probable que se tratase de un negociante retirado que hubiera salido de juerga.

Y he ahí que a causa de una dama de voz opaca y ojos azules que miran a través de unas largas pestañas, sólo por ella, la sangre se agolpa, con un clamor, en mis arterias. Colijo que debo estar loco.

Y el ascensor que sube de nuevo y el señor de edad que no entra. Y yo que me exaspero por lo mucho que tarda la niña en recoger el abrigo nada más. Con lo que miro otra vez a mi alrededor y veo en la puerta del bar a otro individuo que me está observando muy detenidamente. Tomo una decisión y me dirijo hacia el tocador.

De pronto, toda mi atención se concentra en los oídos. El sujeto de la puerta del bar se ha puesto a mi lado con tal celeridad que parecía haber estado entrenado para un buen equipo de *rugby*.

—Sosiéguese, muchacho —me dijo—. No se permite la entrada a los hombres. Infringiría el reglamento.

—¿De veras?

Y mientras se lo preguntaba sonriente, mi pie se levantó y le dió un golpe debajo de la rodilla.

El dolor repentino le obligó a doblarse. Quedó un momento en falsa posición, y, aprovechando esta circunstancia, le asesté un puñetazo en la mandíbula con la fuerza precisa y exacta. Mientras él retrocedía tambaleándose hasta la pared, yo me lancé hacia la puerta del tocador y entré.

¡Cosa extraña! El aposento está vacío. Limpio. Nada. No se ve a nadie. Oigo unos golpes débiles en una puerta de la izquierda, pero comprendo lo que significan. Es la doncella, que ha sido encerrada en el gabinete para dar tiempo a que alguien se llevara a la joven de los ojos azules.

Me volví. Salí corriendo hacia el pasillo. Llegué a tiempo para ver cómo se cerraban las puertas del ascensor y cómo el indicador se ponía de nuevo en movimiento. El sujeto a quien golpeé se había incorporado. Busqué con los ojos al señor de edad. No sé por qué. No existía razón alguna para seguir allí. Antes no había tenido yo la perspicacia suficiente para comprender que era uno de los peligros, pero ahora lo comprendo instantáneamente.

En este punto, advirtiendo que los demás concurrentes del bar habían ido interesándose por mis andanzas, procuré ordenar rápidamente mis ideas, mientras un individuo con una armazón corpórea como la de un tranvía cerrado, se acercó y me dijo: «¡Vamos a ver, tú!».

—¿Cuál es el tremendo motivo para promover todo ese revuelo, *mister*? ¿Qué se le ofrece?

Eché mano del único recurso que se me ocurre en tales

circunstancias y le puse ante los ojos mi pequeña tarjeta en cartulina, que reza: «Daniel Spade, Detective privado. Autorizado para operar en los Estados Unidos». Queda mucho más que sigue a continuación, pero el sujeto sólo llegó hasta aquí. Cambió la expresión de su rostro. Se le vió confundido e intrigado al mismo tiempo, si ustedes comprenden lo que quiero expresar.

—¡Caramba! ¿Por qué demonios no le hace usted saber a uno que…?

Y se pone a contarme como en otro tiempo fué agente de policía «júnior».

Pero yo no le dejé, sino que, cogiéndole por el brazo, le dije:

—Tengo que perseguirles. Cuide que no salga nadie de aquí.

Y me voy, pero a toda velocidad.

Bajé las escaleras corriendo, y en el pasillo siguiente tomé el otro ascensor, que no iba en mi dirección, pero yo le hice cambiar de idea.

Abajo había partido un coche unos segundos antes de salir yo, de modo que, a menos que encontrase un taxista que tuviese buenos ojos, podía abandonar la partida. Eché una mirada a mi alrededor y vi a un hombre que estaba de pie en el bordillo. Le expliqué abreviadamente mi problema. Su rostro adquirió una expresión estúpida. Sus repuestas concordaban con su cara. En otras palabras, ¡me encontraba atascado!

—Muy bien, compañero —le dije—. No destruyamos una hermosa amistad. Dejémoslo como está.

Entré otra vez en el «Hopkins», pero de improviso un chaval moreno se separó del mostrador y acercóse hacia mí. Su rostro parecía alterado, en sus ojos brillaba una mirada de locura y desesperación. Parecía un maniático o un cruzado de la organización «Alcholics Anonimous». El chaval enfocó de frente lo que le inquietaba. Vi desde entonces que el curso de aquella noche me conduciría por extraños senderos.

—¡Usted iba con ella! ¿A dónde se ha ido? ¡Es mejor que me lo diga! ¡Tengo que saber dónde está!

Pronunció las palabras a toda prisa, sin respirar. Le vi profundamente alarmado, y lo único que puede hacerse con un individuo terriblemente alarmado que tiene la mano izquierda hundida en el bolsillo es llevarle amablemente hacia el bar. Si usted

no consigue hacerle beber procure ganar la salida más cercana y corriendo, no andando.

—Tranquilícese, amigo —empecé—. No sé dónde está ni quién es «ella», pero si tomamos un par de copas, acaso…

En el mismo momento, él se abalanzó contra mí. Comprendí que estaba casi en medio de un altercado y apoyé la mano en su brazo, hablándole muy bajito:

—No lo haga, amigo, no servirá de nada. En cambio el discutirlo tranquilamente ante una copa puede aprovechar algo. ¿Qué le parece?

Comprendí que su mente estaba tan alterada que no me sería posible hacerle reflexionar con sensatez Vi el guiño nervioso que alteraba sus ojos y el movimiento inconsciente de las comisuras de sus labios. Tomé una decisión rápida y la puse en práctica. Mi mano cambió ligeramente de proceder. Deslizóse por su brazo hasta la muñeca, se la retorcí con fuerza y le hice dar la vuelta, de modo que ahora le tenía de espaldas a mí y bien cogido. Enseguida levanto la otra mano y le golpeo en el pescuezo con bastante rudeza. El chaval se desploma. Le sostengo por los sobacos y le deposito en uno de los bancos afelpados cercanos, un par de personas nos miraban con curiosidad. Vi que el policía de la casa se dirigía hacia nosotros. Su persona estallaba de autoridad.

—¿Qué pasa, Mack?[2] —inquirió.

—Un borracho —contesté—. Quiso lanzarse contra mí.

—¿No es broma? —Pero al mismo tiempo ardía de indignación, lo cual resultaba en su caso una simpleza—. ¡Yo me haré cargo de ese truhán!

—Déjelo —le pedí—. No nos busquemos complicaciones. Quizá necesitaba un dólar. La cosa no es grave. ¿Qué le parece si lo damos al olvido?

No parecía estar demasiado predispuesto, pero yo insistí con parecidos argumentos y pronto se mostró conforme a dar el asunto por terminado. Pero quería que el muchacho se quedase con él, lo cual no entraba en mis cálculos. Tenía que hablar personalmente con el joven.

—¿Por qué no les invito a los dos a echar un trago y lo dejamos todo? —sugerí.

Al guardia no le apetece beber durante las horas en que se

supone que estará en su puesto.

—Yo no, señor. Y me parece que deberíamos mantener la acusación contra el chaval.

—He pertenecido a los Boy Scouts —le digo para demostrarle que el joven no me da miedo—. Por esta vez, dejémoslo.

—Es cosa suya. No me critique si más tarde le sale al encuentro. Se me antoja que sufrirá usted una agresión —y mientras pronunciaba estas palabras, se inclinó y cogió por el brazo al chaval, quien empezaba en aquellos momentos a darse cuenta de lo que le rodeaba—. Ven, pillastre —le dice—. Te voy a llevar al cuartelillo para encerrarte. Tienes la suerte de que este señor no quiera tomar una decisión.

El muchacho no contestó palabra. Me miró con una rara expresión en el fondo de sus ojos y luego le siguió, mientras yo me quedaba allí viendo como se alejaban. El cuartelillo estaba solamente a una manzana de casas más allá. Podría yo estar de regreso en un par de zancadas, andando deprisa, pero no quería que el guardia supiese hasta qué punto me interesaba la cuestión. En consecuencia, me acerqué al bar lanzando unos breves resoplidos, disgustado contra mí mismo, al par que meditaba un poco. Pensaba, por ejemplo: ¿Quién diablos sería la muñeca aquélla? ¿Por qué mostraría tamaño espanto? ¿Y cómo interesaría tanto a algunas personas que se la hubieran llevado del tocador con tal diligencia que ninguno de los presentes en el establecimiento puede adivinar cómo?

Todos esos «Tocadores para Señoras» suelen tener otra puerta de salida. Es la del personal. De modo que lo difícil no es figurarse cómo, sino por qué la secuestraron. Y la razón de que me fuera difícil radicaba en que yo no sabía quién era la niña en cuestión. No era la heredera de un potentado. De ello estaba seguro. No era una mundana… no era una estrella de cine. Entonces ¿por qué regla de tres era tan popular entre los bergantes de la ciudad?

Cuando miré el reloj, diez minutos más tarde, no había hallado ninguna respuesta a mis preguntas. Apuré lo que quedaba en mi vaso y encendí un cigarrillo. Estaba a punto de volverme para salir del bar, cuando se me ocurrió dirigir la mirada hacia el largo espejo que había encima de las botellas y vi reflejado en él un rostro que había visto un poco antes. ¿Adivinan quién era? El señor de edad a

quien había encontrado anteriormente, mi compañero de ascensor.

Estaba sentado solo en una mesa. Ante sí tenía una bebida de un bonito color verde, en la mano, una larga boquilla de plata y los ojos fijos en mí. Sus labios dibujaban un gesto divertido. Y la realidad es que estaba dispuesto a hablar conmigo. Por eso me aguardaba allí.

De pronto, tuve el presentimiento de que si esperaba allí hablando con él, me perdería algo en otra parte. Por ejemplo: encontrarme de nuevo con el chaval. Quizá el señor maduro acertaba a leer los pensamientos que se perseguían unos a otros en mi cabeza, puesto que yo creía que si no me reunía pronto con él, él estaba dispuesto a reunirse conmigo.

Bajé de mi taburete y me acerqué. Él levantó los ojos y me miró como a un antiguo compañero a quien no hubiera visto durante años.

—Mister Spade —me dijo—, le ruego que bebamos una copa y charlemos un poco los dos.

«El señor ese no es ningún tonto —pensé—. A pesar de que llevo pocas horas en San Francisco sabe mi nombre».

—Es una proposición verdaderamente amistosa —respondí—. Tomaré un vasito de cerveza.

Y me senté preparado para seguirle la corriente él tiempo que conviniera únicamente.

—¿Sólo una cerveza? —insistió él—. ¿Nada más?

—¡Para beber, no! —repliqué.

Noté que fruncía el ceño al comprender el significado de mis palabras, y una sonrisa audaz cruzó sus labios. Levantó la mano llamando a un camarero. Pidió la cerveza como si fuera champaña y luego se volvió hacia mí. Yo estaba encendiendo el cigarrillo que no había hecho más que empezar unos momentos antes delante del mostrador.

—¿Es la primera vez que visita San Francisco, Mister Spade? —me pregunta, iniciando la conversación.

Hice un signo negativo con la cabeza.

—Soy un viejo conocido, estuve aquí muchas veces. Tengo un montón de amistades ahí en la bahía.

Vi que comprendía que le estaba hablando de Alcatraz y se me antojó que no le apuraba que una pena de cárcel fuese o no fuese

leve. Acaso había estado en el umbral del presidio en más de una ocasión.

—¿Es esto lo que motiva esta vez su presencia?

Mi interlocutor sentía la comezón de obtener algunas respuestas. Imaginé de pronto que acaso pensaba que yo sabía mucho más de lo que en realidad conocía. Decidido a comprobar si era así, solté una frase.

—Esta vez las personas a quienes quiero ver están fuera de Alcatraz —le digo.

Mi respuesta parecía confirmar alguna idea suya y el hombre se inclinó para decirme unas palabras, pero llegó el camarero con la cerveza y pasó la oportunidad.

Al coger el vaso, paseé la mirada alrededor del bar. No había nadie con cuyo auxilio pudiera contar. Tenía que librarme de aquel bromista, marcharme al cuartelillo y ver al chaval que quería hablar conmigo. Precisamente me preguntaba qué estaría sucediendo allí.

Mi compañero volvió a inclinarse dispuesto a plantearme su proposición. Yo le miré.

—Dígame, *Mr*. Spade —empezó—, ¿hasta qué punto conoce usted a *Miss* Du Pree?

Veamos, se presentan ocasiones —y por cierto muy a menudo— en que siento una especie de hormigueo en la base del pescuezo que me deja unos instantes en suspenso y en que después de respirar hondo, me digo a mí mismo, alto y claro, aunque con una vocecilla secreta: «Trampa». Aquélla era una de tales, por lo tanto fijé los ojos en el antañón y dejé transcurrir unos segundos, llenos de significado, antes de contestar. Luego le dije:

—¿Y quién es precisamente *Miss* Du Pree?

La reacción que he producido es enorme. Por su rostro cruza un relámpago de rabia incontenible. La mano que sostiene la boquilla la oprime de tal modo que temo la destroce. Luego se arrellana en su asiento. Mientras cojo mi vaso oigo su voz que llega hasta mí, trémula de ira.

—No intente interponerse, *Mr*. Spade. Usted sabe quién es. Le aconsejo que no se interponga, se arrepentiría. Yo no profiero amenazas baladíes, se arrepentiría en grado sumo.

Debo confesar que pronunció muy bien el discursito. Había convicción en su acento. Sabía yo perfectamente que si me cruzaba

demasiado en serio en el camino del tipo aquel tendría que conservar el cerebro bien despierto a todas horas, de lo contrario ciertamente lo sentiría. Pero por el momento había otras cosas en que pensar. Una de ellas era el chaval, otra, el modo de salir de aquí. Y ninguna tenía el carácter de una simple corazonada.

Seguía pensando aún en estos particulares cuando por el rabillo del ojo vi a un individuo corpulento, con músculos hasta en las pestañas, que cruzaba el umbral del bar. Al ver al tipo con quien yo estaba, se acercó a nosotros. Había otras tres personas en el aposento. Las probabilidades no estaban a mi favor. Decidí jugar mi carta entonces mismo, y jugarla de modo que acertase. ¡En consecuencia, el vaso que sostenía en la mano se movió con impulso repentino y la cerveza que contenía fué a parar en pleno rostro del antañón! Me volví enseguida, y cogiendo la silla en que me sentaba, la mandé rodando contra las rodillas del tipo membrudo que se estaba acercando.

Mientras él se libraba del obstáculo, yo me dirigí por detrás de las mesas, hacia la puerta. Penetré apresuradamente en el *foyer*, gané la puerta de la calle y me metí en el primer taxi que encontré junto al bordillo de la acera.

—¡Sáqueme de aquí deprisa! —exclamé.

El chofer tenía buen sentido. Me comprendió al momento y con un movimiento bien ordenado puso los pies en los pedales. Antes de que el satélite asomase por la puerta del «Mark Hopkins Hotel», nosotros estábamos ya en marcha. Le vi por la ventanilla trasera como se lanzaba a la callé en busca de otro taxi, pero calculé que para un corto trecho nos habíamos librado de él.

—Lléveme a la comisaría —ordené al conductor. En el primer cruce viró a la derecha y, al final de la calle, encontré lo que buscaba—. Gracias, compañero —le dije, dándole una propina—. Se ha portado muy bien.

El hombrecito echó una ojeada al billete que tenía en la mano y por poco se desmaya.

—¡Gracias, señor! —exclamó, mientras yo subía corriendo las escaleras del edificio de la policía.

Cuando llegué ante la puerta sin poder controlar mi respiración, el sargento levantó los ojos.

—¿Qué problema le acosa, Mack? —inquirió.

—Esta noche, hará unos quince minutos, el guardia del «Mark Hopkins» ha traído aquí a un individuo. Se le acusaba de querer embestir a un señor, en el pasillo. ¿Dónde está? Yo soy el señor a quien quería acometer.

El agente bajó los ojos a su cuaderno de notas; luego los levantó hacia mí.

—Vea si Clancy, del Servicio Nocturno, le informa —me contestó—. Yo no sé de nadie que corresponda a lo que usted me dice. ¡Hace más de media hora que no ha estado nadie aquí!

Sus palabras me parecían música celestial, pero me resistí a creerlas. Me dirigí al Servicio Nocturno, a Clancy. No tiene nada de particular que resulte ser irlandés.

—Aquí no ha venido, nadie del «Mark Hopkins» —me informó. Y lo demostró.

Me di cuenta de que aquél no era el lugar donde debía quedarme. Por lo tanto, le dije que, a mi parecer, había algo que se salía de quicio. Después de escuchar mis explicaciones, el hombre se declaró de la misma opinión y decidió dar un recorrido conmigo.

Desandamos el camino entre la comisaría y el hotel, pero no encontramos nada. Luego volvemos a retroceder y descubrimos una callejuela en la que antes no nos habíamos fijado. Yo le eché una rápida mirada. Parecía que no había nada más que una colección de latas de desecho en el fondo, mas como he visto cosas parecidas en otras ocasiones, la examiné de más cerca.

Detrás de las latas encontré el guardia del «Marte Hopkins» con un chichón como un huevo de gallina en la cabeza. Lo recogimos y lo transportamos a la comisaría. ¡Su resentimiento era tan vivo como el de quien más, y especialmente cuando me veía a mí! Comprendí que, como soy yo quien le hizo entrar en relación con el muchacho, me hice responsable de lo que había sucedido.

Todo lo que yo quería saber era qué se había hecho de su cliente. Y esto fué lo que le puso fuera de sí.

—¡Ah, el maldito mequetrefe! ¿Qué cree usted que ha sucedido? Me agredió y se ha largado.

Me fijé en el guardia. En fin de cuentas era un hombre corpulento, y según creo recordar, el chaval dejaba mucho que desear en el capítulo de musculatura.

—¿Está seguro? —le pregunté.

—¿Seguro? ¿Se burla usted? Es a mí a quien ha ocurrido. Claro que estoy seguro. ¿Quién más podría haberlo hecho?

Me hubiera gustado explicárselo, pero me figuré que era demasiado pronto, y, por otra parte, su cara no me era tan simpática, que digamos.

—¿Qué sucedió?

—Cuando le llevaba a la comisaría y pasábamos por delante de ésta callejuela me han dado un empellón de costado. No he podido ver más, puesto que, como había perdido el equilibrio, luchaba por afianzarme sobre mis pies. Después de eso, ya no sé nada. Debió de golpearme con un guijarro o con cualquier otra cosa.

¡O cualquier otra cosa! ¡Vaya cuento! Tengo para mí que fueron otros varios sujetos los que tumbaron al guardia para apoderarse del chaval y que lo hicieron para que yo no pudiera dar con él.

Me volví para separarme del policía y de Clancy. No tenía objeto comunicarles mis sospechas. No resistían el análisis. No tenía ninguna pista sobre la que trabajar y sabía demasiado bien que en cuanto, a convencer a los policías de que un asunto olía mal y en su propia demarcación… Ea, podía ahorrarme la molestia.

—¿Conforme? —me preguntó Clancy, mientras me alejaba del lugar.

—Así parece —le contesté.

Él me estaba observando. No era un individuo obtuso como la mayor parte de policías.

—Tengo la impresión de que el conjunto de la cuestión no le satisface —me dijo.

Le miré. Parecía un buen muchacho… para ser policía.

—Clancy —exclamó—. Se equivoca usted por completo. No me satisface en conjunto ni en detalle —pero cuando él se disponía a decir algo más, le interrumpió despidiéndome—: Hasta luego.

La niebla ascendía desde la bahía, y en cuanto, a qué partido tomar, yo andaba completamente a ciegas. En consecuencia, como que la única manera de lograr que suceda algo es provocar los hechos, me encaminé otra vez al teatro de los acontecimientos anteriores, el bar «Top of the Mark». Salí a la terraza a contemplar el panorama de San Francisco… y maldito si no vuelvo a oír una voz detrás de mí. Esta vez no pertenece a una dama, no es opaca ni está llena de encanto femenino. Por mi mente no cruzan

imaginaciones, como no sean malas. Y ésas se ven pronto confirmadas.

—Por aquí —me dijeron, al mismo tiempo que sentí el contacto de un objeto duro en mi espalda—. No busque complicaciones.

En tal caso, ¿qué habrían hecho ustedes? ¡Yo obedecí!

CAPÍTULO II

No estoy demasiado al corriente de la topografía de San Francisco. Por ello no puedo añadir a qué distancia me lleva el coche en que he subido. Sólo sé que un hombre actúa de conductor y que otro se ha reunido con el que me ha hecho salir del bar «Top of the Mark». Estoy sentado entre los dos, y con ello basta. En tales circunstancias, no me permito hacer ningún movimiento sospechoso. Sigo sentado, casi sin atreverme a respirar. Y los señores, cuyos dedos sienten la querencia del gatillo, que tengo a uno y otro lado siguen sentados también, esperando a que me atreva a levantar una ceja. ¡Pero a mí se me antoja que, si lo hiciera, algún ocupante del coche replicaría a tiros, y, por lo tanto, prefiero tener mis pestañas, bajo control!

Transcurridos unos diez minutos nos hallamos fuera de San Francisco, dirigiéndonos, por lo que puedo colegir, hacia Pasadena. Por el camino se encuentra una pequeña población, a unas sesenta millas de distancia, llamada Rosedale, que no es mayor que una tacita de café. No acierto a comprender por qué se detienen en ella. No obstante, aquí se paran.

Tan pronto como llegamos a la calle principal del villorrio, comprendo que éste es el final del trayecto. Aquí es donde me resuelven algunas incógnitas. El coche ha disminuido mucho su marcha. Ahora vira, apartándose de la ancha ruta, rumbo a otro sector de esa maldita comarca. Ahí está el barrio residencial. Los señores que poseen las mejores casas. Los jueces retirados. Los hombres de negocios que padecen de úlceras. La gente que ahorró dinero. Aquí es donde vienen a pasarlo bien con sus bastones de excursión y todo lo demás que da solidez a la América de media edad. Si han preparado alguna rara combinación, ¿en qué diablos

podrá consistir en medio de tal escenario?

En esto veo delante de nosotros una de esas mansiones. Un edificio grande con un paseo de entrada que haría bajar la cara de vergüenza a la Casa Blanca. Está estucada de blanco, según la regla general, pero el dibujo es más majestuoso de lo que suele hacerse con esa clase de material. El coche se detiene al lado de la casa. De pronto, las luces apagadas hasta ahora, se encienden, derramando un chorro de luz sobre el sendero que se extiende delante. Veo una sombra que cruza los rayos luminosos. Comprendo que me vigilan desde el exterior.

—Tienen una forma propia de radar, ¿eh? —Me chanceé, pero sin obtener respuesta, como no fuera el duro contacto metálico del arma en mi espalda.

Siempre obedezco advertencias de tal índole. Entre los dos satélites, subí las escaleras que conducían hacia el obscuro porche.

No sé cómo se produce, pero de pronto se abre la puerta y entramos y nos hallamos en una estancia extraordinaria. Atravesamos un largo pasillo con el techo abovedado, verdaderamente regio. Un ancho umbral nos conduce a una de las más espaciosas habitaciones que haya visto jamás, con un derroche de cuero en todas partes y con el suelo cubierto de gruesas alfombras. En el fondo, detrás de un bar de roble, construido sin regatear el coste, estaba el individuo maduro a quien encontré por primera vez junto al ascensor en el «Top of the Mark». No me recibió con aire amistoso. ¿Y por qué había de ser de otro modo? La última vez que nos vimos, le arrojé un vaso de cerveza en el rostro. ¡Ni siquiera fué un licor de más categoría, como habría correspondido a su condición! ¡No, le tocó cerveza!

De momento no veo a nadie más, pero luego localizo un bello y voluminoso piano junto a la ventana. No es que me sienta nada musical, sino, en primer lugar, porque encima del instrumento se ve un grueso marco de plata y dentro del marco el retrato de una rubia encantadora. Una rubia de ojos azules, una figura de las que le hacen soñar a uno, y poseedora de una voz especial que todavía recuerdo. En suma, era la preciosidad que había reclamado mi ayuda primero y desaparecido después. La chica de unos cuantos minutos antes.

—¿La recuerda bien? —me preguntó el señor de edad.

Apartando los ojos de la fotografía, le repliqué:

—Esta clase de material no es difícil de recordar.

—¿Recuerda también, acaso, lo que la chica tuvo tiempo de contarle?

Sus palabras me hicieron pensar que la cosa se ponía interesante. Sobre todo, precisamente, porque la joven no me había dicho nada más sino que se disponía a llegar pronto al final.

—Todavía no he tenido por qué preocuparme de recordar —le contesté, dejándole que hiciera cábalas.

El señor acababa de llenar un vaso y me lo ofreció. Yo me acerqué, aunque no en exceso. Al ver que permanecía donde estaba, sin aproximarse más, el señor arqueó una ceja.

—¿Qué le pasa? —inquirió.

—Nada —repliqué—. Procuro asegurarme de que no me lo eche a la cara. ¡El alcohol escuece mucho en los ojos!

Mis palabras le hicieron sonreír francamente, y me ofreció el vaso como un caballero de verdad.

—Gracias —le dije sorbiendo luego la mayor parte de su contenido.

Era «Bourbon» del mejor, y a mí me gusta. Luego oí que se cerraba la puerta a mi espalda y dirigí una mirada a mi alrededor esperando que ocurriera algo. Pero no divisé a nadie. La habitación estaba vacía. Cuando me volví otra vez, el antañón me estaba apuntando con un revólver de líneas verdaderamente feas.

—Bien —exclamé—. Ahora que la entrevista se pone ciertamente interesante, tome usted la palabra y entéreme de por qué estoy aquí.

Con un ademán me indicó una silla. Yo me senté y me sosegué. Lo hice porque sabía que no me iba a ocurrir nada, por lo menos nada irreparable.

—Mister Spade —empezó él—. Usted es un detective privado, y de los buenos. No solamente es un hombre listo, sino honrado. Y, cosa más notable aún, tiene la virtud de provocar los acontecimientos. Pues bien, todas esas cualidades sumadas arrojan un total que me interesa.

Verdaderamente, el individuo sabía encontrar las palabras precisas. Yo aparentaba estar escuchando, aunque en realidad, por el rabillo del ojo, estaba examinando la habitación. Había una

puerta a la izquierda, pero me figuré que estaría cerrada. Detrás del antañón pendía una gruesa cortina. Supongo que detrás de la cortina habría una puerta. Pero ¿cómo pasar junto a mi interlocutor? Había, además, otra puerta a mi espalda, pero al otro lado de ella se hallarían, sin duda, un par de sujetos cuyo único objetivo consistiría en abrirme el cráneo, si llegaba a salir en defensa de la muchacha. De modo que, mal por mal, y desde cualquier punto de vista que lo miren, no me quedaba otra solución que probar lo de la cortina. Entonces escuché un poco más al señor maduro.

—Esta noche ha visto usted a una dama muy atractiva que parecía encontrarse ante algún conflicto. Ella le ha dicho algo y luego usted la ha acompañado hasta el ascensor, donde, por alguna razón, ella se ha marchado y no ha regresado ya. Y yo le pregunto: ¿No es posible que siendo la última persona con quien habló antes de desaparecer supiera usted dónde se encuentra ahora?

Estaba sentado allí ocupado en mis propios asuntos, mas de repente cruzó mi cerebro una racha de ideas como pequeños disparos, y me dediqué a mí mismo una colección de insultos. Debo ser el tipo más obtuso que haya morado en este mundo. ¿Saben por qué? ¡Todo el rato daba por descontado que aquellos sujetos tenían a la chica en su poder y ahora resultaba que les había dado el esquinazo a ellos también! No la *cogieron* en el tocador, se *largó* ella. ¡No la tenían en su poder y creían que yo sabía dónde estaba!

¡Vaya caso realmente divertido! Había metido la pata alguna vez en el curso de los años, pero lo de entonces era estar en Babia en toda la línea. Así, pues, me arrellané de nuevo y escuché un rato más, aunque no me dijo ya mucho. Sólo me proporcionó un ordenamiento general y la aclaración de un punto que me intrigaba.

—Debe usted comprender, *Mr*. Spade, que ese proyecto es el más importante que he abordado en toda mi carrera y que no toleraré que se interponga nada, *nada*, en el camino de su realización. ¡He de apoderarme de la chica ésa, y ha de ser antes de que entregue el diamante!

De modo que habíamos adelantado algo: Había un diamante de por medio. De modo que el señor de edad era un ladrón de joyas que operaba en gran escala. No era difícil imaginárselo. Tenía todas las características comunes: los modales, el estilo, el traje perfecto,

impecable en todo. Todas las cualidades que se dan en el ladrón que ha de pasar desapercibido en un salón lleno de gente de la buena sociedad, porque en tales sitios es donde se exhibe la mercancía que él busca.

Yo me estrujaba el cerebro ansiosamente hasta que di con uno de esos golpes de suerte que se producen de vez en cuando. No quiero vanagloriarme de ello, puesto que los periódicos lo publicaban extensamente nada más que la mañana del día anterior. Era un visitante de los EE. UU. muy especial. Un visitante estrechamente escoltado y asegurado por una suma considerable. ¡Se llamaba el Diamante Rarta! Sólo un poquitín menor que el legendario Diamante Hope.

Cierto, había leído lo que decía la Prensa y había apostado conmigo mismo que todas las bandas internacionales de pescadores de joyas del mundo del hampa se darían cita en San Francisco. Y la policía había coincidido también en la misma apuesta. Por ello las ediciones sucesivas de los periódicos habían suprimido toda publicidad sobre el asunto, aunque por entonces el daño estaba hecho y la noticia se había propalado por todas partes.

Por lo visto, entre todas las cuadrillas especializadas en esa clase de negocios que se reunieron aquí, el tipo que tenía delante era el que había llegado más cerca de la meta. Pero había sido burlado en sus propias barbas por una rubia, una bellísima rubia que le esquivó tan bien, que, sintiendo el aliento de una bala a punto de rozar su cuello, se volvió dentro de un bar hacia un forastero. ¡Y el forastero era yo!

Ahora tenía el cuadro ante mis ojos, aunque me faltaban los pequeños detalles para rellenarlo. Y los precisaba. Para darme por satisfecho, tenía que conocerlos.

—Bien. ¿Y para qué me necesita, exactamente? —le pregunté.

Y lo pregunté con verdadera insolencia, como si tanto me diera una cosa que otra.

Supongo que, por el tono de mi voz, pudo notar el cambio operado en mí. Sin embargo, todavía no estaba seguro de lo que tenía yo en la cabeza. En consecuencia, enfocó la cuestión con calma.

—¿Para qué? ¿No queda bien patente? —dijo, respondiendo a mi pregunta con otra pregunta.

Con todo, esta clase de táctica me es familiar, y no me gusta. Me levanté y le presenté el vaso.

—Supongamos que entramos en tratos. ¿Usted cree que yo poseo algo que le interesa? Bien, ¿qué me ofrece en recompensa? Eso en caso de que me interese, que no diga que sea así.

Entonces él se inclinó, cogió mi vaso y volvió a llenarlo con la misma mixtura de antes. Sólo que ahora un poco más fuerte. Luego me mira a los ojos. Presiento que llegaremos a alguna parte.

—Dígame dónde está la chica y si tiene todavía la piedra. Si usted me proporciona esta información a mí me valdrá diez mil dólares en moneda, buenos dólares americanos, sin marcar y aptos para ser utilizados al momento.

Vaya, la cantidad que acaba de mentar significa un montón de dinero. Como detective privado y jugando mi papel dentro de la Ley, necesitaría toda mi vida para reunir tanta moneda. De modo que me quedé en suspenso por espacio de diez segundos. Luego me determiné y contesté, con decisión:

—¡Trato hecho! —exclamé profundamente complacido al observar el destello de triunfo que dibujaron sus labios.

El hombre estaba tan seguro de que había vencido, que prácticamente soltó el freno en el mismo instante.

—Ya sabía yo que usted lo vería desde mi punto de vista —dijo —. ¡El dinero es una mercadería muy importante y cambiable en cualquier bar!

Movió la cabeza en señal afirmativa y seguí jugando el mismo palo. Después de beber unos sorbos dejé el vaso, sólo para poder encender un cigarrillo. El antañón salió de detrás del bar. Su mano no sostenía ahora el revólver con tanta firmeza. Yo no separaba los ojos del arma, porque sabía el tiempo que se invertiría en poner fin al plan que estaba trazando ahora mismo. Era preciso que mi interlocutor continuase sosegado; para ello seguí hablando mientras me acercaba, aunque no demasiado abiertamente, y siempre con la cortina aquélla en el pensamiento y en los ojos.

—Señor, nombra usted la cantidad de dinero que yo no he reunido nunca —le dije—. Ya es hora y más que hora, que la niña entre en razón. Me fastidia que cualquier otro se lleve la tajada.

En su boca aparece una sonrisa, cual si estuviera pensando que cada hombre tiene su precio y que, probablemente, me había

comprado más barato de lo que suponía al principio. Pero cuando llegué un poco más cerca, utilicé la misma treta de nuevo, ¡diantre! ¡Y de nuevo salió bien!

Al mismo tiempo que el fuerte licor se derramaba sobre sus ojos, le hice soltar el arma con la mano izquierda y le hundí la rodilla en el bajo vientre. Mientras se desplomaba, lanzando un gruñido de dolor, eché el revólver de una patada fuera de su alcance, lo recogí enseguida, y sin pérdida de tiempo, le propiné un golpe en la nuca con la fuerza suficiente para hacerle perder la noción de las cosas, pero no tan duro como para abrirle el cráneo. Porque podía darse el caso de que le necesitara todavía. Uno nunca sabe el partido que puede sacar, hasta de un tipo como éste. Y como se trataba de un señor de edad, lo recogí del suelo y le acomodé en un confortable diván. ¡Para generoso, yo! Luego aguardé unos minutos, puesto que los muchachos que *debían* de estar plantados al otro lado de la puerta podían haber oído alguna de las lindezas que nos habíamos prodigado.

Pero no oí nada, por lo cual deduje que estaba fuera de sospechas. Bebí un trago, medité unos minutos y luego me hallé dispuesto. ¡No sabía a dónde diablos me encaminaba, pero la cosa se ponía más interesante a cada momento!

CAPÍTULO III

Tomé aliento un par de segundos y esperé que se abriera la puerta principal por si andaba alguien por allí, pero, aparentemente, no pasaba nada. ¡Una cosa nada más precisaba entonces, antes de poner pies en polvorosa: el chaval!

No se había podido apoderar de la rubia, pero debían de tener al muchacho, y era preciso que él y yo charlásemos un rato. De modo que me dirigí al recinto escondido tras las cortinas y aparté el ropaje. Como imaginaba, había una puerta detrás, pero estaba cerrada.

Lancé una maldición contra, mí mismo, pero al volver a pensarlo caí en la cuenta de que podía darse casi por seguro que el tipo aquel tendría la llave en los bolsillos. Retrocedí y le cacheé a toda prisa. Encontré por fin una cadena llavero. ¡Contenía, por lo menos, una veintena de llaves!

Pero, paciencia. ¡Muy bien! Las probé todas, una por una. En ello invertí tres, quizá cuatro, minutos. Aunque el efecto de tal demora sobre mi sistema nervioso es asunto que no importa a nadie. Y cuando noté que la cerradura cedía al movimiento de mi llave, me sentí repentinamente preocupado. ¡Acaso tenía un orangután encerrado ahí dentro! La perspectiva de las cosas era más que alarmante.

Empujé la puerta. En un ángulo de una habitación vacía vi a un individuo yaciendo en una cama baja. Sin necesidad de acercarme más, reconocí al chaval. Encima del lecho había una ventana. Salté sobre la cama y miré al exterior. La luz que salía por la ventana me permitió distinguir un sendero que se extendía debajo de ella. Cualquiera era libre de imaginar dónde podría conducir, pero sea como fuese, siempre nos llevaría fuera de allí. Y aunque el

muchacho no estaba en condiciones de expresar su opinión, di por descontado que mejor preferiría salir de aquella casa que quedarse dentro.

Examinándole con un rápido vistazo no logré apreciar ninguna huella sobre su cuerpo, pero sí que respiraba penosamente, como los que han ingerido alguna droga. Inclinándome sobre su cuerpo percibí el olor dulzaino y sofocante del cloroformo, que perduraba todavía en el ambiente. No tardé en advertir la causa. Junto a la cama, en el suelo, había un pañuelo empapado de dicha materia. Le mantenían inconsciente hasta el momento en que le necesitaran.

Para adquirir una ligera referencia, le revolví los bolsillos precipitadamente. Salió una tarjeta de identidad, unas cuantas cartas dirigidas a Johny Powers, y más importante que todo lo demás, un carnet que decía que Johny Powers era un empleado de la «National Insurance Company», de Los Ángeles, y algunos otros detalles a continuación. A un lado estaba la fotografía del chaval. Ya sabía, pues, con quién trataba. Encontré una cartera que me informó de otra cosa, por demás interesante. Aparte de unos cuantos dólares, contenía un retrato. No era una obra de arte sino una instantánea de las que uno toma cualquier día festivo, pero mostraba reunidos a la despampanante rubia y a Johny Powers. Y, al verlos juntos, uno descubrió, sin lugar a dudas, que eran hermanos.

Luego reuní todos los objetos y después de ponérselos otra vez en el bolsillo, abrí la ventana y cogí al muchacho en brazos. Tuve que luchar un rato, porque el ángulo no es propicio. Sin embargo, le saqué fuera.

Cayó de bruces sobre la gravilla del sendero, pero le cogí por los sobacos y echándomelo a la espalda emprendí la marcha por entre los arbustos que rodeaban el edificio.

No tenía la intención de salir por el paseo de entrada, lo cual podrá parecerles una necedad, pero se me antojaba que la casa aquélla había sido alquilada ocasionalmente para aquel negocio y que no se trataba de un barracón rodeado de alambradas, para escapar del cual se necesitarían las aptitudes de un *Flash* Gordon.

Estaba en lo cierto. Cruzados los matorrales, desemboqué en la carretera de Pasadena, sobre la que se deslizaba la luz de los focos de los coches que se dirigían a Hollywood y a San Francisco. ¡El

asunto se ponía feo ahora! ¡Los coches no suelen admitir de buen grado a los señores que recorren la carretera de noche y transportan sobre los hombros el cuerpo exánime de una persona!

Habiendo reflexionado un rato, llegué a la conclusión de que lo más importante no era *cómo* me alejaba de aquel lugar, sino *cuán pronto*.

El antañón volvería en sí muy en breve —no le había golpeado demasiado fuerte— y cuando despertara se pondría a chillar y sería el momento en que yo sentiría venir silbando una rociada de balas.

Así, pues, dejé al chaval, o mejor dicho, a Johny, sobre la orilla de la carretera y luego me situé en medio de ella para hacer señas a algún coche que parara. Acaso fueron tres los que pasaron de largo; el cuarto paró. Me acerqué a la ventanilla. Llevaba el volante una mujer morena, muy bonita, con grandes ojos castaños que, a pesar de la poca luz, atrajeron mi atención.

Sonrió. Con lo cual todavía me pareció más hermosa.

—¡Vaya! —exclamó, con una voz que también juzgué encantadora—. ¿Qué hace por aquí tan tarde?

Advertí que, en cierto modo, Johny sería un intruso enojoso. Pero había dado ya demasiados pasos adelante para volver a retroceder, de modo que, dedicándole una sonrisa, le expliqué abreviadamente algo del asunto que me ocupaba.

—Es usted demasiado bonita para andar conduciendo sola. ¿Nunca tiene miedo?

—¿De qué? —preguntó ella, en un tono que me hizo comprender que aquella chiquilla y yo hablábamos el mismo lenguaje.

—No lo tome en serio —respondí—. ¿Tendría sitio para una persona amiga mía?

Una expresión de desencanto cruzo por su rostro, pero luego asintió:

—Si conviene… —dijo—. ¿Dónde está la chica?

Yo denegué con la cabeza.

—Es chico —aclaré, viendo que la noticia le causaba mucho contento—. Su presencia es muy diferente de la mía. En realidad, está sin sentido. ¿Le resulta desagradable el caso?

Sus ojos se fijaron en los míos. Sólo una ligera chispa de curiosidad alteró aquel fondo castaño.

—Es interesante —dijo, por todo comentario—. ¿Pelea a la vista, eh?

Yo moví la cabeza negativamente.

—Aún no, pero es posible que se presente en cualquier momento. ¿Quiere usted exponerse a un riesgo semejante?

La joven no contestó enseguida. Yo me decía que si tardaba mucho más tendría que arriesgarme a quitarle el volante de las manos. Pero mi interlocutora asintió con un movimiento de cabeza.

—Me expondré —dijo—. ¿Qué puede ocurrirme?

Dejé la pregunta sin contestación. Volvíme y regresé con el cuerpo inerme de Johny Powers sin que la conductora se fijara mucho en él. Lo deposité sobre el asiento trasero y subí delante, al lado de la señorita.

—¿A dónde? —inquirió ésta.

—A San Francisco —le ordené—. Y corra como en la última vuelta de la carrera.

Ella desvió un momento los ojos hacia mí.

—¿Está muy cerca el conflicto ese?

Moví la cabeza con signo negativo.

—No es más que una corazonada —le dije. Y en aquel instante, una bala agujereó el parabrisas—. ¡Corramos! —grité.

Y ¡por Belcebú! La joven hundió el pie en el acelerador y arrancó como una loca. Mejor dicho, como dos locos y un difunto.

CAPÍTULO IV

Yo sabía que el ladrón de joyas se recobraría pronto, pero no esperaba que se pusiera en acción tan deprisa ni con tanta eficacia. La chica de los ojos castaños y yo tuvimos que permanecer agachados un buen rato. Ella llevaba el volante como una veterana. Sus manos lo agarraban con tal fuerza, en las cerradas y empinadas curvas, que los dedos parecían agarrotados sobre el aro y los nudillos se ponían blancos. Pero su cara quedaba iluminada por una expresión que sólo podía tomarse como de placer, de gozo, e indicando que se bailaba completamente absorta en lo que estaba haciendo.

—Caramba, se me antoja que a usted le divierte, este acontecimiento —le dije por el ángulo de la boca, mientras las ruedas del coche patinaban en una curva muy cerrada.

—¿Está bromeando? —contestó, al paso que observó que sus ojos iban y venían rápidamente del espejo donde se reflejaba la carretera a nuestra espalda—. No me he divertido tanto desde el Cuatro de Julio[3].

—¿Qué sucedió, entonces?

—¡Prendí fuego a una cuadra!

He ahí una muchacha según las preferencias de mi corazón. ¡Qué suerte que estuviera a mano en el momento en que se la necesitaba!

Eché una mirada hacia atrás. Nuestros perseguidores disponían de un coche de gran potencia. No les ganábamos mucho terreno. Si no estaban más cerca se debía únicamente al dominio del volante de la dama de cuya compañía disfrutaba. Su auto era potente, cierto, pero además sabía manejarlo, y eso en carreteras como la que pisábamos era lo más importante.

¿Han pasado ustedes por la carretera desde Los Ángeles a San Francisco, cerca de la fabulosa ciudad del cine, donde nosotros nos encontrábamos en estos instantes? Aquí es donde el terreno se vuelve accidentado y las Sierras[4] se elevan como enemigos de piedra, implacables, resueltos, con una decisión homicida, lo mismo que el coche que nos perseguía.

A cada lado de la carretera, la pendiente se hunde casi vertical hasta centenares de pies, abajo en los valles. Son dos despeñaderos gemelos infernales, que hacen que a uno se le contraiga el espinazo en una forma casi irreconocible. En realidad, puede decirse, sin miedo a exagerar, que uno ya no vuelve a parecer jamás el mismo de antes.

—¡Que el fuego del infierno les achicharre!

Volví los ojos hacia la joven, quien ahora estaba entregada en cuerpo y alma a las incidencias de la persecución. Sus manos hacían girar el volante sin piedad, trazando los virajes de tal modo que nos escapábamos de la muerte por un margen de pocas pulgadas. Y todavía nos seguían. Hubo un momento terrible en que creí que la conductora no podría con la velocidad y el peso, del coche. Habíamos tomado un viraje agudo sobre una sola rueda y al otro lado venía aún otra curva. El coche no se enderezaba. Yo me agarré al volante tirando de él al mismo tiempo que la conductora. Estábamos sobre el borde de una abrupta cuesta abajo. Al mirar por entre las manos de la joven, vi por la ventanilla del otro lado, que debajo de nosotros se abría la boca del abismo. Nos mantuvimos firmes los dos como cerrados dentro del interminable abrazo del coche que nos iba a despeñar hacia el fondo, pero no sé cómo, realizamos el viraje y salimos a la recta.

Solté el volante y exhalé un profundo y lento suspiro. Durante un rato no volví la vista hacia mi compañera, la mantuve fija en el espejo. Aquel riesgo, aquel terrible riesgo parecía haber resuelto el problema. Cuando aparecieron nuevamente nuestros perseguidores, la distancia que nos separaba era suficiente para confiar en ella, ensanchando la brecha cada vez más. Luego, percibiendo delante y dichosamente cercano el destello de las luces de San Francisco, miré otra vez a mi amiga. ¡Y advertí que, debajo del carmín postizo, sus labios estaban completamente blancos!

—Es un buen juego de músculos el que usted posee —le dije a la

vez que encendía un par de cigarrillos y le ponía uno en los labios. Ella lo aceptó, inhalando el humo profundamente, con el agradecimiento de la persona que no creía poder gozar ya más de tal sensación. ¡Yo tampoco lo esperaba!

—Ahora tiene ventilación —le dije, señalando el redondo agujero que había dejado la bala en el parabrisas.

—Sí —replicó ella—. Imagínese; si no le hubiera conocido a usted no hubiera sabido jamás los efectos que puede producir un proyectil en un cristal.

—Será una parte de su educación —advertí—. Y, de paso, ¿cómo se llama?

—Emmy —respondió ella.

La miré. Tenía que llamarse algo más.

—¿Emmy tan sólo?

—Emmy Lou Riter.

Ahora me tocó a mí el levantar la cabeza, pero de un modo definitivo. Emmy Lou Riter era una de las conductoras de coches de carreras más famosas de toda la nación. Nada de extraño que supiera dominar el coche. ¡Y tuve que dar con ella! ¡Canastos!

—No se deje achicar por ello —me dijo, a la vez que el brillo temerario de su mirada me advertía de que aquella mujer vivía una vida parecida a la mía, que ella y yo hablábamos el mismo lenguaje demente, y en un impulso nacido de un deseo profundo, incontenible, la besé en la comisura de los labios.

—Esto por ahora —anuncié—. Más tarde…

—Más tarde le dedicaremos más tiempo —me dijo con calma y en un tono de voz como si fuera una conclusión decidida de antemano.

Éste es el problema con las mujeres que viven su vida. ¡Toman una decisión! Lo mismo que un hombre. Ven algo que les atrae y… ¡zas! Ya está. A mí me gusta tener que realizar alguna labor de persecución. Una poca nada más… Pero no me engañaba a mí mismo. Esta chiquilla era un caso especial. ¿Había ella tomado una decisión? Perfectamente, yo sería su novio, mírenlo ustedes por la parte que les parezca.

—¿Quién es ése? —quiso saber.

Yo dirigí una mirada hacia Johny Powers. Todavía estaba como muerto. No me apetecía compartir con ella ni aun lo poco que sabía

del muchacho, y me hice el desentendido.

—No lo sé cierto. Sólo puedo decirle que está metido en un lío que me pareció que podría resultar interesante.

—Eso es todo, ¿eh?

No la había engañado ni por un momento, y después de lo que hizo tenía derecho a una pequeña explicación, pero en mi interior se debatía algo que se resistía a dar el brazo a torcer demasiado pronto… y particularmente con esta niña.

Una niña que tenía los ojos brillantes, claros, unos ojos que sabían atravesar la capa de la ficción. Y no sólo esto; cuando me miraba, en su expresión había un algo absolutamente personal que conseguía impresionarme y que me producía inquietud y me intrigaba al mismo tiempo. Cuando uno está acostumbrado a encontrar sus satisfacciones donde sea que estén, ve algo en aquella mirada que tiende a dejarle en suspenso durante diez minutos por lo menos.

—Eso es todo, de momento, Emmy —le contesté—. Hemos de dejarlo así. ¿Conforme?

Ella asintió, comportándose ya desde este instante como la menos corriente de las mujeres que hubiera conocido yo jamás. ¡Se desinteresaba de verdad de lo que había preguntado!

—Conforme —contestó—. ¿A dónde lo llevamos?

¿Se fijan en el plural? Miré al exterior. Estábamos llegando al distrito Nob Hill, de San Francisco. Abajo brillaban las luces de la ciudad y allá lejos, en la distancia, aparecían los primeros rayos grises de la aurora, que dentro de una hora se extendería sobre Golden Gate. Por entonces tenía que tener a ese muchacho escondido en lugar seguro.

—¿Poseen algún sitio donde parar? —preguntó la mujer.

—Lo tenía —le dije.

Porque se me ocurrió que si el sujeto maduro aquel que había dejado en la habitación sabía quién era yo, casi podría anticiparse que sabía dónde estaba mi escondrijo. Siendo así, era mejor que cambiara de dirección.

—Será mejor que vengan conmigo —me dijo.

Yo no moví un solo músculo. La idea era buena desde varios puntos de vista. Lo que sucede es que ni siquiera en mi oficio espera uno que sean las señoras las que lleven la iniciativa.

—¿Dónde? —inquirí nada más.

—No se preocupe por esto —replicó ella.

Perfectamente, la solución era más que buena; sólo que parecía obligado informarla de la clase de riesgo a que la exponía el hecho de introducirme en su casa.

—Espere un momento, Emmy —empecé—; en fin de cuentas hay un par de cuestiones que usted ignora; por ejemplo lo que se refiere al chaval que llevamos detrás, lo concerniente al coche desde el que dispararon contra mí, y… quizá…

—¿Quizá si le llevo a usted a mi casa me constituya en diana de un ejercicio de tiro al blanco? ¿No es eso?

Hice un movimiento afirmativo. Lo había expresado de una manera muy sencilla.

—Sí, le dije —eso es, poco más o menos.

Ella no dijo nada más; limitóse a seguir conduciendo el auto cuesta abajo por el trecho denominado Galler Highway, en el monte llamado Observation. Aquí estaban los aposentos de pretensiones, los edificios que proporcionaban más elevadas rentas. Y, naturalmente, aquí vivía Emmy Lou Riter.

La joven no se detuvo hasta el garaje, que ocupaba los sótanos del edificio. En el exterior había un criado con uniforme, que se había apresurado a venir a nuestro encuentro, pero Emmy sabía que no podíamos sacar a Johny delante de otras personas y que, por lo tanto, teníamos que hacerlo en el garaje.

Generalmente, en los locales subterráneos de aparcamiento de autos que corresponden a una manzana de casas, además de repostar y reparar los coches, tienen un ascensor que lleva al cliente hasta la planta del edificio en donde tiene su piso. Éste era uno de ellos. Como Emmy sabía dónde estaba, arrimó el coche a su vera y me dijo en voz baja:

—Sáquelo por este lado y métalo dentro del ascensor, ahí mismo —al par que me ponía una llave en la mano, que yo dejé deslizar dentro de mi bolsillo.

En cosa de unos minutos había sacado a Johny del auto y le había metido en aquel artefacto en forma de capa. Por un instante se me ocurrió pensar en el tiempo que tardarían en descubrir adonde nos habíamos dirigido, pero las probabilidades de encontrarnos rápidamente eran pocas.

Subimos hasta el cuarto piso; y atravesé el corredor, que estaba desierto, cargado con Johny. El aposento de Emmy estaba casi enfrente, de modo que no tardé en tener al chaval dentro. No me entretuve en averiguar si el lugar donde me encontraba era más o menos lujoso; transporté a Johny a una cama y, una vez depositado en ella, fuime al cuarto de baño, empapé una toalla en agua, volví a entrar en la habitación, e inclinándome sobre el muchacho le crucé el rostro con un par de bofetadas, diciéndole:

—¡Despierta ya, Bella Durmiente! Revuélvete; a menos que quieras que tu hermana halle su fin en la bahía, es preciso que me expliques muchas cosas, y pronto.

Apliquéle el mismo tratamiento durante unos minutos y finalmente observé que obtenía algún resultado. Le dejé solo, entré en la cocina, preparé café y volví luego. Al entrar, Johny levantó los ojos. Vi que estaba atontado, pero el período de inconsciencia no había sido tan largo que no recordara dónde me había visto antes. Sus ojos revelaron que me reconocía, y se puso en pie tambaleándose.

—Maldito sea —profirió—, usted sabe lo que le ha ocurrido. ¿Dónde está? Dónde…

E incluso se abalanzó contra mí en un fútil intento de arrancarme por la violencia la información que deseaba… y que en realidad yo no poseía. No quise pegarle; le eché de un empujón encima de la cama.

—¡Cállate! —le dije con toda la rudeza posible—. Bébete el café y escucha un poco.

—¡Ah, canalla sucio! Si le sucede algo a ella, tú y Paulen habéis de morir achicharrados. Yo cuidaré de ello, aunque me cueste la…

—Basta ya —le atajé, satisfecho de saber por fin el nombre de uno de aquéllos con quienes me enfrentaba—. En primer lugar, yo no estoy con Paulen, soy un detective particular. Tu hermana echó mano de mí en el bar, porque se hallaba en peligro. Es todo lo que sé. Entró en el tocador y no la volví a ver más. Después tú hablaste conmigo en el *foyer*. Tuve que encargarme de ti. El guardia de la casa lo vió. Luego fui a la comisaría a libertarte, pero ellos me habían tomado la delantera. Después, y en el mismo sitio dónde había encontrado a tu hermana, me secuestraron, llevándome a una casa en la que me esperaba aquel señor maduro… Pero tuve suerte.

Gracias a ello te saqué de aquel lugar. Una muchacha, que maneja el volante como una furia, nos ha traído aquí. Ahora estamos en su piso. En cuanto a tu hermana, lo mismo puede que haya muerto como que todavía esté en posesión del diamante ese que les hace bullir la sangre de tal modo. Tanto en el primer caso como en el segundo tú estás fuera de peligro, por el momento, *gracias a mí*, y yo estoy en medio de él *gracias a ti*. Por lo tanto, es preciso que hables un poco, amigo, ¡porque me gusta saber la causa por la que voy a morir!

Cuando hube terminado estuvo un rato en silencio. Supongo que recapacitaba si tenía que darme crédito o no. Al final me lo concedió; era preciso que así fuera. Mi versión concordaba con los hechos.

—Mi hermana no ha de haber muerto forzosamente, ¿verdad que no?

Ahora su voz era completamente distinta; más joven, más en consonancia con la edad que tenía y no con la que quería aparentar.

—Puede que si —repliqué—. ¿Cómo se ha metido en este conflicto? Quiero saber la verdad.

Johny levantó los ojos; pude ver que casi no sabía ya qué recurso tomar.

—Usted es detective y puede ayudarme. Hágalo, por amor de Dios; ¡ayúdeme!

Yo permanecí callado. No quería tener entre manos a un histérico. No, ni por dieciséis dólares diarios más los gastos.

—Acaso pueda, pero quiero saber si estoy a uno u otro lado de la Ley.

El chaval aclaró precipitadamente este punto:

—Está dentro de la Ley. Es una causa justa.

—¿Sí? Cuéntamelo todo. ¿Quién es Paulen? ¿El señor de edad, acaso?

—Sí. Es un tipo que opera en gran escala; tiene gente en todos los Estados. Cuando le parece que hay mucho dinero en perspectiva, también viaja él…

—Perfectamente. Y en relación al diamante Rarta, ¿qué papel representa tu hermana?



...Puse a Emmy al corriente de las últimas andanzas de Danny Spade, el hombre que no sabe vivir sino en medio de un conflicto.

—P. J. Happenden la contrató para traerlo a los Estados Unidos.

Estas palabras me dejaron verdaderamente paralizado. De tan sencillo y comprensible como era el caso no había sabido comprenderlo. Claro, ¿qué medio mejor? El viejo Happenden, un multimillonario, compra la piedra en la India y quiere traerla de una pieza sin que le acechen todos los granujas de los contornos.

¿Qué hace entonces? Contrata a una señorita para que la entre en el país.

—¿Cómo la pudo pasar?

—En un collar de perlas que ella tenía.

—Bien. Sé que se ha hecho igual en otras ocasiones, pero los tipos como Paulen tienen en cuenta estas tretas. Era una forma de colocar a una chica en una posición terriblemente difícil. De repente sentí que mi pecho hervía de resentimiento hacia Happenden.

—¡Qué diantre! ¿No sabía lo peligroso que puede ser realizar semejante misión en condiciones arriesgadas? ¿Por qué no se valía de un hombre? —El muchacho agachó la cabeza. Sus ojos recorrieron el suelo buscando cualquier punto donde fijarse menos en los míos, y poco después mí observación surtió efecto—. Ah, fué a un hombre a quien contrató en realidad, ¿no? Por lo menos te puso a ti de acompañante para que tu hermana no se viera con el agua hasta el cuello. ¿Y qué sucedió entretanto? ¿Cómo fué que te desviaras de su compañía?

Johny estaba dispuesto a encerrarse en el silencio, lo noté claramente. En consecuencia, me situé delante de él y le cogí por las solapas, sacudiéndole con fuerza, además de propinarle un par de reveses en mitad de la boca.

—¡Habla pronto y con sinceridad —le grité—, si no te voy a poner toda esta habitación por sombrero! Yo no meto las narices en un conflicto por una débil mujercita como tu hermanita, a menos que me pongan al corriente del asunto desde el principio hasta el fin. ¡Decídete pronto, chiquillo, y habla claro; de lo contrario te voy a enseñar lo que es una paliza de reglamento!

Johny no enmudeció, sino que fijó sus ojos en los míos. Creo que no era un mal chico, únicamente demasiado joven y terriblemente blando en algunos aspectos.

—Vinimos en una embarcación en la que iba Paulen —empezó diciendo—. Le conocí; jugué a cartas con él y sus amigos…

—No me digas más —le atajé con un gruñido.

¡Santo Dios, qué estúpidos llegan a ser esos chavales! Es el truco más viejo de este pícaro mundo. De modo que el chaval se carga de deudas hasta las orejas con el bandido Paulen, quien ha descubierto ya que su hermana tiene el diamante. Y Paulen engaña al muchacho hasta tal punto que le sea posible a él poner sus manos sobre, la

joya. ¿Lo consiguió acaso?

—¿Lo tuvo el ladrón en su poder aunque fuera un solo minuto? ¿Lo tuvo?

—Sí. Por lo menos él creyó que lo había alcanzado.

—¿Tu hermana había substituido el collar por otro?

Johny hizo un movimiento afirmativo. La damita era inteligente. Había previsto la contingencia, y cuando ocurrió, la encontró preparada con un diamante falso. Es decir, que el chaval la había puesto en un aprieto, pero ella estaba ya a mitad de camino de resolverlo el día aquel que se hallaba en el «Top of the Mark», rodeada por el cerco cada vez más estrecho de los facinerosos.

En mi ansiedad por saberlo todo volví a sacudir a Johny.

—Entonces aquella noche llevaba el verdadero. Era el que lucía cuando habló conmigo, ¿verdad?

—Sí. A mí me habían seguido hasta el hotel; le conté a mi hermana lo que había sucedido y ella me dijo que me entretuviera por allí todo el tiempo que pudiera, dándole margen para coger un avión hasta Los Ángeles, donde el anciano le estaba esperando. Yo les retuve todo lo que pude, pero luego sospecharon la verdad. Me maltrataron un poco y me obligaron a que les acompañara adonde yo creía que se encontraba mi hermana. Sinceramente, no lo hice.

Johny quería convencerme, pero en lo referente a él no me convencía.

—Pasa por alto los adornos y cíñete a los hechos.

—Ellos sabían que habría ido al «Top of the Mark», porque era el único punto a que podía haber llegado en aquel espacio de tiempo, y consecuentes con su idea, situaron a uno de los suyos de vigilancia, al pie de la escalera. Pero como mi hermana no salió por allí, subieron en su busca. Yo escapé por el ascensor, subiendo hacia la terraza; entonces fue cuando le vi a usted con ella. Le aguardé en el corredor; pensaba que era uno de los hombres de Paulen.

Cuando me alejé de él, Johny tenía aún los ojos fijos en mí. Su relato encajaba perfectamente. La razón que les había inducido a apoderarse tan prestamente de mí era palmaria. Pensaron que, habiendo estado con la joven, acaso ella me había confiado la joya o acaso me había comunicado algo antes de escapar por el tocador. De todos modos lo que me intrigaba era dónde pudiera estar la muchacha en estos momentos.

Me volví de nuevo hacia Johny, cuyo rostro estaba muy blanco y trastornado. Luego cogí una botella del ángulo de la habitación y llené tres vasos. Pensé que Emmy preferiría «Bombón». ¡La imaginaba dama de tal calidad!… Me acerqué a Johny y le di el vaso. Él lo aceptó agradecido y lo bebió de un sorbo.

—¿Como se llama? —le pregunté.

—Jeanie —me dijo.

—Jeanie —repetí evocando su figura. Era una real hembra—. ¿Cómo es que Paulen tuviera su retrato?

—Imagino que sería para que sus satélites anduvieran seguros para secuestrarla.

Le miré fijamente. Emmy no tardaría en reunirse con nosotros en aquella habitación, y delante de ella no quería hablar.

—¿Dónde crees que se encuentra, Johny? —le pregunté.

Me dio la impresión de que le preguntaba algo que no estalla en situación de contestar.

—¡Ojalá lo supiera, Dios mío! —exclamó, dejándose caer en la silla a la vez que se abría la puerta y entraba Emmy.

Los ojos de nuestra anfitriona se posaron sobre su rostro, y después sobre el mío: luego Emmy se acercó y aceptó el vaso de «Bourbon» de mis manos. Cuando lo hubo apurado fuése hacia su dormitorio. En el umbral de la puerta se detuvo.

—No se marche —me dijo—, tenemos que hablar de algunas cosas —y cerró la puerta.

Yo me quedé ante la tentación del cubrecama color rosa y las sábanas finas. Pero después de encender un cigarrillo y dirigir una mirada al chaval me dispuse a salir. Johny levantó los ojos:

—¿A dónde va? —preguntóme.

—¿Que a dónde voy? —repetí—. A renovar mi amistad con Jeanie. ¡Responde a mi tipo! —Antes de partir le di un par de indicaciones—: Tú quédate aquí a cubierto. Si ellos consiguen apoderarse de tu persona tienen un triunfo en sus manos. Sin ti no tienen nada, ni medios para coaccionar a tu hermana —volviendo la vista hacia la puerta del dormitorio, añadí—: Dile a Emmy que estaré de regreso tan pronto me sea posible, y dale las gracias.

Cerré la puerta tras de mí, y avancé por el pasillo. No tenía ninguna idea clara respecto a dónde ir ni qué hacer, pero era preciso que echara otra ojeada a un detalle del «Top of the Mark».

Tenía que examinar la escalera de servicio del bar en cuestión, y había de hacerlo sin dar de manos a boca con ninguno de los mercenarios de Paulen.

Se me antojaba que habría tres, seguramente, repartidos por el establecimiento. ¡Y no sabía cómo podría reconocerles!

Cogí un taxi hasta un punto situado a una manzana de casas de distancia del «Mark»; desde allí seguí a pie, pero sin pasar por delante de la fachada principal, sino dando un rodeo por la parte posterior, llena de obscuridad.

Nacía la luz, la pálida luz del amanecer; por mi vera cruzaban sin cesar las gentes esas que aseguran la vida de una ciudad. Ninguno tenía el aire de pertenecer a la banda de Paulen; todos tenían el aspecto de trabajadores que iban a ganar su jornal.

Entré en una calle que me pareció me conduciría a mi objetivo. Aquí tenía que desembocar la escalera de servicio; por esos alrededores sabría algo de Jeanie. Cómo salió, si pudo salir, y qué dirección tomó.

Con esta decisión, seguí adelante, pasando junto al camión que descargaba enfrente del edificio. Cuando estuve a la altura de las ruedas delanteras vi un gran «Cadillac» gris que brillaba ante la puerta, cuyo rótulo decía: «Personal». Ahí está, y ahí sigue. En el volante un sujeto de rostro malvado en el que destacaban las rendijas de los ojos y una boca como una trampa para ratones.

Me paré en seco y retrocedí a la vez que asomaba por la puerta un individuo, ¡que advirtió al instante mi presencia! Volvíme, echando a correr por la callejuela hacia la avenida principal. Oí que el «Cadillac» arrancaba tras de mí. Si no llego antes a la avenida, pronto me habrían alcanzado. Además, a tales horas de la mañana eran pocos los establecimientos que tenían las puertas abiertas, y no circulaba mucha gente. No me iba a servir de nada coger un taxi; me habrían seguido. Y no era cuestión de conducirles a casa de Emmy.

Así, pues, viendo girar las puertas del «Mark Hopkins» me metí dentro, sin saber precisamente a dónde iba ni cómo saldría de allí… Y ¿saben ustedes qué ocurrió? El primero a quien vi, sentado en el centro del *foyer*, con un trozo de esparadrapo en la cabeza y una sonrisa en los ojos… ¡fué Paulen! Mientras permanecía inmóvil, sentí tras de mí a su satélite. ¡Antes de entrar en acción me había

metido en la ratonera! ¡Aquel tipo tenía a San Francisco dentro del puño!

CAPÍTULO V

Con una rápida mirada recorrí el *foyer* del hotel. A tales horas de la mañana, naturalmente, no estaba muy concurrido. No había más que un dependiente del despacho de recepción, adormilado, quien levantó los ojos un segundo al verme entrar y sumióse luego en su modorra. Un par de empleados de la limpieza iban de un lado, a otro con sus tubos aspiradores, parecidos a serpientes. El sordo zumbido de los aparatos proporcionaba un sonido de fondo que parecía extrañamente adecuado para tan siniestro montaje.

Habían llegado los dos mercenarios de Paulen que estuvieron conmigo a la vera del coche. Se hubiera dicho que estaban dispuestos a arrancarme el hígado y comérselo, por haber escapado de sus manos poniendo a su jefe en tan peligroso trance. Acerquéme a ellos dedicándome a mí mismo, para mis adentros, una compasiva sonrisa. No me pregunten por qué. ¡No existía ni un solo detalle que me hiciera sentir dichoso!

—¡Hola! —le dije al señor maduro.

Sus ojos centellearon con el brillo de los de una serpiente venenosa que sufriera una indigestión.

—Empiezo a creer que había sobreestimado su inteligencia, *Mr*. Spade —dijo con voz amenazadora.

—Es posible —repliqué—. Ha ocurrido otras veces; ¡pero también en ocasiones ha sucedido exactamente lo contrario!

—Quizá esta vez daremos el paso acertado.

—Quizá —contesté—, aunque sólo será si me conceden un margen de ventaja para la carrera.

Ahí pude ver que el niño aquel carecía en absoluto del sentido del humor. Los mercenarios se estaban acercando, avanzando desde ambos lados y situándose de tal forma que me tenían

completamente cubierto. Pude comprender perfectamente que no hubiera costado nada que los periódicos de San Francisco publicaran aquella mañana un relato de sucesos conmigo de protagonista. Hubiera sido una cosa así como: «¡El cadáver de un detective particular descubierto en la bahía!». Tenía la mente absorta en aquellos titulares cuando Paulen dijo algo más:

—No ha querido ser usted listo; es una lástima. De comportarse con cordura podría ganar un montón de dinero. Tratando de competir conmigo sólo podrá perder. ¡Me apoderaré del diamante ese, y nadie, nadie, se va a cruzar en mi camino!

De pronto la situación perdió hasta el último vestigio de humorismo. Había observado una cosa respecto a Paulen. Era viejo, sin duda, tenía los cincuenta bien cumplidos, edad que acaso consideraré la flor de la vida cuando llegue a ella, pero que por el momento entra en el período de la vejez. Tiene el pelo gris, los ojos grises, hasta en su rostro se aprecia un tinte gris; pero queda su boca estrecha y fría, como un trozo de alambre extendido sobre su rostro. Cuando habla en aquel tono suyo, desapasionado, se abre como una trampa que después se cierra de golpe. Y cuando está cerrada, toda semejanza con un ser humano ha desaparecido. Es un robot; un muñeco de cera bien vestido. Un hombre de hielo, sin sangre, sin alma. Nada. Nada más que una fuerza impulsora que le hace continuar andando. Y acababa de mostrarme cuál era dicha fuerza. El deseo terrible, devorador, de poseer el diamante Rarta, de tenerle en sus manos y saber que él, entre todos los mortales, lo poseía.

Antes había conocido fanáticos. Casi son la única clase de hombres que me dan miedo de verdad. Me las entenderé con un individuo que empuñe un revolver. No tengo nada que decir contra el señor en cuyo pecho hierve un humor endiablado y que quiere arrancarle las entrañas a uno porque uno ha hecho el amor a su señora. También me apañaré con él. A un tipo que lleve la navaja debajo de la solapa y quiera grabar sus iniciales sobre mi rostro, también le saldré al encuentro a mitad de camino. No complacido, pero sí con cierto grado de comprensión y con la certidumbre de la derrota.

Pero los fanáticos, estos que defienden una causa, y quieren que el mundo se hunda para que ellos puedan seguir a flote, con éstos,

como Paulen que *tenía que* poseer un pedazo de hielo brillante, éstos son los sujetos que me fastidian. ¿Saben por qué? Porque son capaces de ver a sus esposas, a sus madres, muriendo horriblemente delante de ellos, sin una sacudida de emoción, si con su muerte hacen posible que estos chicos puedan dar un paso adelante hacia lo que ansía su corazón. No importa quién sea el que se vaya al diablo con tal que ellos triunfen, y no se les da un ardite el modo de lograrlo.

—¿Me comprende? —Iba diciendo Paulen.

Yo asentí.

—Sin duda —dije—. Le comprendo. Le he visto ya en muchos países.

Él entendió el significado de mis palabras. No era ningún mamarracho. Al contrario, poseía una inteligencia demoníaca.

—¿Entonces? —inquirió, aguardando mi respuesta.

De pronto, sentí una gran añoranza por los días en que podía saldar los asuntos con un buen puñetazo con la izquierda. Por los días en que no existía una rubia esbelta sumergida hasta las cejas en negocios encenagados como éste. Sentía el afán de sacar un arma y disparar, aunque supiera que hubiera caído muerto antes de que del motor de mi pecho hubiesen salido tres balas. A pesar de todo, llevarme conmigo aquel cacho gélido de hombre hubiera sido una cosa digna de llevar a cabo.

—Entonces, nada, Paulen —le dije—. La realidad es que yo me valoro demasiado. Usted no hizo más que realizar algunos cálculos y obtener los resultados equivocados.

—No le creo —atajóme.

No me sorprendía, no esperaba que me creyese, ni por un momento.

—¿Así, pues? —le pregunté, a mi vez.

—¿Usted imagina tener todos los triunfos en la mano? —pregunto.

Yo moví la cabeza negativamente.

—¡No, no los tendré hasta que le echen el mochuelo a usted!

Me pareció ver que una ligera coloración animaba la blancura de sus mejillas desprovistas de sangre, pero no pude darlo por seguro.

—Esto no sucederá, *Mr*. Spade —me dijo. Sus ojos se pasearon

todo alrededor del *foyer*—. Este lugar es demasiado público para que charlemos. ¿Le importaría emprender el mismo viaje de nuevo?

¿Importarme? ¡Sí que serviría de mucho si me importaba o no!

—Si usted insiste… —contesté, poniéndome a su nivel en cuestión de hipocresía.

Mientras se levantaba yo aparté los ojos de él el tiempo suficiente para echar una mirada a mi alrededor y ver si había algo que me hubiera pasado por alto, por ejemplo: una manera de zafarme de aquel enredo. Él lo advirtió y en las comisuras de sus labios afloró una mueca glacial.

—No desperdicie su tiempo y el mío, *Mr*. Spade —aconsejóme.

—Ni siquiera lo había pensado —contesté, volviéndome de cara a la puerta giratoria, en el momento en que entraba el guardia de la casa.

—¡Válgame San Pedro y San Patricio! —exclamé a grandes voces—. ¡El guardia de la casa con un rostro blanco como un difunto y la cabeza vendada!

Al verme se puso encarnado. Pude ver como movía los labios al mismo tiempo que se acercaba.

—Déjelo, se lo advierto —empezó Paulen.

—No se moleste —repliqué—. ¡Este tipo es el guardia de la casa, como usted sabe! ¡Pruebe de apartarle de su camino! ¡Hala, me gustaría verlo!

Observé que Paulen se mordía los labios despechado. Luego, el furioso policía se precipitó hacia mí.

—¡So cochino intrigante! ¡Venir a mi ciudad para dejarme maltrecho de este modo! ¿Cree que me voy a quedar con los brazos cruzados porque sea detective privado? Debo y puedo echarle a patadas de San Francisco.

¡Canastos! Estaba que sacaba humo.

—¡Cállese! —le grité, mirándole tranquilamente.

El hombre casi echaba espumarajos.

—¿Qué me ha dicho? —Quiso cerciorarse. Yo repetí la frase corregida y aumentada—. Esto es insultarme en público. ¡Puedo meterle en la cárcel! —bramó.

—¡Me gustaría ver como lo intenta, so guardia imberbe de tres al cuarto! —le espeté.

Me estaba divirtiendo.

A mi lado Paulen sufría ataques reprimidos. Lo último que deseaba era verme desaparecer en compañía del guardia del hotel. Los dos mercenarios permanecían pegados a mí, pero no se les ocurría ninguna idea. Paulen aventuró unas palabras.

—Oficial —dijo suavemente y con gran alarde de cortesía a la antigua—, estoy seguro de que *Mr*. Spade no quería expresar lo que usted imagina.

—Cierto que no —admití yo—. Me gustaría ver si este hijo de la tal a medio freír es capaz de encerrar a nadie. ¡Si no sería capaz ni siquiera de cerrar el corral del concejo de la ciudad sin perder la llave!

El rostro del policía mostraba en este punto un bonito matiz purpúreo. Su mano se levantó como un rayo y me cogió por la solapa. Yo le solté mi último cartucho.

—Conozco a personas de mucha influencia en San Francisco —anuncié pomposamente—. ¡Y me preocuparé de que le despidan a causa de este incidente!

Su aliento parecía el humo de una máquina de vapor. Yo me dirigí hacia la puerta.

—¡Oficial! —gritó Paulen.

—¡Cuernos! —chilló el guardia como respuesta.

Una vez fuera caminamos los dos hasta el bordillo de la acera. Él estaba decidido a llevarme a Comisaría. Vi que hurgaba en uno de sus bolsillos.

—Veamos —le dije—. Permita que le ayude —y metiéndole la mano en el bolsillo le ayudé a sacar las esposas. Luego me las puse yo mismo y le miré sonriendo.

—¡Ya está! —le dije, rebosando de satisfacción.

¡Como hombre que quiere que le arresten había actuado muy bien!

—¡Taxi! —gritó. Y luego miróme mientras su furor desaparecía en buena parte cediendo el lugar a la sospecha—. ¿Con qué propósito me ha prestado ayuda?

Yo miré por encima de mi espalda y pude ver a Paulen hablando con los muchachos. Estaba deseando que llegara el taxi.

—¿Qué? —le pregunté, distraídamente.

—¡Me ha oído bien! —contestó él.

Al minuto siguiente habrían salido a la calle y probarían suerte

con el guardia. Era bastante temprano para que pudieran escapar tranquilamente después de haberme arrancado de las manos del policía.

—¿Dónde demonios está ese taxi? —quise saber, impaciente.

Ahora el policía sentía una viva curiosidad.

—¿Y por qué diablos se preocupa de ello? —preguntó él—. ¡Si no va a otra parte que al calabozo!

—¡Magnífico! —exclamé—. ¿Por qué diantres no podemos llegar pronto allá?

Tenía al guardia realmente preocupado. Lo cual no era nada en comparación de lo que lo estaba yo pensando en Paulen.

—Mire —empecé a decir, casi dispuesto a empujar al hombretón.

Pero en aquel instante, gracias al cielo, el taxi doblaba la esquina.

Subimos a toda prisa. Observé el destello que lanzaron los ojos de Paulen al vernos marchar. Pensé que no tardarían en seguirnos. Y ahora el guardia estaba seguro de que allí pasaba algo.

—¿Qué significa esta intriga? —preguntóme agresivo y enfurecido como un diablo—. No me gusta que me lleven a paseo en mi propio distrito.

—Entonces, no piense en ello, compañero —le dije—. Limítese a dejar que las aguas sigan su curso.

Pero no eran de los que dejan que las cosas caigan por su propio peso.

—¡Procuraré que le salga cadena perpetua! —exclamó con un acento que me hizo comprender que pondría en ello todo su empeño.

En la Comisaría me fijé en la cara de asombro que puso Clancy al verme esposado.

—Están mucho más de moda que esos brazaletes llamados *esclavas* —le dije al pasar para que reseñaran mi caso.

Clancy se tomó la molestia de entrar en la sala del juzgado, permaneciendo de pie en el fondo mientras se exponían los cargos contra mí. En realidad, si no hubiera estado él allí yo no hubiera podido hacer salir el mensaje. Pero mientras volvíamos a pasar ante él le hice un signo con la cabeza, y por su movimiento afirmativo comprendí que me había entendido.

Después de tomarme las huellas digitales me pusieron en un bloque de celdas con otra media docena de sujetos, la mayoría de los cuales eran borrachos que tenían que pasar la noche allí. Me senté cerca del más limpio y aguardé. Al cabo de pocos minutos se presentó Clancy, acercándose a los barrotes. Yo me acerqué también y le hablé en voz baja.

—No se apure por esas locuras —le dije—. Convenía en este momento que me encerraran. Dentro de pocos minutos se presentarán un par de individuos a libertarme. No quiero salir con ellos. En cambio sí quiero que llamen a una chica para que venga y me liberte ella.

Le di el nombre de Emmy y dónde vivía Clancy no dijo una palabra. Lo haría como le había pedido o de otro modo, pero se marchó y su actitud al doblar la esquina parecía la de un hombre determinado.

Me figuré que sí lo haría. A Clancy sólo le había visto un par de veces, pero poseía todas las señales características del buen policía y cuando éstos son buenos —las menos veces— entonces no hay sobre la superficie de la tierra mejor especie ni más digna de confianza.

—Quiero beber —susurró el sujeto del otro lado de la celda.

—¡Oh, cállate! —dijo su compañero, quien sufría según sospecho una jaqueca que era como la abuela de todas las jaquecas.

Parecía como si aquel hombre experimentara en la boca la misma sensación que toda una familia de portugueses recién expatriada.

—Divertíos, chicos —les dije, sentándome para esperar.

Cuando miré el reloj, una hora más tarde, comprendí que Clancy había burlado la maniobra de Paulen. Se me antojaba que éste había venido ya para ver si podía echarme el guante. Luego la puerta de arriba de todo se abrió. Yo levanté los ojos.

Entraba Emmy. Llegaba un sencillo vestidito rojo, que hacía resaltar el bello color de su piel. Noté que sus ojos eran de un azul profundo muy especial, la luz se reflejaba en ellos desde cualquier ángulo que se proyectara. Acercóse a la reja. Clancy se quedó detrás.

—Está resultando usted un problema —fué todo lo que me dijo.

—Tendría usted que ver al otro individuo —le respondí.

En aquel momento, Clancy se adelantó y abrió la puerta de la celda.

El compañero de la jaqueca, al ver que volvía a cerrarse, dió un respingo. El otro me grito:

—Quiero beber. ¿Qué hay que hacer para beber, eh?

—También yo estoy que ardo —le dije, mientras la puerta se cerraba tras de sí.

Clancy me acompañó hasta el despacho para reclamar mis efectos personales. Cuando le llamé aparte, vi en su mirada una expresión chocante.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

El hombre se acarició la barbilla reflexionando.

—Han venido —dijo—. Les llevé al bloque número dos, en el que había un individuo que respondía a la descripción, pero no parece que fuera el que ellos querían. Entonces les he acompañado al bloque antiguo. Tampoco allí hemos tenido mejor suerte. Después de todo esto, se han ido y luego ha venido un señor de edad. Un tipo verdaderamente muy educado, sin embargo, no he podido ayudarle, y, por lo tanto, se ha ido también.

Durante todo el rato que estuvo hablando los ojos de Clancy no se apartaron de los míos. Conocía el paño perfectamente. Yo no creí que tuviera que decir palabra, excepto sobre una cosa, y aquello lo dijo él por mí.

—Le daré una indicación —ofrecióme—. En caso que le convenga llame por teléfono. Yo estoy en el despacho todo el día, y puede que a usted le interese un poco de auxilio de nuestra parte. Es curioso ver lo reconfortante que resulta cuando uno está en un verdadero aprieto.

—Gracias —le dije, sin añadir ni una palabra más.

Le estreché la mano y salí.

—Tengo aquí el coche —me dijo Emmy.

—¿Dónde? —le pregunté.

—Delante —respondió.

Salimos de la oficina. Yo continuaba llevándola del brazo.

—¿Sí? —exclamé—. ¡Bien, ha sido una excelente idea! ¿Qué te parece si lo llevas a la parte de atrás?

Emmy me miró. Sus cejas estaban muy ligeramente enarcadas.

—Está bien —me dijo—. ¡He visto que no había ningún auto

parado en las cercanías, y que no se veía a nadie espiando!

Fijé los ojos en los suyos. Ella comprendió mi idea con una prontitud extraordinaria. No digo que la prontitud fuera más o menos instantánea, pero creo que era una chica más bien inteligente.

—Buena marcha —le dije volviéndola a coger del brazo, un poco más fuerte.

Salimos. A pesar de todas las precauciones que había tomado Emmy, al descender las escaleras de la Comisaría, yo miraba con atención hacia todas partes. Sin embargo, ella no había descuidado ni un detalle. Paulen había estado allí, sin duda, pero por alguna razón que sólo él conocería había dejado el campo libre. Ciertamente, en aquel instante no asomaba por allí.

Emmy subió al coche. Yo me senté a su lado. Arrancamos y recorrimos un buen trecho de calle sin decir nada.

Yo no me había fijado en que el silencio fuera entre nosotros tan absoluto porque estaba pensando en otras diversas cosas. Pero volví a tocar de pies al suelo cuando el auto paró, y levantando los ojos, pude ver que estábamos delante de un muy conocido restaurante chino de San Francisco, llamado «Mama Choy's».

—¿Qué se propone? —le pregunté—. Yo no podría comer.

—Yo, sí —replicó ella—. Y usted puede hablar…

Ahora que la miraba noté que adelantaba el mentón con gesto decidido, pero sus ojos conservaban el mismo destello. Lo cual ponía las cosas en su punto.

Entramos en el «Mama Choy's» y ante un tazón de arroz y una pila de manjar que sabía y olía a gloria puse a Emmy al corriente de las últimas andanzas de Danny Spade, el hombre que no sabe vivir sino en medio de un conflicto.

CAPÍTULO VI

Cuando hube terminado, Emmy se recostó en la silla y me preguntó:

—¿Dónde cree que está?

Encendí un cigarrillo antes de contestarle. Luego dije:

—¡En el «Mark Hopkins»!

—¿Por qué se lo figura? —inquirió, mirándome fijamente y con los ojos muy abiertos.

—Tiene que estar —insistí—. ¿En qué otra parte podría hallarse? No tiene medio de salir de allí. Ella ha de llegar a Los Ángeles con la piedra. Por lo tanto, hasta que tenga el camino libre ha de seguir aquí.

La frente de Emmy se arrugó de asombro.

—¿Por qué diantre no llama a la policía en demanda de auxilio?

Yo me quedé mirando reflexivamente el cigarrillo.

—Claro —le dije—, pero sucede que su hermano tiene un asunto con Paulen y está con el agua hasta el cuello.

—¿Pero, qué? Paulen es un malhechor, ¿verdad? ¿Qué perjuicio puede causar al hermano?

—Johny está empleado en la «Insurance Company» la compañía que asegura el diamante Rarta. Si sale a relucir que mientras estaba realizando esa misión se divertía jugando con un granuja muy conocido, y luego se echa mano de este recurso… bien, parecerá que ha sido todo un plan tramado. Es probable, incluso, que pudieran sostener una acusación semejante. Johny habría terminado en la compañía, que es lo que imagino que Jeanie quiere evitar.

Emmy volvió a mover la cabeza negativamente. Era terca.

—No —dijo—. No tiene sentido. Si su hermano está limpio en lo concerniente a Paulen, no le costará mucho tiempo el demostrarlo.

A través del humo azul, fijé mis ojos en los suyos y repliqué:

—¡Ah, sin duda! ¿Y si no lo está?

Emmy me miró largo rato antes le contestar. Luego añadió, con voz tranquila:

—¿Por qué no me decía lo que pensaba desde un principio?

Le dediqué una sonrisa. Cuando estaba enfadada aún parecía más lista.

—Cariño —le dije—. Todavía no estoy seguro de lo que pienso. Pero la cosa es interesante, ¿verdad?

Emmy me hizo una mueca. Yo me levanté.

—Venga —le dije—. Salgamos de aquí.

Me había acordado de Johny de golpe y porrazo. Le pregunté por él.

—Está perfectamente —me respondió—. Duerme.

Pero podía despertar y fugarse. Acaso se figurará a estas alturas que tenía que largarse para buscar a Jeanie.

—No irá a ninguna parte —me advirtió Emmy.

—¿Por qué? —inquirí, mirándola y adivinando cuál sería la respuesta.

¡Qué muchacha me había encontrado! ¡Qué bien sabía comprender la idea!

—He cerrado —me dijo.

—Pero quedan recursos tales como las ventanas —repliqué, creo que con voz algo fuerte.

—No me parece que esté de humor para las alturas —objetó ella.

—¿Y si la contratara para trabajar conmigo?

Emmy me cogió del brazo como si estuviera habituada a ello. Subimos al coche y nos fuimos a su piso. Mi cerebro estaba haciendo combinaciones con un montón de posibilidades. Cuando paramos delante de la casa no me moví del auto. Ella me miro interrogativamente.

—¿Qué le pasa? —quiso saber.

—Nada —le dije—. Acabo de acordarme de un detalle.

Su mentón volvió a levantarse con aire decidido. Empezaba a familiarizarme con aquel gesto.

—También yo he recordado algo —replicó.

—¡Pues olvídelo! —le atajé, con aire determinado.

En sus ojos apareció una expresión nueva. Había encontrado

alguien que contrariaba sus intenciones y que le imponía su criterio. En lo más íntimo de su corazón esta chiquilla ansiaba tiempo ha que le hablaran en ese tono, y le gustaba.

—Muy bien, Danny —contestó. Añadiendo enseguida—: Andarás con tiento, ¿eh?

Yo hice un movimiento afirmativo.

—Hay una cosa que me obliga a pensar en el mañana —contesté —. ¡En esta ocasión no quiero exponerme inútilmente!

Al sonreír se formaron un par de hoyuelos en sus mejillas. Era la primera vez que noté que los tenía. ¡Y, ciertamente, poseía todo lo demás! Lo había observado ya a mi entera satisfacción.

La contemplé mientras bajaba del coche. Sus piernas eran largas y las llevaba cubiertas con unas medias muy originales.

—¿Me permites que utilice tu coche? —le pregunté. Emmy asintió.

—Cuida sólo de que auto y tú regreséis enteros a casa —me recomendó.

—Compruébalo —respondí.

Me quedé mirándola mientras entraba en el edificio. Luego solté el embrague y me volví al «Mark Hopkins».

No se veía rastro del «Cadillac». No se veía rastro tampoco de mi amigo el guardia, ni de Paulen. Di la vuelta hasta la parte trasera de la casa, dejé al vehículo y entré por la escalera de servicio. La primera persona a quien vi fué un anciano en uniforme de conserje. Era sordo. Él me dirigió a una mujer más vieja aún, que no comprendía una palabra. Me fui al ascensor del personal. Dentro había un muchacho de unos quince años que parecía extraordinariamente inquieto.

—¿Qué busca, *mister*? —quiso informarse.

—Vengo a comprobar qué tal te portas —le dije—. Últimamente se han formulado algunas quejas.

Aunque no me creyó ni por un momento, quiso asegurarse de si era verdad.

—Ya —dijo con el descaro de los de su oficio—. ¿Trae usted el carnet de la ciudad?

Me había cogido. No habría sabido distinguir el tal carnet de un agujero en la cabeza. Bueno, de un agujero en la cabeza, quizá sí, pero de nada más.

—¿Qué tal te parecería un billete de diez dólares? —le pregunté.

Mi ofrecimiento le soliviantó de veras. Su pecoso rostro ardía de indignación.

—¿Qué se propone, muchacho? Yo no le cuento nada a nadie. A mí no me sobornará, ¿sabe?

—¿Quién quiere sobornarle? Yo sólo trato de averiguar una cosa.

—Pues está perdiendo el tiempo. ¡Lárguese!

Esto no se lo consentía yo a un chiquillo como aquél. Me puse serio.

—Oye, niño —le dije—. Será mejor que mires lo que haces. De lo contrario, te vas a encontrar en muchos compromisos. Te lo advierto.

Mientras, el muchacho replicaba obstinadamente:

—Ya se lo he dicho, señor.

Desde algún punto del fondo de la estancia llegó *su* voz. Una voz cascada pero vibrando bajo los efectos de la misma emoción que noté en ella la primera vez que la escuché. Esta vez no hablaba con tanta insistencia. Jeanie se sentía abatida por una fatiga de muerte.

—No se lo reproche. Lo hacía por mí —me dijo—. Quería permanecer alejada de… —Al salir fuera me vió y me reconoció—: ¡Santo Dios! —Fué lo único que pudo exclamar.

Quedóse petrificada. Llevaba el mismo vestido que había sido precioso y de color blanco, pero que ahora estaba sucio y desgarrado. También su pelo revelaba descuido, y el rostro aparecía manchado por la suciedad. Parecía que no hubiera cerrado los ojos por espacio de muchas horas. Se la veía profundamente preocupada. Al ver que mi sola presencia barría todos sus pesares sentí que se me desgarraba el corazón.

—¡Gracias a Dios que es usted! —exclamó.

Y se hubiera dicho que iba a caerse.

—No le haga ningún daño, *mister* —empezó el pequeño adalid.

—No te alarmes —le dijo ella—. Es un amigo… —Y sus ojos me miraban interrogativamente—. Usted es amigo mío, ¿verdad?

—Pregúnteselo a su hermano —respondí.

Sus azules y hermosos ojos se iluminaron.

—¡Johny! ¿Está bien?

Comprendí que había sufrido mucho pensando en él.

—Perfectamente —la tranquilicé—. Como por el momento mi casa no ofrece garantías, está con una… compañera —acabé de explicarle, mientras buscaba con la vista el collar que me figuraba llevaría.

Ella advirtió la mirada.

—¿Qué se le ofrece? —me preguntó.

—Parece que le falta algo que yo tenía motivos para suponer que poseía usted todavía —pero como me hizo el efecto que había dado un tropiezo expresándome en tales términos, rectifiqué—: Mejor dicho, a usted en sí misma no le falta nada. Pero ¿dónde diablos está el diamante?

Fueron de nuevo aquellos grandes ojos suyos los que se apoderaron de mi atención. Luego Jeanie se acercó unos pasos y me preguntó:

—¿No lo sabía?

La miré extrañado:

—¿Y cómo iba a saberlo? Ni siquiera…

Me quedé sin palabra. La joven había metido la mano en mi bolsillo. En el bolsillo superior de la chaqueta en el que asomaba un pañuelo blanco. Después de buscar un momento, volvió a sacar la mano. ¡Entre sus dedos brillaba un objeto blanco del tamaño de una pelota de golf pequeña!

—Ahí —dijo, contestando a mi primera pregunta—. ¡Cuánto me alegro que lo haya guardado usted bien!

Los destellos de aquel objeto me dejaban deslumbrado.

—¡Cielos! —exclamó el zagal—. ¡Qué piedra!

Había dicho bien. Era una piedra extraordinaria.

—¿Lo metió usted ahí aquella noche? —aventuré. La joven hizo un signo afirmativo.

—Tuve que hacerlo —explicó—. Luego, cuando hube perdido el contacto con usted pensé que si no podían lograr su propósito de otro modo no vacilarían en matarme, y, por ello, hube de esconderme hasta que se presentara la oportunidad.

—¿Y si yo no hubiera venido? —inquirí—. Ha sido una tremenda casualidad que viniera a buscarla aquí.

Jeanie me miró a lo lejos.

—No lo creo así —dijo tranquilamente—. Si yo hubiese estado en su pellejo habría procedido exactamente de la misma manera.

¡Las mujeres! El infierno en peso estallará a su alrededor y ellas seguirán sentadas ordenando a su antojo los acontecimientos, como generales en el puesto de mando.

—Muy bien, paso —acepté—. Ahora tendremos que ocuparnos de sacarla de aquí y proporcionarle traje limpio y comida.

El muchacho se dió por ofendido.

—Yo cuidé de ella —protestó.

Jeanie se acercó a él e inclinándose le dió un beso que dejó al adolescente rojo como un pimiento. Yo hurgué en mis bolsillos buscando un billete. Sólo pude encontrar uno de diez dólares. Se lo di. Lo que había hecho aquel chiquillo los valía bien. A él le pareció que el suelo se abría bajo sus pies. Creo que era la mayor suma de dinero que había poseído en toda su vida.

—¡Cielos! —volvió a exclamar, tragándose la saliva.

Terminada esta escena estudiamos el medio para salir de allí. El muchacho fué a realizar unas gestiones y consiguió que el camión que llevaba la ropa a lavar marchara antes de la hora habitual. Jeanie y yo subimos detrás y fuimos transportados fuera en un santiamén.

El chico, montado en la cabina, iba indicando el camino al conductor. Llegamos a casa sin novedad y en el tiempo mínimo. Jeanie se despidió de su joven protector. Yo le dije:

—Si alguna vez necesitas trabajo ven a verme.

Y le di mi dirección. Era un chiquillo valiente, no cabía duda. Jamás habría entregado a Jeanie.

Acompañé a la joven hasta el piso de Emmy, sirviéndonos del ascensor de la parte posterior de la casa, el que utilizaba el personal del garaje. Ya en el pasillo, la miré con atención. Cansada o no seguía poseyendo aquella hermosura de las rubias de ojos azules, que siempre me impresiona. Súbitamente, me acordé de Emmy y me pregunté qué tal se llevarían las dos. ¿Recuerdan ustedes cuál es el antiguo símbolo chino de la discordia? ¡Dos mujeres bajo un mismo techo!

Apreté el timbre. Unos segundos más tarde, Emmy abría la puerta y nos hacía entrar sin delaciones, dirigiendo una sonrisa a Jeanie. En aquel momento, llegó corriendo Johny y estrecho a su hermana contra su pecho. El pobre muchacho perdió el control de sí mismo y se deshizo, en llanto. Para no verlo toqué a Emmy con el

codo. Ella me hizo entrar en su habitación. Mis ojos recorrieron con interés aquel dormitorio rosa y blanco, de película de cine.

—Es curioso que me hayas introducido aquí —le dije.

Ella clava su mirada en las mismas niñas de mis ojos. Veo que lleva un vestido extraordinariamente delgado. Pienso que debajo no lleva nada más.

—¿Curioso? —me dijo, con voz apagada—. No es ésta precisamente la palabra que yo hubiera escogido.

—Ven —le contesté.

Me había sentado en el borde de la cama. Emmy se levantó de su asiento y se vino a mi lado. Sus labios se me antojaban tentadores, jóvenes, frescos, carnosos.

—Retiro la palabra «curioso» —le dije, con dulzura.

—Es una fineza que aprecio —contestó.

Y levantando la mano, me acarició el pelo.

Me incliné y la besé.

—Gracias. Bésame un poco más —me pidió ella.

Y como no me gusta defraudar a una dama… ¡lo hice!

CAPÍTULO VII

Supongo que, transcurrido más o menos rato, Emmy debió ir a la habitación vecina para arreglar un lecho para Jeanie y prestar a ésta algunas prendas de vestir y prepararle comida. Yo no me enteré de nada absolutamente. Me limité a dormir. Recuerden que llevaba muchas horas de sueño atrasado.

Cuando abrí los ojos y miré el reloj, eran las once y brillaba el sol. Me levanté y me puse a contemplar el panorama de San Francisco. Desde la ventana de la habitación de Emmy, se veía el Nob Hill y lo que queda de la ciudad antigua, o sea, la parte que ya estaba en pie antes del «gran terremoto».

Hasta mi llegó la voz de Emmy.

Volví los ojos hacia la puerta. La joven estaba en el umbral, sin que hubiera acabado de entrar.

—¡Hay café para todos los que quieran tomarlo!

—Ven —le dije.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza. Llevaba el pelo suelto, que enmarcaba su rostro, y un traje encarnado. Se hubiera dicho que no contaba más de dieciséis años. Aquel aire resuelto y seguro que yo había asociado a su persona había desaparecido. Como si no hubiera existido jamás.

—¡No, señor! —replicó—. Si entrara podría olvidarme del desayuno, y hay por ahí cerca un par de personas a quienes les es muy necesario.

—Ven aquí —volví a ordenarle.

Emmy entró cerrando la puerta tras de sí y se acercó. Yo la rodeé con mis brazos y la besé con sincero afecto. Luego la volví a soltar, diciendo alegremente:

—Corre. El dueño de la casa está muriendo de hambre.

—Eso es lo que yo creía —respondió al salir.

Me quedé mirándola. Se operaba en mí una transformación alarmante, y no estaba seguro de que me causara mucha satisfacción. Emmy adquiría en mi interior mucha más importancia de la que concedía habitualmente a cualquiera de las mujeres que habían pasado por mi vida. En una discusión imaginaria la rechacé ordenándole que se apartara de mi camino. Luego me dediqué a mí mismo con algunos buenos consejos. «Oye, compañero —me dije—. Tú tienes un trabajo que exige tu atención, no adquieras compromisos sentimentales». Luego contesté con un signo de asentimiento a mi propia imagen reflejada en el espejo y me puse la chaqueta. Pero no lograba engañar a nadie, ¡ni siquiera a mí mismo!

En la otra habitación, Jeanie, que llevaba un traje de Emmy, tenía un aspecto más lozano. Los arcos violáceos de sus ojos casi habían desaparecido, aunque no por completo. Johny parecía extrañamente abatido.

—¡Eh, amigos! —grité—. ¿Cómo va el Estado de la Unión?

—Mejor —respondió Jeanie, sonriendo—. Mire —dijo tendiéndome el periódico de la mañana.

El diario publicaba la fotografía de un hombre de media edad bajando de un aeroplano. Los titulares del grabado decían: «P. J. Happenden llega a su hogar», y la información se extendía relatando que el millonario no había querido soltar prenda sobre lo que había comprado en Europa. En relación a los rumores circulantes sobre el diamante Rarta, había dicho: «Aguarden y verán. Estoy esperando a un amigo que establecerá contacto conmigo dentro de algunas horas y luego puede que tenga que hacerles una declaración».

—De modo —dije a Jeanie— que la está esperando. El asunto queda resuelto. Todo lo que tiene usted que hacer ahora es ir a visitarle o pedirle que envíe alguien que recoja el diamante de manos de usted.

Sus grandes ojos azules se encontraron con los míos y comprendí que al expresarme de este modo me había equivocado.

—¿Es así como procede usted cuando realiza una tarea? —preguntóme sin levantar la voz—. ¿Llama usted a otro para que salga a recibirle a mitad del camino y termine la empresa de que se

hizo usted cargo?

Yo moví la cabeza negativamente. Existía una diferencia, sin embargo, según me apresuré a indicarle inmediatamente.

—No es lo mismo, Jeanie. Yo soy un hombre, usted es una muchacha.

Sus ojos serenos seguían fijos y no se habían apartado de mi rostro.

—Hasta las chicas gustan de terminar lo que han iniciado —replicó.

—Lo comprendo, pero…

—Me agrada que lo comprenda —dijo ella.

Yo me quedé callado durante un minuto entero.

—Muy bien —le dije, al fin—. Así, pues, tenemos que combinarlo de modo que pueda usted llegar a donde esté Happenden, sin que Paulen pueda desahogarle con usted o con su hermano en el entretanto.

Antes de contestar, sacó un cigarrillo de su pitillera. Luego, dijo:

—Me alegra que esté de mi parte, Danny, con lo cual no perderá nada porque cuando vea a Happenden le pondré al corriente de lo que usted ha hecho. Tendré que expresarme con mucho tacto, ¿comprende? —explicó, desviando la mirada hacia Johny, sentado ante la mesa y completamente avergonzado—, a causa de mi hermano, que no estuvo afortunado. Pero él sabrá el comportamiento de usted.

—Al diablo con todo ello —exclamé—. Para mí ha sido una distracción.

—Las diversiones no llenan el puchero —replicó la muchacha—. Usted es un detective privado, ésta es su profesión y la gente le paga sus servicios. Lo mismo haré yo. Y no hay más que decir sobre ello.

—Algo queda, chiquilla —objeté, estirando el brazo para coger uno de sus pitillos—. No soy tan desinteresado como usted cree. Tengo que darle una noticia. Si logro pescar a Paulen me pagarán cinco billetes grandes por él trabajo. De modo que no se preocupe por mis ingresos, ¿comprende?

Mis palabras provocaron una sonrisa en Jeanie y una franca carcajada de Emmy. Después nos pusimos a discutir el plan de acción.

Primer punto: había que sacar a Jeanie de San Francisco. Segundo: tenía que llegar a Los Ángeles. Y como Paulen era hombre de grandes recursos, no cabía duda de que tenía gente apostada en las estaciones terminales de los ferrocarriles, de los coches de línea y en el aeropuerto. Era preciso maniobrar con seguridad. Si podíamos salir de San Francisco sin ser descubiertos todo marcharía bien. Pero si nos localizaban, no sería aconsejable emprender un viaje de doscientas cincuenta millas en coche, sabiendo que otro coche le está esperando a uno para acribillarle el pellejo. Por el camino se encuentran demasiados parajes donde puede llevarse a cabo la hazaña sin el menor riesgo.

Jeanie no quiso admitir que nadie más que ella se hiciera cargo de su comisión. De Johny comprendí que no se fiaba del todo. De mí no creo que tuviera duda alguna, pero sí tenía una idea completamente masculina del honor en relación con la tarea que le habían encomendado. En cuanto a Emmy… Bueno, yo mismo habría sido el primero en no permitirlo, pero de todos modos ni siquiera se habría planteado la cuestión.

Estuvimos sentados discutiendo el problema, pero después de una hora de deliberaciones desembocábamos siempre al punto de partida.

—Hemos de probar fortuna —propuse yo—. Hemos de hacer salir tres automóviles de San Francisco, cualquiera de los cuales pueda ser el que Paulen espera.

Jeanie volvió la vista hacia mí e hizo un signo afirmativo.

—Eso es —asintió.

Y tuvo que ser. Discutimos un rato más, y, por último, formulé mi plan. Johny era conocido. Cogería uno de los coches y sería el primero en partir. Iría al aeropuerto y tomaría billete para Los Ángeles.

Jeanie se dirigiría a la estación terminal de los coches de línea y sacaría billete para Los Ángeles. Yo partiría en un auto con Emmy. Pero para mis adentros había decidido que antes de marchar haría que Emmy me perdiera de vista.

Ya en el avión, no podía pasar nada. Acaso se apoderarán de Johny al final del viaje, pero cuando no le encontraran lo que apetecían volverían a soltarle. Por otra parte, podíamos disponer que la policía estuviera esperándole en el aeropuerto.

Poco más podía ocurrir en un coche de viajeros. Habría demasiada gente. Por lo tanto, me figuraba que durante el viaje Jeanie estaría a salvo. Además, en mi mente había formado un plan para salvaguardarla. Y allí era donde Emmy jugaba su papel. Debía esperar a Jeanie al final del trayecto y cuidar de que pudiera bajar del auto sin contratiempos.

Yo saldría en coche y probablemente los hombres de Paulen emprenderían mi persecución.

Sin embargo, yo sabría cuidar de mi seguridad, aparte de que tenía meditado un proyecto en relación a Paulen. Aquel sujeto era mi tipo. Quería que fuese a parar donde pudiera rendir mayor provecho: en una escondida celda de Leavenworth. Tan escondida que tardáramos muchos años en volverle a ver, o le perdiéramos para siempre. He ahí lo que ansiaba para Paulen. Había de ser eliminado.

—¿Bien? —dije, paseando la mirada de uno a otro de mis oyentes.

Hiciéronme todavía algunas preguntas, pero quedamos de acuerdo en cuanto a las líneas generales del plan.

Entonces Jeanie se quedó mirándome y formuló la pregunta que nadie había formulado:

—¿Quién se hace cargo del diamante, Danny?

Antes de contestar hice una pausa y pegué una chupada a mi cigarrillo.

—¡Es chocante que lo pregunte usted! —le dije.

—Quiero encargarme yo —dijo con voz suave.

La tenía hermosa de veras.

Estaba seguro que querría ser ella la que transportara la joya. Ahí estaba la dificultad. El muchacho era demasiado nervioso, aunque este inconveniente no era el único. Jeanie sabía que su hermano había traicionado la causa de Happenden y que ahora tenía que ser ella la que hiciera volver las aguas a su justo cauce. Sentía como propia la culpa de su hermano, y por esta causa era capaz de ir hasta el fin de la tierra para entregar a Happenden, como era debido, lo que le pertenecía. Yo me decía que después de esta formalidad le contaría un montón de cosas al señor Johny. Y creo que él lo sabía también.

—Sé que quiere encargarse usted —le dije.

—Usted ha hecho mucho por mí, Danny, y se lo agradezco. Usted también, Emmy —dijo, dirigiendo una rápida mirada a mi chiquilla—, pero es ésta una misión que tengo que llevar a cabo yo.

—Claro —convine—. Lo comprendo y no discuto.

Emmy volvió los ojos hacia mí con presteza, pero yo no quise encontrar su mirada, sino, que continué con la vista fija en Jeanie, que estaba sonriendo con una expresión de alivio en el rostro. Creo que había temido qué yo hiciera una escena por aquella cuestión. No eran tales mis intenciones, empero. En realidad, no estaba dispuesto a decir palabra sobre el diamante Rarta… por el momento.

—Perfectamente, chicos —exclamé, levantándome de la silla—. Es mejor que resolvamos algo en relación a los coches. Hemos de hacer muchas cosas y no podemos perder el tiempo. Happenden esperaba que se pondría usted en contacto con él dentro de pocas horas. Es preferible que le llame enseguida diciéndole que estará allá… —Antes de proseguir miré mi reloj, pensando que valía la pena contar con la demora que ocasionarían los incidentes que iban a surgir en el ínterin—, digamos dentro de unas diez horas. O sea, a eso de la medianoche de hoy. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Jeanie—. Voy a prepararme.

La joven entró en el cuarto de baño, y Johny fuese hacia la ventana. Hasta la hora presente no había pronunciado palabra. Creo que se sentía como si estuviera de más entre nosotros. Iba a decir algo a Emmy, cuando advertí que un estremecimiento recorría la espalda del muchacho. Me reuní con él y miré por la ventana.

En la esquina había un automóvil parado. No lo ocupaba nadie, naturalmente, pero ahí estaba como silenciosa advertencia de que en realidad no habíamos recibido aún la última cortesía del impecable *Mr*. Paulen. ¡El lujoso «Cadillac» había venido a reunirse, con nosotros!

Johny exclamó, nervioso:

—Nos han descubierto. Pensaba que les habíamos burlado. Pensaba que les habíamos perdido de vista…

—Entonces, te equivocabas, ¿no es cierto? —le dije—. Tranquilízate. Esto no es el fin del mundo.

El chaval se volvió hacia mí con una expresión tan extraña en los ojos, que no sabría con qué palabra definirla.

—Subirá aquí. Acaso esté ya en camino. ¡Quizá está en el ascensor! Atranque la puerta. Atránquela bien, que no pueda entrar…

—¡Cállate!

—Spade —sin darse cuenta iba levantando la voz—. Él sabe que estoy aquí. Por esto sube. ¡Me busca! Sabe que yo no puedo…

Pero aquí se calló.

—¿*Qué* sabe que no puedes? —le pregunté.

Emmy permanecía inmóvil, en silencio, detrás de nosotros, un poco asustada quizá por aquélla, escena. Ahora Johny se iba recobrando poco a poco. Acababa de revelar algo que guardaba en secreto y no quería que se le escapara nada más.

—No le dejemos entrar aquí, eso es lo único que importa —dijo.

Yo estiré el brazo y le cogí por la solapa de la chaqueta.

—¿Qué es en concreto lo que te inspira tanto terror, hijito? —quise saber—. No te preguntaré cómo es que una muchacha como Jeanie tiene por hermano semejante gallina. Imagino que es una de esas cosas que no se explican. Pero vas a decirme qué hay de tan terrible respecto a Paulen. ¡Vamos, suelta!

Quiso apartarse de mí, pero yo no le solté y se quedó en su puesto. En su rostro aparecía una expresión tétrica. A mí se me había pegado su espanto.

—No se mezcle conmigo, Spade —advirtióme en un tono semi amenazante que no hubiera impresionado ni a Juan Cobarde.

—¡Vaya, muchachote bizarro, vaya! —le espeté—. No me vengas con bravuras. Zanjemos las diferencias de una vez y pronto. Precisamente soy yo un sujeto impaciente de verdad.

Johny trató nuevamente de librarse de mí, al mismo tiempo que sus ojos se iban hacia la puerta, como si ya estuviera oyendo al hombre a quien tanto temía.

Yo le di un tirón y le solté un puñetazo en mitad de la boca.

—¡Habla, cobarde, habla! —le grité con voz áspera, bullendo de ira contra aquella mujercita blandengue.

Vi que se encendía una llama en sus ojos Observé las filas de nudillos en su puño cerrado. ¡Pero ruando descargó el golpe yo no estaba en el camino de su trayectoria! Di un paso de costado y le empujé suavemente en la misma dirección de su embestida, de modo que con ello y su propio impulso cayó de bruces, aterrizando

sobré el mullido sofá. Como intentara levantarse, le rechacé con otro empujón.

—No perdamos más tiempo, niño —le dije—. Si no eres cobarde retiro la palabra, pero hasta ahora no has demostrado mucho valor. ¿De qué se trata? Ponme al corriente. Quizá tenga medios para resolver el problema.

El chico se dejó caer otra vez sobre los cojines. Se veía derrotado.

—No se equivoca usted —me dijo—. Soy un cobarde, es cierto. No puedo remediarlo. Jeanie vale por tres como yo.

Respiré profundamente. Ahora íbamos a llegar a alguna parte.

—Muy bien —contestó—. La cosa queda clara. Es una pena que seas cobarde, pero si lo eres, lo eres. Ahora dinos lo demás.

—Cuando me llevaron a la casa aquélla —empezó—, yo… —Tenía la faz contraída por la violencia que se hacía a sí mismo. Johny me proporcionaba una visión fugaz del infierno de tormentos que sufren esos individuos que carecen en absoluto de temple cuando se enfrentan con una contingencia para la cual no están preparados—. Aquellos malvados emplean todos los medios. Paulen inventa procedimientos. Son capaces de amansar al más bravo. Usted no sabe lo que hacen… —Y aquí se le quebró la voz.

Yo saqué un pitillo y lo encendí. Estábamos en el momento álgido. Le ofrecí el paquete, pero ni siquiera lo vió. Tan ensimismado estaba en su terror.

—Coge uno —le dije.

El sonido de mi voz lo trajo con un sobresalto a la realidad presente. Alargó el brazo con un movimiento automático y cogió un cigarrillo, que yo le encendí. Le temblaba la mano. Di unas chupadas al mío y miré hacia la puerta.

—Aquí no van a venir. Esto es un caso resuelto.

—¿Cómo puede estar seguro? —preguntó, levantando la vista—. Saben que estoy aquí. Es a mí a quien buscan. Saben que cederé con poco esfuerzo. Que a través de mí pueden apoderarse de Jeanie.

Rechacé su afirmación con un ademán. He ahí un punto que pasaba desapercibido al hermano Johny.

—Sólo durante las próximas doce horas —le dije.

Y esperé que el significado de mis palabras fuera calando en su mente.

Diez minutos se precisaron para que surtieran efecto. Luego, el muchacho levantó la cabeza para mirarme.

—¿A qué se refiere?

—A esto sencillamente —le expliqué—. Si Paulen no te coge en el término de doce horas, el diamante estará en poder del hombre a quien pertenece. A partir de este momento puede arrancarte las orejas si le place. ¡No le servirá de ningún provecho! —Se lo expuse con cierta crudeza, pero para mí el significado resultaba bastante claro. Creo que para Johny lo resultaba también. Aun añadí unos cuantos argumentos vigorosos—. Supongo que podrás concederle doce horas, ¿verdad? —le pregunté—. No necesita más, y ¡canastos! Se lo debes cumplidamente —la perspectiva le dejó un poco desmayado. Yo proseguí—: Tú tienes un buen empleo, Johny, un empleo en el que te portas muy bien. Nadie se enterará seguramente de este pequeño episodio… ¿Verdad que no?

El chaval no me miraba. Pero moviendo la cabeza, dijo:

—No. Normalmente hago un trabajo rutinario. Hasta ahora nunca tuve que enfrentarme con un asunto de esta índole. Sólo lo acepté porque me iba a proporcionar mucho dinero y quería casarme. Jeanie estaba conmigo cuando conocí a Happenden, y cuando se habló de la colaboración de una mujer… quiso ayudarme… —Se quedó un momento indeciso— vea usted ¡me conoce!

Colegí que estas pocas palabras encerraban para el muchacho un mar de tragedias. ¡Toda la vida sintiéndose cobarde y esforzándose por ocultarlo! Su hermana, que hizo cuanto pudo para ayudarle, creyó que quizá el matrimonio le haría cambiar de carácter y casi estuvo en un tris de perder la vida en el empeño. Le miré con atención. Su barbilla indicaba debilidad, no cabía duda, pero además me pareció que lo que le trastornaba ahora era alguna otra cosa que no dependía exclusivamente de su valor. Me pregunté si al final de todo esto saldría un hombre mejorado. Sólo había una manera de comprobarlo.

—¿Qué papel juegas tú en todo esto, Johny? —le pregunté.

Él levantó la vista como si no me entendiera bien.

—¿Qué quiere decir? Naturalmente, estoy dispuesto a hacer lo que pueda… pero si él…

Y se quedó sin terminar la frase.

—Creo que comprendes que si tomas parte en la aventura, las probabilidades de que Paulen te coja están casi a la par.

—Sí —respondió sombrío, rehuyendo mirarme.

Enseguida se levantó, acercóse a la ventana y miró hacia la calle. Al volverse, tenía las facciones alteradas, contraídas. Me di por perdido.

—No puedo… no puedo… Quisiera tener el valor suficiente, pero sé que desertaría. Aquel tipo me da un miedo atroz. En cierta ocasión me dijo lo que haría si yo…

El desprecio que asomaba en mis ojos y que no me fué posible disimular, le dejó sin palabras y se quedó inmóvil, callado. Yo apagué el cigarrillo.

—Muy bien —le dije—. Ya sabemos dónde estamos.

En el mismo, instante volvía a entrar Emmy en la habitación. Se había vestido ya para salir.

—Jeanie está preparada —nos dijo.

—Perfectamente —respondí. Y yendo a buscar la botella, exclamé—: Brindemos por el largo viaje que vamos a emprender — al mismo tiempo que llenaba un buen vaso de licor para cada uno.

Unos segundos más tarde, apareció Jeanie, vestida con una combinación de ropas de Emmy que le sentaba verdaderamente bien. Eran dos mujeres completamente distintas, pero bellísimas las dos, dentro de su tipo.

—Estoy dispuesta del todo —dijo Jeanie, dirigiéndome una mirada llena de significado.

Aunque la comprendí perfectamente, no quise ponerme en evidencia todavía.

—¿No sería mejor que comunicara con Happenden? —Le indiqué.

Ella contestó con un signo afirmativo y fuése al teléfono.

Mientras Jeanie estuvo hablando con Happenden, yo ultimé en voz baja algunos detalles finales con Emmy. Jeanie hablaba como si no hubiera ocurrido ningún contratiempo. No sentía la menor inquietud. Llegaría allá, seguramente, a cosa de media noche. No, no podía decirle aún qué medio de transporte escogería. Johny le acompañaría, pero a la distancia suficiente para que no pareciera que iban juntos. Se había planeado así teniendo en cuenta su calidad de empleado de una compañía de seguros.

Cuando dejó el teléfono se hubiera dicho que se había tratado de un viaje sin complicaciones de ninguna clase. Yo le dirigí una sonrisa.

—Ahora que todo salga tan bien como le ha dicho usted —exclamé.

Ella respondió con una sonrisa verdaderamente luminosa y extendiendo la mano, me dijo:

—Ahora me encargaré yo del diamante.

—Claro —dije yo, metiendo la mano en el bolsillo.

La piedra estaba envuelta en mi pañuelo. Lo desdoblé para que ella pudiera verla bien y volviéndola a envolver le entregué joya y pañuelo.

Jeanie lo puso en su bolso. Luego apuró su vaso.

—¿Dónde está el diamante falso? —le pregunté cuando hubo terminado.

—¿Por qué? —quiso informarse, levantando los ojos sorprendida.

—Es una ocurrencia nada más —le dije.

Jeanie buscó por debajo del suéter que su busto moldeaba tan admirablemente y sacó una delgada cadena en cuyo extremo había una piedra que parecía idéntica. No había elección posible entre los dos, excepto que si uno hubiera dejado caer esta segunda joya se habría acarreado siete años de mala suerte.

—Gracias —le dije, quitándoselo de la mano. Y como su mirada denotara profunda extrañeza, le dije—: No tema. ¡En un asunto en el que intervienen tantas mujeres es preciso que yo conserve algunas cosas en secreto!

Me di cuenta de que Emmy reventaba de curiosidad, pero la dejé que siguiera con ella, aunque estallara. También Jeanie estaba intrigada. Sin embargo, sabía por adelantado que no le sería explicado el motivo. Por mi parte, después de haber recorrido con la mirada a todos los presentes, me preguntaba por mis adentros quién estaría allí transcurridas doce horas. Una cosa era segura. O Paulen habría llegado al final de una notable carrera de crímenes o yo estaría en el fondo de la bahía de San Francisco. ¡Una fascinante perspectiva desde cualquier punto que se mirara!

CAPÍTULO VIII

El diamante falso fué a reposar en el mismo bolsillo que había guardado el verdadero. Luego volví a mirar a las dos muchachas.

—¡Será mejor que sepáis que el coche de Paulen está abajo!

Valía más no andarse con rodeos. Era preciso que se enteraran.

—¿Está Paulen? —preguntó Jeanie.

—No lo sé. El auto sí está. Y en sitio bien visible, para que *yo* me entere y *vosotras* también. Ellos suponen que de ahí deduciremos que usted no saldrá de San Francisco con el diamante.

—Lo comprendo —dijo con voz tranquila, mirándome fijamente con aquellos grandes ojos suyos—. ¿Usted cree que saldré?

Yo hice un signo afirmativo.

—¡Sé que saldrá! —le aseguré—. ¡Pero es que yo le llevo ventaja a Paulen!

Jeanie sonrió. De su rostro había desaparecido la preocupación.

—El plan se desarrollará así: Johny me acompañará en una pequeña excursión. —Johny levantó la cabeza vivamente al oírme. Yo le dirigí una mirada inquisitiva. Pero como él no abrió los labios, proseguí—: Durante este tiempo, diez minutos en total, usted y Emmy permanecerán aquí. Transcurridos los diez minutos bajen las dos por la escalera. Las esperaré en el pasillo. Usted y Emmy se dirigirán a mí inmediatamente. ¿Queda entendido?

Jeanie no estaba demasiado segura.

—¿Qué hará usted en diez minutos? —quiso informarse.

¡Ahí estaba la respuesta que la defraudaría!

—¿Qué sé yo? ¡Acaso freír espárragos! —le dije—. Todo lo que ustedes tienen que hacer es venirse hacia mí hablando con naturalidad. ¿Está claro?

Las dos asintieron con la cabeza, pero no me gustó la expresión

que observé en la mirada de Emmy. Sus ojos brillaban demasiado. ¡No me gusta cuando la veo excitada! ¡Ello indica generalmente que sabe al dedillo de qué se trata!

—¿Estás de acuerdo tú también? —le pregunté, sarcásticamente.

—No lo sé —contestó.

—Bien, decídete, pues, antes de verte demasiado comprometida —le advertí—. ¡Después de todo, podemos substituirte fácilmente!

—No tan deprisa —replicó. Y luego, asintiendo—: Muy bien —dijo—. Tomaré parte en la aventura, pero no la veo suficientemente clara.

—Peor para ti, compañera —contesté tranquilamente—. Si queda esto claro, Johny y yo nos marchamos.

Johny vino hacia mí con todo el entusiasmo de un republicano que depositara un voto en favor de Truman.

—Hasta luego, niñas —les dije, volviéndome hacia ellas en el umbral de la puerta—. ¡Os veré en el calabozo!

Me contestaron con una sonrisa. Desmayada la de Jeanie, la de Emmy con un destello asesino en los ojos.

Cerré la puerta y salimos al pasillo. Me estaba preguntando por qué punto aparecerían primero los secuaces de Paulen. Me parecía que no sería del interior. Era probable que hubiera alguno en el pasillo, aunque no lo aceptaba con verdadera convicción. *Estarían en el exterior*. Delante y detrás de la casa. Era lo que les convenía. Paulen era listo. Actualmente, sabía ya que nosotros éramos más de tres, por lo tanto ¿no era lo más lógico que intentáramos burlarle mandando varios coches en distintas direcciones? De haber estado en el pellejo de Paulen, yo les habría echado el guante a todos y me habría, asegurado bien de apoderarme del diamante. Al cabo de media hora lo hubieran podido sacar de San Francisco, o marchar hacia la frontera, o entrar en Méjico… y entonces cualquiera era libre de adivinar dónde pudiera encontrarse.

Esto es lo que Paulen haría, sin duda. Cogernos a todos. Lo había tenido presente todo el rato que estuve trazando mi plan, pero una parte importante del mismo había sido ideada bajo la suposición de que cuando yo celebrara *cierta* conversación telefónica, no habría ninguno de sus hombres en el pasillo. Si estaban, podían impedir que utilizara el teléfono, en cuyo caso todo mi programa se iba al fondo de un abismo de negruras.

Estábamos a mitad del pasillo, de cara al ascensor, cuando advertí que el indicador estaba iluminado y señalaba que el ascensor subía. Sentí un cosquilleo en el cuero cabelludo. Era mi señal de alarma. ¿Tontería? Acaso. Pero me ha salvado la vida demasiadas veces para ignorarlo.

Un hombre de grandes medios como Paulen podía tener gente al otro lado de la calle vigilando la habitación. Podían habernos visto salir a Johny y a mí y haberse preparado para subir a toda prisa.

Me detuve y cogí a Johny por el brazo. Mi acompañante se quedó petrificado, pero es lo que esperaba de él en parecida circunstancia.

—Baja por la escalera —le ordené—. ¡Pronto![5]

No fué preciso mandárselo dos veces. Jamás he visto a nadie que se diera tanta prisa. ¡Me hizo pensar en presentarle para los cien metros lisos en las próximas competiciones! Yo no me moví, sino que acercándome llamé con fuerza a la primera puerta que me vino a mano. Los minutos que tuve que esperar han sido los que más largos me han parecido en mi vida. No podía apartar los ojos del indicador ni por un momento… pero, por fin, la puerta a la que había llamado se abrió milagrosamente. No perdí el tiempo en formulismos. Tenía ante mí una muchacha vistiendo un *negligé* negro, debajo del cual se apreciaba otra prenda interior color rosa. ¡Hasta en tales ocasiones he de fijarme en estas cosas! Me temo que ingiero demasiadas vitaminas.

—Dispense, señora —le dije atravesando el umbral sin cumplidos, casi al mismo tiempo que la cogía por los hombros y cerraba la puerta de un empujón—. He de utilizar su teléfono. Es un asunto de vida o muerte.

Aunque parezca sorprendente, en todo el espacio de un segundo la chica no gritó. Luego me di cuenta de que no le era necesario. Una voz profunda, que parecía la de un King Kong con parlante, preguntaba:

—¿De vida o muerte, para quién, amigo?

Volví la cabeza hacia la dirección de donde procedía el ruido aquel y vi que se acercaba una especie de tranvía humano. Eran seis pies de sólida musculatura, regida por un cerebro en consonancia. Con el tiempo que tenía disponible sólo se podía echar mano de un recurso. Saqué el revólver, pero sin andarme con rodeos. Anoto con

placer que cuando vió el arma su coraje amainó un poquito.

—No busco pelea, amigo —le dije—, pero tengo que utilizar el teléfono. ¿Conformes?

No aguardé que me obsequiara con una florida invitación. Cogí sencillamente el aparato con una mano y con un dedo de la misma marqué el número. La muñeca se había sentado y cogido una lima para las uñas. Se hacía la manicura. El tipo aquel seguía de pie. Por su actitud se notaba que el hombre tenía la convicción de que debía hacer algo, pero maldito si se le ocurría qué exactamente.

—No tolere que esto sirva de pretexto para que le despida, camarada —le dije—. Cuando yo esté fuera puede inventarse alguna explicación.

El rostro del tipo aquel no daba ninguna muestra de que pudiera emular las aventuras de Dick Tracy, pero a pesar de todo, la muñeca demostraba sentir interés por uno u otro de nosotros. En aquel momento, toda su atención la absorbía la uña que se estaba arreglando. Por fin escuché la voz que aguardaba.

—¿Es Clancy? —pregunté.

—Sí. ¿Quién llama?

—Aquí Spade. Voy a pedirle una cosa y ha de hacerla al momento. No tengo tiempo para extenderme en detalles ni explicaciones, pero es *preciso* que haga lo que le diré, ¿comprende? De lo contrario, es muy probable que mueran sin remisión varias personas, ¡y una de ellas sería *yo*!

—No pierda tiempo —me contestó, lacónico—. ¡Hable!

—Voy a cruzar el pasillo de una casa de vecinos llamada Westchester en la avenida de Galler. Allí esperaré dentro de unos tres minutos quizá. Se acercarán a mí dos chicas, una rubia y una morena. Yo me quejaré, y quiero que usted venga y las arreste por molestarme o por cualquier otra cosa que se le ocurra y que sirva para tenerlas en el calabozo por espacio de doce horas.

—¿Eso es todo? —inquirió Clancy.

—Si —le contesté—, pero no lo estropee.

—Bien —me dijo—. A ver si la próxima vez tiene alguna cosa más interesante.

—No habrá ninguna próxima vez —repliqué, dejando el teléfono acto seguido.

La muchacha dejó de afilarse las uñas. Levantó los ojos y con

una mueca de desprecio en sus labios, de un rojo vivo, me dijo con voz áspera:

—¡*Chivato*! ¡Hacer prender a una chica tendiéndole un cepo como éste! ¿Será capaz? —Y volviéndose a Tarzán, le increpó—: ¡Y tú le has dejado utilizar mi teléfono! ¡Salid de aquí los dos! ¡Idos al diablo!

Al comprender lo que ella se figuraba no pude menos que sonreírme. Empero el señor Mozo Corpulento iba a tener mucho trabajo para darle una explicación. Yo retrocedí, dejándole ante la tarea ésa.

—Lo siento, señora —le dije—, pero créame. Nunca me meto en los asuntos de ninguna dama.

Salí al pasillo con todas las precauciones. Estaba desierto. Imaginé que habrían emprendido la persecución de Johny, sin ningún éxito. En cualquier caso no habían interceptado a las muchachas. Miré el reloj. Jeanie y Emmy abandonarían la habitación dentro de otros tres minutos. Clancy podía estar allí fácilmente al cabo de dicho tiempo. Un coche de la policía puede violar las señales del tráfico, y si lleva sirena, todo lo que se presente. Sin embargo, se me antojaba que para este trabajo no usarían sirena.

Bajé hasta el ascensor y esperé. Esperé hasta que el reloj me dijo que las dos mujeres estarían saliendo ya. Entonces me dirigí hacia las escaleras y bajé corriendo.

Había esperado para cerciorarme de que no las interceptaban. Los satélites de Paulen no podían estar dentro del ascensor a menos que hubieran estado subiendo y bajando con él desde hacía cinco minutos, lo cual no es posible en una casa de vecinos sin levantar la alarma, y alarmas era precisamente lo que Paulen no quería en estos momentos. Paulen quería realizar el robo bonitamente y sin publicidad, que nadie se enterara de ello hasta que hubiera puesto muchas millas de distancia entre él y la policía de San Francisco. Con un noventa y cinco por cien de suerte, iba a ganarle la partida y tenerle a él en mis manos al mismo tiempo.

Cuando salí al pasillo vi que Clancy entraba por la puerta giratoria. ¿Qué me dicen de su puntualidad? ¡Prometí que desde entonces y cada año compraría invitaciones para el baile de la policía!

No di señal alguna de que le reconociera y él también fingió que le era desconocido. Eché una mirada a mi alrededor buscando a Johny, pero no se le veía el pelo por ninguna parte. Una de dos: o bien le había cogido, o había logrado escapar. Acerquéme al despacho del portero y pregunté algo, como pretexto, a la vez que miraba hacia la puerta. En el borde de la acera había un par de sujetos en la actitud de esperar un taxi. Sólo que no paraba ninguno. Aunque no veía a nadie más colegí que los otros no estarían lejos de allí. Esos dos me eran desconocidos. Supongo que Paulen había esforzado sus facultades para éste su último intento de apoderarse del diamante Rarta.

Al volverme vi que Jeanie y Emmy salían. Yo regresé al sitio donde estaba antes, apartándome de la línea de la puerta.

Jeanie me vió primero y condujo a Emmy hacía donde estaba yo. Como ellas esperaban, bajo aquellas circunstancias no les hice ningún caso. En el momento que Jeanie abría la boca para decirme algo, yo la miré con tal desdén que la chica estuvo a punto de retroceder unos pasos.

—Danny, estuve pensando que… ¿Pero, qué pasa?

Volvíme de pronto extraordinariamente quisquilloso.

—¿La conozco a usted, señorita? —le pregunté.

Emmy apretó los labios con un movimiento casi imperceptible, como si acabara de ver confirmada alguna suposición.

—Muy bien —exclamó—. ¡Soportemos la broma!

A ella la traté del mismo modo. Pero cuando Jeanie volvió a tomar la palabra, fué cuando salí de mis casillas.

—¡Imaginen que a un hombre respetable le pueda ocurrir una cosa así en San Francisco!

Estuve chillando por este tenor y cada vez en tono más alterado, pero no fué preciso que siguiera por demasiado rato. Clancy estaba a mi vera.

—¿Le molestan estas señoras, mister? —me preguntó.

—Me molestan realmente —respondí—. Es una vergüenza para su ciudad, oficial.

Clancy replicó con cierta truculencia.

—Voy a librarle de ellas.

En este punto, las chicas se pusieron a protestar. Yo dije en voz baja a Clancy:

—Por la puerta trasera y no se deprisa.

Clancy, que me había comprendido, hizo un signo con la cabeza a un policía en traje de paisano en quien no me había fijado hasta entonces. ¡Dos hombres para entendérselas con dos muchachas! ¡Pero no crean que no fueran precisos los dos!

Quise ver como partían. Las últimas palabras de Emmy, fueron:

—¡Ésta me la pagarás, aunque tenga que arriesgar el pellejo para conseguirlo!

En respuesta, le mandé un beso. Jeanie se volvió con cara de reproche, pero mirándome, sin embargo, con ojos de fuego. Le mandé también un beso.

—Os veré en el calabozo —les dije… por segunda vez.

Cuando se hubieron marchado descubrí que en el pasillo era yo el centro de un marcado interés. Tres mujeres, por lo menos, tres damas de edad indeterminada, me miraban con gran afición. ¡Demasiada en realidad! Entonces escapé a toda prisa.

Estuve diez segundos completos preguntándome si tenía que echar un vistazo para ver si encontraba a Johny. Por fin, decidí que no. Pasara lo que pasara nos volveríamos a encontrar de nuevo, inevitablemente. Sabía que el nuevo encuentro no sería nada placentero, pero esto quedaba para el futuro, y ahora estábamos en el presente, un presente repleto de acontecimientos.

Según mi experiencia pasada, la única manera de hacer que se produzcan los hechos consiste en ir a su encuentro. En consecuencia, después de inspirar profundamente salí a la calle. Lo primero que vi fué a Johny. Estaba sentado en el lujoso «Cadillac» rodeado de bribones.

Hice como si no le viera y caminé hacia el centro de la calzada hasta ponerme casi debajo de las ruedas de un taxi. Me dispuse a subir en él, como si fuera para mí la cosa más importante del mundo. Observé que el «Cadillac» se ponía en marcha, al mismo tiempo que los dos sujetos que habían permanecido en el bordillo estaban a un paso de mí. Noté la presión de la boca de un revólver contra mi espinazo, y al saltar dentro del coche entraron ellos también. ¡He ahí dos acompañantes que venían a disponer de mis horas sin previa invitación!

—Hola, amigos —les saludé mirándoles.

Tenían la cara típica del bribón que puede proceder de cualquier

parte, como en general así sucede.

—En marcha, compañero —refunfuñó uno de los dos, dirigiéndose al chofer que estaba mirando por encima del hombro para ver qué pasaba.

—Pero ¿hacia dónde? —pregunté yo.

—¡Boca cerrada! —ordenóme el de peor catadura.

—Vale más que le obedezca, señor —me advirtió el taxista—. Me parece que tiene malas entrañas.

El chofer aquel estaba en lo cierto. No dije ni una palabra más.

—Da la vuelta a la manzana, Mack —ordenó el granuja—. Llévanos ante la fachada de la casa.

Éste era el plan. Se trataba, acaso, de recoger a Paulen.

El taxista enfocó una calle lateral y dió la vuelta. El «Cadillac» había partido, pero junto a la acera había un esbelto auto negro esperándonos.

—Vaya —exclamé—. ¡No nos privamos de nada!

Subimos. Uno de los truhanes pagó al taxista; el otro permanecía verdaderamente pegado a mí. Luego nos acercamos al coche negro. En el volante, el sujeto a quien llamaban Joey.

—¿Qué tal va, Joey? —le pregunté a guisa de saludo. El sujeto se limitó a mirarme; yo recordé que probablemente no tenía ningún motivo para sentir cariño por mí, puesto que le había arrebatado a Johny ante sus propias barbas, ahí en la parte posterior del edificio —. Está bien, Joey, si tú lo quieres así —dije.

El granuja me ordenó:

—Suba. Y no hable tanto.

Subí. La gente circulaba por nuestro lado en uno y otro sentido sin que nadie nos dedicara una mirada… ¿y para qué tenían que mirar? No parecía que ocurriese nada. Yo me preguntaba si Clancy se había marchado ya o si estaba contemplando esta escena desde un lugar escondido. Peor para mí en este caso. Nada me convenía menos que la presencia de Clancy en aquella ocasión. No quería que nadie se interpusiera en el plan que había tramado contra Paulen. A éste quería pescarle yo por mi cuenta. Por el momento la estratagema me parecía impecable. Para apoderarse del diamante, Paulen había movilizado, por lo visto, un verdadero ejército. Sin embargo, siempre he concedido un gran margen de confianza a mi buena estrella. Quizá en esta ocasión seguiría favoreciéndome.

—¿Trae la piedra? —me preguntó uno de los truhanes.

Volví la cabeza para mirarle. No parecía posible que un sonido tan horroroso saliera de una garganta humana, ni que su propietario quisiera dignificarlo con el nombre de voz.

—¿De Brooklyn? —le pregunté yo.

Su rostro se contorsionó con el esfuerzo de pensar. Por fin decidió que lo que le había dicho no le gustaba. Casi antes de que me diera cuenta, su mano se había levantado para asestarme un golpe. Por el rabillo del ojo percibí el brillo del cañón del arma y agaché la cabeza. Si no lo hubiera hecho, el choque del revólver hubiera podido abrirme la testa.

—No despegue los labios —gruñó, enojado de veras.

—Paulen te ha ordenado que me cogieras fuese como fuese, ¿no es cierto? —inquirí respirando con fuerza. No conseguí ninguna contestación, ni la esperaba tampoco.

—¿Trae la piedra? —volvió a inquirir él.

Esta vez no quise que perdiera el tiempo ni yo perder el mío. Puse la mano en el bolsillo y saqué el diamante falso. Me lo quitó de la mano con una rapidez asombrosa. ¡Fué milagro que no se me llevara los dedos!

—¡Canastos! —Vino a decir el ruido de su voz. El otro clavó también la mirada en la joya—. ¡Qué piedra!

—Sería un buen cepillo para los dedos de uno de vosotros, muchachos —dije en tono de zumba.

—¡Cállese! —ordenó Joey con los ojos fijos en el espejo. Todos tenían el mismo destello en los ojos cuando lo miraban. Es curioso, ¿verdad? El efecto que causa un diamante. Yo sólo ansiaba que produjera en Paulen el que yo quería. Acababa de comprender con exactitud hasta qué punto estaba preparado el famoso ladrón para resolver este caso. Las vidas no significaban nada para él. Ahora había llegado al fin; esta vez querría que la cosa saliera bien.

—Ha sido una suerte que lo trajera usted, compañero —exclamó uno de mis acompañantes, mirándome con ojos extrañamente vacíos de significado—. Paulen se pone furioso cuando las cosas no marchan por el camino que él quiere, y cuando está furioso le hace morir a uno con una lentitud pavorosa.

Por la forma en que se expresó, comprendí que de todos modos tenía que morir. Se trataba únicamente de una cuestión de método.

Miré por la ventanilla. Nos dirigíamos otra vez hacia la casa. Las próximas horas estarían repletas de… ¿de qué? ¡No estaba completamente seguro!

Capítulo IX

Esta vez era de día aún cuando llegamos a la mansión, por lo cual pude verla mejor. No es que el verla sirviera de mucho. Volver a salir de ella de nuevo: he ahí lo que importaba de verdad.

Supuse que Paulen estaría esperándome y precisamente en el cuarto forrado de cuero, el de las alfombras blancas. Me aguardaba quizá con un vaso en la mano, pero con un designio diabólico en la mente.

—¡Salga! —me ordenó mi acompañante, con una cara como un sapo asqueroso. Pensándolo bien, su voz se asemejaba también a la del mismo animal.

Salí con un sujeto a cada lado y me hicieron subir las escaleras. La puerta indicaba que nos aguardaban; estaba entreabierta. Pensé que, dentro, estaban todos preparados, pero cuando entré no pude ver a nadie. Por lo menos hasta que hube atravesado el pasillo y me encontré en la habitación adornada con cuero. Entonces, y tal como me había imaginado, Paulen se hallaba allí, en el fondo de la estancia… ¡Junto al bar y con un vaso en la mano! Llevaba una bata de terciopelo rojo con una faja ribeteada de blanco. Parecía salido de una de las primeras películas de Von Stroheim. Pero doblemente horrible, porque aquí no se trataba de una película. ¡Esto era real!

Su cara tenía un aspecto curioso, debido quizá a que me había acostumbrado a verla despojada de toda expresión. Resultaba extraño observar cómo asomaba difusamente en ella, debajo de la aparente máscara exterior, la cólera reprimida que bullía dentro de su ser.

Notaba que estaba aguardando el momento de saltar sobre mí, pero, con todo, se contenía lo mismo que el tigre que se encoge en el momento en que va a caer el látigo. Parecía tener los nervios

excitados, como también el humor.

Al entrar yo dejó el vaso encima del mostrador. Este fué el acontecimiento más notable. Vi de qué modo tentaba con la mano en busca del apoyo del mueble, lenta, deliberadamente, como un ciego. Vi también que tenía los labios apretados y que entornaba ligeramente los ojos, cual si la cosa más insignificante fuera capaz de provocar una reacción en cadena.

—Ha venido, pues —como observación inicial no era mucho. Por otra parte su voz era demasiado tranquila, demasiado inusitadamente suave. Sentí una opresión en la boca del estómago, y me quedé inmóvil.

—No me quedaba margen para elegir —contesté.

Quería dar a la frase el tono de una réplica alegre, que fué muriendo a medida que pronunciaba las palabras, porque en realidad no me sentía de buen humor. Una mirada a los labios de Paulen me había hecho pensar por qué demonios había querido entrometerme son aquel individuo. ¿Por qué no tuve alguna vez el buen sentido de dejarle tranquilo?

Su mirada estaba fija más allá de mí, en los sujetos que había detrás. Y aun oí que entraban otros.

Paulen levantó la voz:

—Joey, ¿qué ha ocurrido?

Joey pasó junto a mí, acercándose al jefe. Por lo visto era el número uno.

—El otro coche fué a la caza del chaval —le informó.

Yo pensé que se referían a Johny. Era lo que me había figurado. Confiaba que Johny les conocía demasiado para no apartarse de su camino.

—¿Y la chica? ¿A dónde fué la chica?

En este punto Joey exteriorizó su embarazo. Por lo menos ésta es una manera de designar la expresión aparecida en su rostro mientras trataba de explicar a Paulen que Jeanie no acudiría por allí.

—No ha salido a la calle, jefe; se ha ido con… —Y se detuvo en seco.

La mirada que le dirigía Paulen habría hecho callar a cualquiera.

—¿A dónde se fué? —preguntó casi en un susurro.

Yo me fijé en que una de sus manos cogía algo tras de su

espalda. Joey no lo notó. Y siguió hablando, buscando las palabras que dieran una explicación satisfactoria. Aunque sabiendo demasiado bien que no había palabras que satisfacieran al monstruo de mirada glacial que tenía delante.

—Lo habían tramado; fueron a buscarla.

—¿Quién?

—Dos hombres, jefe, dos policías. Lo habían tramado, se lo aseguro.

—¿Policías? ¿Cómo podía detener la policía a Jean Powers?

—No lo sé, jefe, pero así lo hicieron. No podíamos alcanzarles. Luego ha salido el chaval; Hank fué tras él. Yo me he quedado con los muchachos para pescar a ese granuja.

El silencio imperó por espacio, de diez segundos. Luego se oyó el ruido de una botella al romperse.

Paulen sacó la mano que tenía a la espalda; sus dedos empuñaban por el cuello un trozo de botella de bordes formando aristas. El cuerpo del recipiente era lo que había hecho añicos contra el mostrador. Vi que Joey se quedaba petrificado un instante y que luego empezaba a retroceder.

—Has permitido que escapara cuando sabías…

—No, jefe, no. No lo he echado a perder. El diamante lo tiene éste; lo he visto. Lo ha tenido siempre él. De veras, jefe. ¡Contádselo! ¡Por San Pedro, contádselo! —gritaba Joey a los dos sujetos que estaban uno a cada lado de mí.

—Sí, él lo tiene —aseveró uno de ellos con aire estúpido. La acción de Paulen no le había afectado lo más mínimo. Ni le desazonaba tampoco el miedo de Joey. El jefe no estaba furioso contra él personalmente. Esto era lo único que interesaba.

—¿Él lo tenía? —Volvió a mirarme olvidándose de Joey, sólo temporalmente.

Vi que conservaba en la mano el trozo de botella rota, ¡y el espectáculo hizo que se aceleraran los latidos de mi corazón!

—Enséñamelo —dijo—. Enséñamelo enseguida.

Joey se volvió y cruzó a paso vivo el espacio que nos separaba. Al verle de frente advertí que tenía la boca abierta, la respiración jadeante y la piel de un color verdoso. Un miedo cerval había hecho presa de aquel hombre, lo cual no me sorprendía del todo.

—Tú lo tienes, Earl, tú se lo quitaste, ¿recuerdas?

Earl era el más feo de los dos.

—Sí —contestó, sacándoselo del bolsillo, todavía envuelto en mi pañuelo. Joey se lo arrebató y corrió de nuevo hacia Paulen.

Un vivo escalofrío de pesar recorrió mi cuerpo. No sé por qué; Joey no significaba nada para mí. No obstante, me disgustaba lo que iba a suceder. En cuanto dependía de él, el mercenario había realizado su trabajo; empero Paulen no era hombre para aceptarlo así; el tipo ese había catado el sabor de la sangre. Y por cuanto a él concernía ésta sería noche de sangre.

—Ahí está, jefe —tartamudeaba Joey, dejándose llevar por una corriente de gozo al ver que había sido capaz de terminar bien una misión. O como el hombre a quien se le concede un nuevo permiso para vivir después de sentir los dedos de la muerte atenazados a su garganta.

Pero no sabía precisamente cuán corto sería este permiso. Paulen cogió el pañuelo y lo desdobló pausadamente, como saboreando el momento. Su rostro tenía una expresión expectante. Su gélida fisonomía estaba iluminada casi por una obscena reverencia. Yo hubiera gozado con lo que le iba a ocurrir si no hubiera pensado en lo que iba a suceder a Joey.

—¡Ah!… —exclamó, inspirando largamente cuando el diamante apareció a su vista.

Yo contuve la respiración. Ésta había sido la primera ojeada… Ahora… a la segunda… Súbitamente, mientras le estaba, observando, el terrible cambio se produjo. No sé por dónde empezaría, pero en un instante se hubo propagado por todo su cuerpo. Fué una transformación que sólo sabría expresar calificándola de un endurecimiento de todos sus rasgos.

Joey no se enteró, no lo había visto. Era un muchacho dichoso. Había hecho lo que debía. El jefe estaba contento. El cielo de Joey estaba limpio de nubes. Joey, el hombre de mente primaria que se había lanzado a realizar la tarea encomendada y la había realizado; el cerebro que gorrión que había obedecido sus órdenes y que ahora estaba allí, de pie, esperando que le dijeran que se había portado bien.

De pronto, los dedos de Paulen que sostenían la piedra se curvaron como garras. El jefe levantó la cabeza y Joey pudo ver sus ojos inyectados de sangre, coléricos, mirándole fijos desde aquel

rostro blanco como la muerte. Creo que entonces advirtió lo que le esperaba; pero se quedó sin comprender nada. Era imposible que comprendiera. Le oí; escuché las pocas palabras trabajosamente escogidas antes de que cayera.

—¡Jefe! ¿Qué pasa, jefe? ¿Qué he hecho…?

—¡Cogedle! —bramó Paulen.

Alguien apoyó un arma contra mi espalda antes de que pudiera hacer el menor movimiento y luego los dos sujetos que me habían custodiado avanzaron como un solo hombre. Yo no sabía que tuviera a nadie detrás, pero el que empuñaba el arma la sostenía con firmeza, tan escalofriante que yo contuve el aliento y me porté como hombre cuerdo.

Los dos granujas se habían apoderado de Joey y le tenían sujeto con los brazos a la espalda, tirándoselos hacia arriba. El pobre no cesaba de suplicar y dar explicaciones a Paulen.

—¿Pero qué diablos hice yo? He conseguido el diamante. Jefe, no lo haga, por Dios. ¡No lo haga, jefe!

—¡Lechuza estúpida! —le increpó Paulen. Tenía el diamante de vidrio en la mano. De pronto se lo tiró al rostro—. ¡Es falso! ¿No lo sabías? ¡Es una falsificación fabricada de vidrio! ¡No vale un dólar! ¡Y te dejaste engañar con él!

Al mismo tiempo levantó la mano; la que empuñaba el trozo de botella. Joey lanzó un alarido. Los dos desalmados que le sujetaban, doblaron los brazos de la víctima con mayor violencia, casi hasta rompérselos. Faltaba poco para percibir el chasqueo de los violentados huesos… Y entonces empezó el drama.

La mano de Paulen rajó el rostro de Joey de arriba abajo una y otra vez. Hubiera querido apartar los ojos, aunque sólo podía ver la espalda de Joey. Pero sí podía oírle; toda la vida recordaré sus alaridos. La faz de Paulen, aquella máscara lívida, horrible, en la que brillaba el espíritu del diablo, me tenía hipnotizado. El malvado se desquitaba de la pérdida sufrida en el primero que le venía a mano. Éste no había actuado mal, pero no importaba. Aunque lo hubiera hecho bien, Paulen no le habría concedido una muerte digna. No; tenía que matarle a su estilo.

Otra vez la mano despiadada volvió a herir el rostro de Joey, quien pugnaba por librarse de los dos truhanes que le sujetaban con tanta firmeza. Pero no había escapatoria; después de un rato los

alaridos se resolvieron en un balbuceo histérico, en una mezcla burbujeante, sin sentido, de sonidos animales. Imagino que por entonces había enloquecido ya. Pero Paulen no se detuvo. No cesó hasta que aquel desarrollado cuerpo quedó inmóvil, colgando entre los dos bandidos. Después dió unos pasos atrás contemplando por un momento el objeto que tenía enfrente, antes de tirar el ensangrentado trozo de botella a un rincón. Y se alejó.

—Deshaceos de él —ordenó.

Y acercándose al bar se llenó un vaso. Supongo que después de aquel esfuerzo lo necesitaría. Los otros pasaron junto a mí arrastrando el cuerpo de Joey. Confiaba que habría muerto; aunque no puedo afirmarlo. El cuerpo humano es capaz de resistir horrores semejantes. Sentía el ansia de vomitar. Pero sabía que los ojos de Paulen no se apartaban de mí, y no quise que aquel cerdo tuviera tal satisfacción. Ahora comprendía por qué Johny Powers le temía tanto. Se había enterado de los pequeños hábitos de Paulen.

Súbitamente mis nervios perdieron buena parte de su fortaleza.

CAPÍTULO X

—Será mejor que me diga dónde está —me advirtió con mucha calma, casi con un aire de profesor—. He de saberlo —prosiguió, como si estuviéramos conversando—. Es una cosa que *he de poseer*; nadie puede impedirlo.

Tenía la mirada puesta sobre mi todo el rato y en su rostro, todavía de una palidez mortal, aparecía una extraña sonrisa que se concretaba claramente en las comisuras de sus labios. ¡Una sonrisa curiosamente parecida a la de una tía solterona! Después de la escena que había tenido lugar, el contraste era tan grande que me eché a reír. Sí. Solté la carcajada.

Paulen abrió los ojos, mirándome con mayor fijeza. Parecía ofendido. Semejaba el hombre que acababa de fracasar cuando estaba seguro del éxito. Apresuróme a darle una explicación. Parecía el proceso adecuado para que no creyera que se trataba de una risa histérica.

—No haga conjeturas, Paulen —le dije—. Lo que pasa es que le admiro. ¡Ese cambio de actitud, de estado de ánimo!

Esto le resultaba inteligible y le tranquilizó.

—Comprendo —dijo, sirviéndose otro vaso.

Dió una vuelta a mi alrededor con la mirada fija en el centro de mi cuerpo; luego se detuvo con la jarra en la mano.

—¿Quiere beber un trago de vino conmigo, Mister Spade?

¡Estaba bebiendo vino tinto!

—Preferiría «Bourbon» —contesté.

—¿Es el color lo que le desagrada? —inquirió al par que sus delgados labios dibujaban de nuevo una mueca de regocijo—. Le recuerda el de la sangre, ¿no es cierto?

—Normalmente, no —le dije—. Sólo cuando acabo de ver cómo

hacen trizas a un hombre.

Paulen hizo un gesto de aburrimiento.

—La sensibilidad, *Mr*. Spade —exclamó—. En mi vida no queda tiempo para ella.

—¡Lo he visto! —repliqué.

—Odio el fracaso —aclaró, pero no como si estuviera hablando conmigo.

En realidad se lo decía a sí mismo. Cuando levantó la cara le supo mal que le hubiera oído. A mí, en cambio, las palabras que acababa de oír me causaron profunda satisfacción. Ese hombre no sólo odiaba el fracaso; le inspiraba un miedo de muerte. Y quizá, quizá, con algo de suerte, le hiciera conocer yo la derrota en una escala nunca vista por él. La derrota de un hombre que asciende a Sing, Sing[6]. Si podía probar el asesinato de Joey me gustaría verle a Paulen en la Casa de los Muertos.

Pero volví a forzar mi mente hacia el momento actual, cuando repitió:

—Tiene que decirme dónde está el diamante.

¡Valiente cosa estar levantando planes sobre el futuro de Paulen cuando me encontraba aquí, en su casa, con un calentador automático a la espalda y quizá ante la perspectiva de una paliza que me dejaría baldado para toda la vida!

—¿Y del «Bourbon», qué? —le pregunté con mayor despreocupación de la que sentía en realidad.

Mi pregunta le hizo arquear las cejas. Supongo que se figuraba que después de lo que había presenciado, el miedo me convertiría, en sus manos, en una masa de gelatina. ¡Y así era! Pero había que conseguir que no se enterara.

—Ciertamente —contestó con un deje de ironía—, al momento, *Mr*. Spade. Después podremos hablar. No dispongo de mucho tiempo. He perdido ya demasiado en este asunto.

Acabó de llenar el vaso, me lo trajo y me lo ofreció. Yo le miré a los ojos. El color encarnado de antes había desaparecido; ahora volvía a lucir su frialdad habitual, de hielo. En cambio, su rostro continuaba de color de pergamino y los labios, descoloridos.

—Gracias —le dije, cogiendo el vaso. Él aguardó hasta que hube terminado; luego volvió a poner el vaso a su sitio.

—Supongamos que me lo dice ahora —invitóme.

La única solución para pasar un rato más era hacerse el remolón.

—¿Cómo es que no tiene ya más tiempo para dedicar al Rarta? —le pregunté.

—La pregunta es interesante —dijo él—. La contestaré porque no es probable que viva usted el tiempo suficiente para hacer ningún uso de la información —regocijante noticia, esta última, pero no del todo sorprendente. Enseguida prosiguió—: He sabido de buena fuente que la policía de San Francisco está enterada de que estoy por sus cercanías y es solamente cuestión de tiempo el que me pongan la mano encima. Lo cual no entra en mis propósitos.

—¿Por qué se apura por la policía? —objeté yo—. Todavía no ha hecho nada, no pueden levantar una acusación contra usted.

—Ahí es donde está equivocado, *Mr*. Spade —me dijo—, y mal informado en absoluto. Estoy reclamado por el Estado de California desde 1940.

He ahí un detalle francamente favorable. ¡De modo que él había pensado que no lo sabía! Sus ojos se perdieron en una perspectiva alejada en el tiempo. Yo le traje otra vez hacia el presente.

—¿Cómo diablos quiso correr el riesgo de volver a este Estado, sabiendo que le reclaman?

—¿Cómo? —repitió—. Porque quiero el diamante ese. Me importa tanto como mi vida —cuando hablaba del Rarta su voz no tenía acento humano. No era un hombre, era una obsesión encarnada con figura de persona—. Ahora no creerá que vaya a permitir que nada ni nadie se interponga en mi camino, ¿verdad que no? —preguntóme casi como transportado.

—Creo que no —le contesté.

—De modo que vale más que me lo diga, *Mr*. Spade.

—¿Y cuándo se lo haya dicho?

—¿Después? ¿Qué se imagina? ¡Después le mataré!

La cosa quedaba clara y sin paliativos.

—Supongamos que hago un trato con usted —le propuse—. Mi vida a cambio de la joya.

Él movió la cabeza sin meditarlo ni siquiera un segundo.

—Esto no es posible… —respondió—. Usted ha de morir. Ello forma parte de mis previsiones.

Muy bien. ¡Su respuesta dejaba el asunto completamente definido!

—Utilice el cerebro, Paulen —le aconsejé—. ¿Cómo cree que voy a decirle nada si me plantea este trato? No tengo motivo para prestarle ninguna ayuda. No gano nada; de todos modos he de morir. Lo mismo da que me lleve la información a la tumba. Por lo menos esto me proporcionará alguna satisfacción.

Paulen movió la cabeza afirmativamente; como si supiera mirar en serio mi punto de vista.

—Sí —dijo con calma—, pero usted olvida que le tengo aquí conmigo y que puedo hacerle considerar la muerte como una dicha.

Fascinaba casi escuchar la suavidad de su voz al pronunciar estas palabras.

—Cierto —admití—. Hay algo de razón en lo que ha dicho.

Yo me resistía locamente, recordando que mi objetivo principal al venir aquí era volver a llevar a Paulen a San Francisco. Pero ello no serviría de nada a menos de que fuera yo con él. Ahora no parecía que pudiera ocurrir tal cosa.

—No dispongo de mucho tiempo —repitió.

Traté de ignorar su afirmación. Lo que me había dicho antes lo dijo de veras. Por mi parte sabía que con un par de sus mercenarios trabajándome, poco importaría lo que dijera: nunca me creerían. Seguirían con su empresa hasta que me hubiera hecho papilla, lo mismo que a Joey, y al final me arrojarían desde lo alto de cualquier precipicio o al fondo de cualquier cantera abandonada. O a otro sitio en el que no me encontraran hasta transcurridos algunos meses. Y el hecho de que hubiera puesto el diamante en un lugar donde jamás podría alcanzarlo no le interesaría para nada. Haría lo que le pluguiera, y —miremos las cosas cara a cara— la perspectiva de todas estas posibilidades no era nada halagüeña.

Me tragué la saliva con dificultad y traté de imaginar un recurso. Vi que Paulen estaba mirando el reloj y que de pronto levantaba la vista por encima de mi hombro. Advertí el signo casi imperceptible que hizo a su satélite y que el cañón del arma se hundía un poco más en mi espalda. Sentí que me empujaban adelante; fijóme por primera vez en la sangre que manchaba la alfombra blanca, la sangre de la muerte de Joey. Destacaba en aquella habitación, perfectamente distribuida, como una contradicción violenta.

—Es la última vez que se lo pregunto, *Mr*. Spade; después la función no terminará hasta que usted haya muerto, y mucho antes

de morir me habrá dicho todo lo que quiero saber.

Así sucedería, de seguro, aunque no le serviría de nada. ¿Cómo hacérselo entender a un individúo como éste?

—Paulen… —Comencé.

Sus facciones se suavizaron.

—Eso es mejor —me dijo—. Tiene miedo, naturalmente. Me alegro. Tenía la penosa sensación de que no se espantaría y que me echaría el negocio a perder, ¿me comprende?

¡Ah, sin duda! El tipo aquel estaba loco como una cabra, pero antes de soltar a sus víctimas tenía necesidad de reducirlas al nivel de los animales. Sólo de este modo podía sentirse superior a ellas.

—No se haga ilusiones —le dije—. ¡No tengo ganas de morir ni de servirle de diversión y de juguete antes de perder el aliento, pero si de verdad quiere obtener el diamante tendrá que dejarme vivir lo suficiente para venirse conmigo a San Francisco!

Su rostro no cambió en lo más mínimo. Pero me estaba escuchando.

—No veo por qué razón —dijo en el tono de voz de un hombre que discute valiéndose de la lógica.

—Acaso no la vea —le interrumpí—, pero el caso es que he escondido el diamante y cierta persona que lo guarda. Dentro de doce horas estará en Los Ángeles. Aunque usted o sus muchachos me hagan revelar su nombre no les aprovechará para nada, porque soy el único que puede llegar hasta ellos.

Paulen seguía escuchándome. Ahora iba penetrando en su mollera lo que acaba de decirle.

—Me está diciendo que es *usted* quien tiene que hacernos entrar, ¿no es eso?

—Así es —le respondí.

—Porque usted ideó la inteligente estratagema de hacer que la policía detuviera a Jeanie Powers.

—También yo creí que era una treta inteligente —le dije con presunción.

Él asintió:

—Sí. Y es de presumir que la policía guardará a Jeanie en su poder hasta que usted aparezca o, en caso contrario, la escoltarán hasta Los Ángeles a fin de que pueda entregar la joya.

—Ha dado en el clavo, Paulen —le dije.

Me quedé esperando. Paulen se volvió de espaldas y empezó a pasear de uno a otro extremo de la habitación. Pienso que en este instante me odiaba entrañablemente. Porque, por más que me esforzara en ello, no veía cómo podría permitirse el desechar la proposición de que regresara a San Francisco. ¡Era forzoso que aceptara para asegurarse de que yo desempeñaba el papel que me había asignado a mí mismo y para estar seguro de matarme después!

Volvióse otra vez hacia mí. Su rostro no traicionaba los sentimientos de su pecho. Pero mientras esperaba su decisión, el corazón se me subía a la garganta. Si encontraba alguna grieta en el plan, sabía yo que no me quedaría mucho rato de aliento.

—Le llevaré allá —dijo llanamente.

Respiré.

—Está muy bien —contesté, advirtiendo que las palabras eran totalmente inadecuadas para la sentencia que Paulen acababa de pronunciar y que equivalían en efecto a: «¡Puede usted vivir!».

—Me acompañarán tres de los míos. Usted no sacará a *Miss* Powers del cuidado de la policía: se limitará únicamente a llegar hasta ella y decirles a los guardias que se encargan de llevar el diamante a Los Ángeles. Les dirá que tiene una autorización de Happenden.

Le miré con extrañeza.

—No podré probar tal declaración —objeté.

—Yo cuidaré de que tenga el documento preciso para sustanciar todo cuanto les diga.

¡Era evidente que había por allí un buen falsificador!

—¿Y luego? —pregunté pensando que lo mismo daba que me enterara de todo.

—Mis hombres vigilarán para que le entregue el diamante. Usted lo sacará fuera.

Se me ocurrió una idea, pero Paulen leyó mi pensamiento con una rapidez asombrosa.

—Por supuesto —añadió—, uno de mis muchachos entrará con usted. Usted les dirá que es un enviado de Happenden.

—Naturalmente —contesté—. ¡Será un placer tenerle a mi lado!

No acertaba a ver qué saldría de todo ello. De momento parecía demasiado llano. Se hubiera dicho, además, que Paulen lograría que

las cosas marcharan según su voluntad… otra vez. Sin embargo, había un detalle que me alegraba. Le haría volver a San Francisco. Se me presentaba una oportunidad. Fuera no lo conseguiría nunca, pero dentro de la ciudad pudiera ser que lograra meterle en una trampa. Había una razón para creerlo, una razón que hace que San Francisco sea única en los Estados Unidos.

—Parece preocupado, *Mr*. Spade.

Paulen hablaba nuevamente. Yo hice regresar mi pensamiento al momento actual.

—No le sorprende, ¿verdad que no? —le pregunté, halagando su vanidad.

—Sí —replicó—. No creo que usted se de por derrotado todavía —explicóme con una expresión burlona en la mirada.

¡Cuánta razón tenía! Pero no dije nada más. No veía motivo para advertirle de antemano; que es lo que hubiera hecho de haber hablado en exceso. Paulen tenía el cerebro endiabladamente rápido y la intuición femenina, por cuya causa percibía un estado de ánimo más pronto que otro hombre cualquiera con quien me haya enfrentado jamás. Había percibido ya que mis pensamientos no eran los de un hombre que cree que va a morir. ¡Si detectaba algo más se enteraría de que abrigaba aún la esperanza de vencer, y cuando lo supiera querría averiguar por qué acariciaba una idea que a él le parecería extraña!

Paulen se acercó a la mesa y cogió el teléfono.

—Di a Karl y a Al que vuelvan tan pronto hayan terminado —dijo nombrando a los dos que se habían hecho cargo del pobre Joey. Después, dejó el teléfono y se volvió hacia mí—: ¿Tiene hambre, *Mr*. Spade?

Contesté con un movimiento de cabeza. Era raro para él que me hiciera semejante pregunta.

—Comería algo —le dije.

Él sonrió. El tipo ese saboreaba tales momentos.

—El condenado comió con buen apetito. ¿No se dice así?

No quise responder; era demasiado pronto para pronunciarse por una u otra posibilidad.

Sin que el sujeto que tenía a mi espalda se separara de mí, fui conducido a otra habitación. La comida estaba ya servida y, además, con el aditamento de algo nuevo, un bibelot femenino. Una

preciosidad sentada ante una de las mesas, que no pronunció palabra al vernos entrar.

—¿Cómo estás, Goldie? —le preguntó Paulen.

Goldie levantó los ojos para mirarle. Sobre su hombro se derramaban los bucles de rubio pelo.

—Muy bien —contestóle, volviendo a fijar la mirada en el plato.

Yo advertí que llevaba un «sweter» y que su busto lo llenaba en la proporción y distribución que un «sweter» de señora debe ser llenado, sin que pudiera sospecharse trampa alguna, ni siquiera la existencia de esas prendas que tienden a perfeccionar la silueta. Éstas son cosas que me alegran las comidas. De todos modos no conseguí que me dedicara mucha atención; sin duda porque temía a Paulen con un miedo atroz.

—Veo que Goldie despierta su curiosidad —me dijo Paulen.

—Sí —contesté, mirándole y reforzando mi afirmación con un movimiento de cabeza—. ¿Qué hace aquí una chiquilla tan bonita como ésta?

Paulen la miró con una mirada completamente desprovista de interés.

—Está aquí por varias razones —explicóme—. A Earl le gusta, y también a Al. He de procurar que los chicos se distraigan. A veces no les conviene estar en la ciudad, de modo que…

Goldie era una especie de propiedad comunal, una cantinera de la chusma. Me topaba por primera vez con uno de esos bibelots, aunque me habían hablado muchas veces de esa clase de mujeres.

La muchacha levantaba los ojos de vez en cuando; se los vi animados de una expresión interesante. Casi deseaba disponer del tiempo necesario para trabar amistad con ella. Tenía que estar terriblemente asqueada de Al y del otro.

Terminada la comida nos volvimos a la misma habitación de antes. Los dos pillastres nos esperaban allí. Paulen tocó un timbre, un criado japonés le trajo la chaqueta. Y acaso les gustará a ustedes saber que la usaba con cuello de terciopelo.

—¿Listos? —preguntó a sus satélites. Éstos asintieron.

—Sí, jefe.

Paulen les informó resumidamente de lo que tenían que hacer. Earl me fué destinado a mí. Luego salimos fuera, donde nos esperaba el «Cadillac» color crema. Nosotros nos sentamos detrás.

Me encontré en medio de Earl y del tipo a quien daban el nombre de Al. Esta vez no era Joey quien llevaba el volante, sino un sujeto al que no había visto hasta entonces. A su lado se sentaba Paulen. El viaje de regreso transcurría en silencio. Reinaba la obscuridad. En San Francisco estarían encendidas las luces. Igual, exactamente, que en aquella primera noche, cuando me encontré envuelto en este asunto allá en el «Top of the Mark». Esta noche había de ver el final de todo ello, aunque no si la suerte me acompañaba, el final de Spade ni el del diamante Rarta.

Había cifrado mi fe en San Francisco y en el pequeño detalle que hacía que aquella ciudad fuera única. La peculiaridad que haría las veces de trampa en la que se cogiera Paulen y que terminaría con él. Así lo esmeraba por lo menos.

¿No lo saben? San Francisco es la única ciudad de los Estados Unidos que puede ser rodeada por una red completa de policía. ¿Por qué? Porque únicamente desemboca al exterior por medio de cuatro carreteras. Paulen tendría que tomar una de las cuatro cuando escapara… ¡Sólo que no iba a escapar!

No es preciso decirlo ¡todo el rato tuve los dedos cruzados!

Capítulo XI

Aquella noche no me pareció que tardáramos mucho en llegar a San Francisco. Acaso se debiera a lo mucho en que tenía que pensar. Por mi cerebro se atropellaban todos los acontecimientos que podrían ocurrir y todos los que ocurrirían. ¡Los daba por seguros!

El sujeto que llevaba el volante sabía cómo se conduce un coche. Hice una revisión mental de su figura, preguntándome cuál sería su procedencia. Por su parte, los otros dos no dijeron una palabra en todo el trayecto. Tampoco Paulen se ocupaba en sostener la conversación. En un par de ocasiones se volvió para mirarme, pero no dijo nada.

Al entrar en la ciudad miré mi pulsera. Eran las once treinta. Bajamos la Observation Hill a tiempo para oír las campanadas del reloj del Point. Y por la opacidad de los conos de luz de los faros delanteros pude notar que desde la bahía iba subiendo la niebla de San Francisco.

Penetramos en la corriente de la circulación sin pasar por el puente de Golden Gate. El chofer conocía la ciudad. Cortaba hacia la Comisaría en línea recta.

Paulen se volvió otra vez para mirarme. Esta vez noté que, por fin, la tensión del momento había hecho mella en él.

—No permita que las cosas salgan mal, *Mr.* Spade. Lo menos que puede cosechar es una bala en el estómago, y ésta es una forma de morir extremadamente penosa.

—No se apure —le dije—. Amo la vida como el primero; quizá más.

Veía ahora cómo la Comisaría se iba aproximando hacia nosotros. El chofer se acercó al bordillo. No había ningún policía a la vista. Pero así sucedía habitualmente. Permanecían dentro. Yo

rogaba a Dios que Clancy retardase hoy su salida; que hubiera tenido la corazonada de que acaso le necesitarían.

—Aquí es donde se baja usted —me dijo Paulen—. Tome esto —añadió entregándome un sobre.

Yo lo miré.

—¿Qué es? —le pregunté con aire estúpido.

—La autorización de Happenden —respondióme—. En caso de que quieran verla, Al tiene otra idéntica. Dispone de diez minutos; la gestión no ha de durar más.

Me quedé contemplando fijamente, el sobre aquel. Era el símbolo de ese hombre capaz de solucionarlo todo. Luego levanté los ojos hacia él.

—Sí, cuidaré de que así sea —le dije mientras me apeaba del coche.

Al estaba ya en la acera esperándome. Sus ojos duros como el pedernal no tenían otro objetivo que mi persona. Comprendí que no vacilaría ni un segundo. Yo no llegaría ni aun a escuchar el disparo. Y no era esto solamente, sino que si disparaba contra mí, Paulen escaparía, indudablemente. Disponía de un coche rápido, y la detonación le serviría de aviso. Se fugaría a tal velocidad que no sería divertido perseguirle. Era preciso que me asegurara por todos los medios de que no sucediera tal cosa.

—Vamos —dije, entrando en el edificio.

Fuera, en el pasillo, había un grupo de periodistas que volvieron la vista hacia mí con curiosidad; pero como no parecía que tuviera nada que contarles, nadie me molestó. Yo crucé directamente hacia el despacho.

—¿Está Clancy? —pregunté.

El sargento que lo atendía levantó los ojos.

—Me parece que se ha ido a casa, señor. Hace una hora que ha terminado el servicio.

Si Clancy no estaba allí había que descontar el factor complementario de la suerte.

—¿Qué se le ofrece? —continuó el policía.

Yo abrí la boca, pero Al se me adelantó.

—Tenemos poderes de *Mr*. Happenden, de Los Ángeles, para llevarle el diamante Rarta. Por otra parte, no conviene que se de ninguna publicidad al caso.

El policía volvió la vista hacia Al, tendiendo la mano para examinar la autorización.

Al no se hizo de rogar. Por mi parte me limitaba a permanecer allí, mordiéndome los labios y, en conjunto, sintiéndome cada vez más descorazonado. Cuando los policías volvieron los ojos hacia mí me puse la mano en el bolsillo y saqué la carta falsificada. Mientras los agentes la leían, le eché un vistazo. ¡Estaba escrita en el propio papel particular de Happenden! He ahí la diferencia entre un ladrón de poca monta y un tipo que trabajara como Paulen.

—Creo que querrán ver a la señorita —dijo el sargento.

—Sí —contestó Al.

El sargento cogió el teléfono y llamó a los de abajo.

—Mande a uno que suba. Aquí está un señor que se llama Happenden. Traen los papeles necesarios.

Dejó el auricular en su puesto y volvió a mirarnos.

—Tendrán que ver al inspector para ultimar el asunto —nos dijo.

Aquello estaba muy bien; vería a todos los que tuviera que ver. Cualquier cosa era buena para pasar algún tiempo más.

Pero Al estaba en el caso.

—Tenemos que coger un aeroplano —explicó—. ¿Nos veremos obligados a entretenernos en todo ese papeleo?

El policía le dirigió una mirada inexpresiva.

—Tratándose de una joya como eso, ¡claro que sí! —respondióle.

—A ver esos dos señores —dijo una voz a nuestra espalda.

Nos volvimos. ¡Ahí estaba Clancy!

—Vaya —dijo el sargento de la oficina— creía…

—Sí —le interrumpió Clancy—, sólo que no… no me había ido a dormir.

Al volvió la vista hacia mí. Yo me situé a su lado. Clancy se puso en marcha andando delante de nosotros y nos guió hacia el ascensor que nos bajaría a las celdas de los sótanos.

—Tienen una autorización de Happenden, ¿eh? —preguntó Clancy como si fuera solamente para decir algo.

Pero Al no pertenecía al tipo comunicativo.

—Sí —respondió—. ¿Tardaremos mucho rato en solventar este asunto?

—¡No! —exclamó Clancy—, ¡apenas un momento!

Subió al ascensor…, se abrieron las puertas… Clancy se lanzó dentro; yo me puse de un salto a su lado. Al sacó la pistola, pero Clancy fué más rápido. Su bala se hundió en el pecho del mercenario impidiendo que pudiera apretar el gatillo a tiempo para alcanzarme. Gracias a ello el proyectil chocó contra la madera de la puerta del ascensor en el momento en que se cerraba. Yo me volví hacia el guardia y le cogí por el brazo.

—Tenemos que cercar la ciudad. ¿Hemos de impedir que Paulen salga de ella, me comprende? —le grité, embriagado con mi plan.

Clancy movió la cabeza afirmativamente.

—Sí —dijo—. Ahora saldremos de aquí.

Y después de apretar un par de botones las puertas se abrieron otra vez. ¡Habíamos regresado a la misma planta! Al yacía inmóvil en el suelo del pasillo.

El policía lo evitó de un salto. Ninguno de los dos nos paramos a mirarle. Al cruzar junto a otro policía, Clancy le gritó:

—Lleven al sujeto aquél a un hospital. Creo que será demasiado tarde, ¡pero pruébenlo!

Quedaba en pie la pregunta de si Paulen había oído los disparos. Habiendo sido hechos en el interior de la Comisaría no me parecía probable, pero siempre quedaba la posibilidad. Pronto estuvimos detrás de la mesa del despacho, desde donde pude mirar hacia la calle a través del cristal puesto al efecto en la puerta principal. ¡El «Cadillac» color crema estaba allí todavía! Pero en aquel instante entraba Earl y me vió antes que a nadie. Me vió *sin* Al y *en compañía* de Clancy.

—¡Pronto! —grité a mi acompañante, lanzándome escaleras abajo.

Pero Earl había vuelto la espalda chillando. Yo disparé a través de la puerta. Sin embargo, las puertas de la Comisaría no estaban hechas de papel, de modo que la bala no hizo más que incrustarse en ella. En el momento que salía a la calle, el coche se ponía en marcha. Tuve que echarme al suelo para esquivar la granizada que me mandó el monstruo de blanco rostro que pude ver en el interior del automóvil.

—¡Perseguidle! —gritó Clancy a un par de policías con motocicletas que acababan de llegar.

No fué preciso decírselo dos veces. Arrancaron levantando un

trueno con los tubos de escape y rociándonos de gravilla.

Yo regresé hacia el despacho. Clancy estaba ya en el micrófono:

—Atención todos los coches, atención todos los coches. Ordenes de urgencia. Plan 65. Plan 65. Inmediato. Inmediato. Retransmitan. Retransmitan. Esto es todo.

Luego se volvió hacia mí.

—¿Qué significa: «Plan 65»? —le pregunté.

—Dejar la ciudad cerrada —explicóme sucintamente—. En cinco minutos escasos las carreteras que salen de San Francisco quedarán controladas. —Luego, dirigiéndose a un policía que acababa de entrar, le gritó—: Ven a relevarme, Joe. Yo no puedo permanecer aquí; estaré en la oficina del inspector dándole cuenta de las medidas que he tomado ya. Llama a todos los automóviles de la policía que se encuentren por las carreteras, fuera de la ciudad, para que estén alerta de un «Cadillac» color crema, de matrícula número… —Y se volvió hacia mí, mirándome con aire interrogativo.

—Matrícula de Nueva York, número 345 721, modelo 1950 —aclaré yo—. Dígales que no se confíen lo más mínimo si lo ven. Los viajeros que transporta van armados y son muy peligrosos.

—Ya lo has oído —apoyó Clancy—. ¡Si pueden traerlos vivos, mejor, pero que los traigan sea como sea!

—Enterado —respondió el guardia, yendo hacia la mesa.

—Venga —me indicó Clancy—. Le contará al inspector por qué me he excedido en mis atribuciones y he transmitido la orden ésa.

—Se lo contaré, y añadiré otras cosas, porque quiero ver pronto a Jeanie.

—No se preocupe por la joven —tranquilizóme el policía—. Está muy bien.

—No es ésa la cuestión —repliqué—. Acaso sepa a dónde se dirigió su hermano.

Mi amigo me miró; estábamos recorriendo el pasillo andando a toda prisa.

—¿Ha escapado Johny?

—Sí, y tengo la penosa convicción de que Paulen sabe dónde está.

Habíamos llegado al despacho del inspector, y entramos como dos tifones. El inspector, un hombre corpulento, de cara muy colorada, levantó los ojos.

—¿Qué diablos se proponen asaltando así mi oficina? —empezó.

Pero fué todo lo que le permití articular.

—Esperé un momento —le interrumpí—. Escuche lo que voy a decirle —y expuse el caso tan brevemente como pude, echando, como conclusión, el poder falsificado sobre su mesa.

El inspector era hombre de pocas palabras. Miró el papel, luego a mí, luego a Clancy, y cogió el teléfono. Clancy le detuvo con un gesto de su nerviosa mano.

—Señor inspector —dijo con voz apagada.

El corpulento policía hizo una pausa, con el auricular parado a mitad de camino hacia sus labios.

—¿Qué? —estalló en un grito—. ¿Hay algo más?

—No, señor… —respondió Clancy—. ¡Excepto que hace tres minutos he dado orden de que se aplique el Plan 65!

Entonces se produjo lo que se llama un silencio angustioso… El inspector bajó la mano para dejar el aparato en su sitio con gran lentitud. Después levantó la cabeza para mirarnos. Nosotros aguardábamos su veredicto.

—¡Le felicito! —exclamó—. ¡Me complace saber que, dispongo de un hombre capaz de tomar una iniciativa en un caso urgente!

Todo esto era muy satisfactorio, pero yo quería saber noticias de Jeanie y Johny Powers. De modo que inclinándome por encima de la mesa le pregunté:

—¿Podría ver a *Miss* Powers? Es de mucho interés.

—Claro, claro —me contestó—. Salga y déjeme un rato tranquilo para estudiar y clasificar los hechos.

Di media vuelta y me marché. Clancy se quedó allí. Mientras me alejaba pude oír que el inspector le azotaba con una rociada de preguntas.

El tiempo iba corriendo. Descendí las escaleras siguiendo la dirección que podía conducirme a las celdas. Allí habría otro individuo como Clancy, que estaría de guardia. Le encontré esperándome en una puerta.

—Me llamo Spade —le dije para empezar—. ¿Le ha dicho algo Clancy de…?

El me interrumpió.

—Sí. La chica está aquí —me dijo con la mano en el pestillo de la puerta, disponiéndose a abrir.

Yo le cogí por el brazo con un gesto de ansiedad.

—¿La chica? —le pregunté con la voz alterada por un leve temor.

—Sí —dijo él, abriendo la puerta de una vez—. La rubia, la que tiene el diamante.

Esforcé la vista y distinguí a Jeanie sentada sola en una celda. Ella me vió a mí en el mismo instante. Su mirada era fría; no expresaba resentimiento precisamente, sino frialdad nada más.

—¡Jeanie! —grité, mientras salvaba corriendo al espacio que nos separaba.

—¿Dónde está Emmy? ¿A dónde se fue?

—Se lo diré yo —respondió a mi espalda el policía—. No pudimos retenerla. ¿Sabe usted quien era? Emmy Lou Riter. Es una mujer famosa, y no se puede retener gente en el calabozo solamente porque a uno le parece bien.

Yo no quería que me enterara él; quería el informe de Jeanie.

—Jeanie, por amor de Dios, dígame a dónde se fué. Me interesa saberlo; es la cosa más importante que le he preguntado jamás.

—¡Tan importante como hacerme detener y tratar de poner a mi hermano en un compromiso!

Su voz era más fría que el viento del Ártico y más cortante que el filo de una navaja. En cualquier otra ocasión quizá me hubiera desconcertado, pero ahora estaban en juego demasiadas cosas, y más con la repentina y alucinante inclusión de Emmy en medio de ellas, creo que Spade se olvidó de ser fino con una dama.

Óigame, Jeanie. Su cobarde hermano no me importa un ardite. He pasado estas últimas horas con Paulen, y voy a cogerle. La hice detener a usted para que pudiera salir cuando yo tuviera a Paulen en sitio desde el cual no consiguiera causarle ningún daño. Entonces podrá trasladarse a Los Ángeles con la bandera al viento, cosechando todos los elogios. Yo he sido el protector de usted y del canalla de su hermano, y ahora me encuentro con que Emmy está fuera de aquí, no sé dónde. Dígame a dónde fué y por qué salió, y dígamelo pronto porque la tarde que he pasado hoy no es de las que estimulan la paciencia de un individuo.

Mientras estuve hablando, su faz experimentó diversos cambios; ahora, al final, mostraba una mezcla de miedo y de entusiasmo.

—Salió en busca de usted, Danny —me dijo sin levantar la voz.

No comprendí el significado de la frase, y le pregunté con aire un poco estúpido:

—Espere un minuto. Repítame lo que ha dicho. ¿Qué significa *en busca de mí*?

—Emmy estaba asustada; cuando Johny vino aquí temió que usted estuviera herido, o muerto, o que le hubiera ocurrido algo.

La interrumpí en aquel mismo punto:

—¿Johny estuvo aquí?

—Sí, vino poco después de llegar nosotras. Había visto lo que nos ocurrió. Nos dijo que desde aquel momento era él quien había de tomar la iniciativa. Por su parte, Emmy afirmó que no iba a permanecer encerrada, en un calabozo mientras le asesinaban a usted, y decidió que ella acompañaría a Johny y que yo me quedaría aquí a causa del diamante. Y se fué.

—¿Con Johny?

—Ciertamente.

—¿No sabe a dónde se dirigieron?

—No, Danny, no lo sé. Pueden encontrarse ahora en varios sitios diferentes.

—Claro, claro, pero ¿no le dijo nada Johny que le permita darme una idea de adónde pensaba ir?

Jeanie reflexionó un momento. Pude notar que se le ocurría una idea, parecía recordar algo… Pero luego la rechazó.

—No —murmuró—, aquello no significaba nada.

—¿Qué? ¿Qué? —le pregunté gritando, cogiéndome a los barrotes empujado por la ansiedad—. ¿Qué era? Dígamelo. Lo que sea. Acaso signifique algo para mí.

La chica vaciló, como si se esforzara en recordarlo bien.

—Dijo que si la cosa se ponía demasiado fea, Paulen disponía de una vía propia para salir. Afirmó que la Golden Gate[7] tenía la respuesta para Paulen.

Jeanie se quedó mirándome descorazonada, como si sus palabras no me proporcionaran indicio alguno. Verdaderamente no me lo proporcionaron. Por lo menos al instante. Permanecía ante ella con los ojos fijos en los suyos, con el aire de un individuo que se

encuentra delante de una máquina cuyo último muelle ha saltado fuera de su alcance.

—Golden Gate —repetí en voz alta.

Allí tenía que radicar la respuesta. ¿Por qué estaba tan seguro Paulen? ¿Qué solución le guardaba la Golden Gate? Era una puerta para muchos, cierto, pero ¿cómo podía serlo para él? ¿Qué tenía de muy especial?



—¡Eh, guardia! —me puse a gritar—. ¡Dirija los focos hacia acá!

—¿Qué diablos querría indicar el solemne granuja? —exclamé lanzando un juramento, loco contra mí mismo por la ineptitud de que daba prueba en aquel momento—. Me lo explicaría si se tratara de una carretera, pero las tenemos bloqueadas. No puede huir hacia Sacramento; no puede marchar hacia…

Pero aquí me detuve. Dios sabe el motivo de que mentara Sacramento en primer lugar, el caso es que este nombre fué la llave del problema. Debajo de la Golden Gate se deslizaba el río que corría hacia la capital del Estado: Sacramento. Un hombre que hubiera realizado los preparativos pertinentes, podía viajar sobre sus aguas, y no hubiera vacilado en afirmar que Paulen estaba, preparado precisamente para aquella eventualidad.

—¡Eso es! —exclamé en voz alta.

Y en el mismo instante me volví y escapé corriendo.

—¡Danny! —me gritó Jeanie—. ¡Danny, sosiéguese!

Sus palabras me siguieron a lo largo de los pasillos. Sólo que aquella voz había sufrido una transmutación, convirtiéndose en la de Emmy. ¡Emmy Lou, la muchacha que se había libertado del calabozo porque sufría… por mí!

CAPÍTULO XII

Clancy me esperaba en el exterior. La conversación con el inspector había terminado y ahora me buscaba a mí.

—¿Qué sucede? —quiso informarse cuando vió mi rostro.

—Emmy Se fué.

—¿Cómo pudo salir? —inquirió él.

—Uno de sus subordinados decidió que no habían pruebas suficientes para retenerla.

—¡Y no las había! —convino Clancy—. ¡Pero en este caso las pruebas nada tenían que ver!

—Johny Powers se fué con ella —le dije mientras caminábamos por el largo corredor que nos condujo a la oficina principal.

—¿Sabe a dónde se dirigían?

—Sólo se me ocurre suponer que se habrán encaminado abajo, hacia la bahía. Algún paraje habrá en ella en donde uno pueda subir a un bote y marcharse a Sacramento.

—Usted se agarra hasta a la última posibilidad, ¿no es cierto?

Contesté con un movimiento afirmativo. En aquel momento sentía que el mundo se me echaba encima. Sabía, sin que cupiera la menor duda, que no me quedaba un átomo de esperanza, y sin embargo no se me ocurría ningún otro recurso. Ni podía, tampoco, permanecer sentado. Le expliqué a Clancy lo que me había contado Jeanie. Él fué de mi parecer.

—Sin duda —dijo—. Paulen ensayará este medio, pero… ¿desde qué punto? Quizá Johny Powers lo sepa; nosotros no lo sabemos. He puesto guardias en las cuatro carreteras. Ahora estarán ya en sus puestos ¡No podemos pedirles que al mismo tiempo patrullen por las márgenes del río también!

—Hemos de hacer algo. Clancy —repliqué—. Usted quédese

aquí. Yo iré a ver a los guardias que vigilan las márgenes del río. Expídame un pase.

Clancy estuvo dudando durante cinco minutos enteros; luego dió medía vuelta, tiró de un cajón de la mesa y me entregó un trozo de cartulina que iba a servirme de mucho.

—Ándese con cuidado, ¿eh? —me dijo—. Esto podría costarme el empleo.

—No será así —le aseguré. Y diciéndole—: ¡Gracias! —Salí del edificio.

En la calle la niebla era densa, lo cual representaba una ventaja para Paulen. Empero ¡es que todo parecía conjurarse en favor de aquel malvado! Una cosa podía darse por cierta: si en estos momentos no había llegado aún ningún informe de los puntos en donde revisaban la documentación de los coches, ello significaba que Paulen no intentaba huir por carretera.

La idea de Jhony Powers, referente al río, podía constituir la respuesta exacta. Pero yo deseaba que hubiera sido un poco más explícito. La distancia a salvar era enorme… ¿O acaso no lo fuera tanto?

Empecé a plantearme interrogaciones. Había junto al río toda una hilera de almacenes; el punto de partida no estaría cerca de ellos. Tampoco usaría Paulen una embarcación pequeña para tal viaje; todas las probabilidades hacían creer que escaparía en un buen barco. Así le sería más posible evitar la vista de los policías, quienes suelen navegar en una canoa pequeña, cubriendo la orilla con los proyectiles de pequeño calibre y con una ametralladora montada en la cabina de proa.

Era indudable. Paulen no querría correr el riesgo de verse aniquilado por un policía del río. Los proyectores que usan éstos son capaces de descubrir hasta los topos que van por el agua; aparte de que uno que navegue en un bote pequeño no puede desarrollar la velocidad suficiente para dejarles atrás.

Mientras mi cerebro se debatía en este laberinto de ideas, mis ojos se esforzaban en horadar la niebla y encontrar un taxi; aunque ésta no era precisamente la noche más indicada para que circularan. Alguno habría en alguna parte, pero no parecía que se hallara ninguno en mis proximidades.

Mientras iba andando choqué con un caño de agua para caso de

incendio; el golpe que recibí en el vientre me dejó inmóvil durante unos segundos. Entonces oí el carraspeo asmático de un coche que se acercaba. Bajé a tientas de la acera y probé fortuna gritando con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Eh! ¡Pare, por amor de Dios! ¡Eh! ¡Pare!… ¡Quienquiera que sea, pare!

—¡Váyase al infierno! ¿Quiere que le atropellen? —gritó en respuesta la voz del conductor ¡Una voz saturada de la cortesía de los viejos tiempos!

—Si ello ha de hacerle feliz, compañero, sea en buena hora —le dije sin moverme.

Detúvose con un chirriar de frenos cuando estaba casi encima de mí. Yo me hice el sordo a su vocabulario, un poco florido quizá, y di la vuelta por delante del motor para acercarme a la ventanilla. Era un taxista, en efecto, ya no joven, pero respondón como el primero.

—No vale la pena que me pregunte nada, compañero —me advirtió—. No quiero hacer ningún viaje, con esta niebla; convénzase de ello. Me voy a casa.

—Lléveme hacia la bahía —le dije, subiendo al asiento de atrás.

El chofer sufría un ataque de cólera silenciosa. Yo saqué la cartera, pero no para comprarle (estaba ya cansado de comprar gente), sino para mostrarle el rectángulo de cartulina que me había dado Clancy. No me avergonzaba de aprovecharme de la policía para socorrer a Emmy. Después de haberla leído, el conductor lanzó otro juramento.

—¡Y que tenga que llevar a un policía! ¡Entre la multitud de peatones que esta noche me habrían dado un buen paquete de dinero para un viaje, aquél con quien he ido a topar tenía que ser un policía!

—Este año todo anda mal —le atajé—. Vámonos a la bahía, ¿le parece?

El taxista soltó el embrague y volvió a poner el coche en movimiento.

—Ahí abajo no podré ver mi propia mano ni puesta delante de los ojos —refunfuñó.

—No me importa —repliqué—. No es su mano lo que busco.

Todavía murmuró algo más, que no creo fuera nada elogioso para mi árbol genealógico. Pero yo estaba ocupado meditando las

medidas que tendría que tomar luego.

—¿Conoce algo la orilla del río? —le pregunté.

—No hay taxista que la conozca mejor, porque suelo ir a pescar —me contestó—. Pero como esta noche no veo nada, cualquier otro le serviría tanto como yo.

—¿Sabe si sale un barco para Sacramento, hoy?

El chofer meditó un momento.

—Creo que sí —me dijo—. Casi todas las noches van, señor.

—¿De dónde…, de dónde salen?

—De allá abajo, del desembarcadero de Halfners. ¿Allá es donde se propone usted ir?

—Eso es, en efecto —le expliqué—. Imagino que acaso encuentre por allí a unos amigos.

—¡Bastante afortunado será si logramos encontrar el desembarcadero!

Dichas estas palabras se concentró en el manejo del volante, porque, ¡diablos!, era una tarea que exigía toda la atención. A mí me extrañaba no verme obligado a ponerle el cañón de la pistola en la nuca para obligarle a colaborar conmigo.

Al descender la pendiente de la colina, la niebla de la atmósfera y los viejos tranvías nos obligaban a dar más de un patinazo; al chofer le resultaba difícil sujetar el volante.

A cada cinco pasos profería maldiciones. Contra la carretera, contra el coche, contra la niebla, contra la bahía… Pero ya no lanzaba ninguna contra mi persona. Acaso me viera como a un Dick Tracy persiguiendo al enemigo. Con todo y que mi maduro taxista no sabía que estaba metido yo en una empresa más extraña aún que las famosas aventuras de Tracy.

Cada vez oía más cerca el sonido de las sirenas para la niebla. Cuando dejamos de correr cuesta abajo y nos encontramos sobre un suelo horizontal, vi que estábamos casi junto al río.

—Ahí están los almacenes —me dijo.

Divisé unas manchas negras destacando en la obscuridad reinante; era la mole de los edificios. Sin embargo, no eran éstos lo que me interesaba. Hubiera sido inútil pedirle que acelerara la marcha, y, de todos modos, si el taxista se las había con aquella situación atmosférica, tenía que recordar yo que Paulen se enfrentaba también con el mismo obstáculo. Ése era el único detalle

esperanzador.

—Me parece que acaso pueda encontrar a sus amigos en el establecimiento de Lou —avisóme el taxista—. Es donde suelen ir los muchachos antes de partir.

—¿Ah, sí? ¿A casa de Lou? ¿Qué clase de establecimiento es?

—Se lo diré, señor. Es un establecimiento en el cual puede ocurrir lo inimaginable y al que uno acude cuando se ve obligado a mantener la distancia entre él y la policía. ¿No es este acaso el lugar que usted busca?

Comprendí que no había estimado en lo que valía al viejo taxista. Era evidente que conocía el paño a la perfección.

—Amigo —le dije—, lléveme al Lou; acaso no tengan lo que quiero; pero, de todos modos, la idea es buena.

Avanzábamos a un paso que hubiera hecho morir de puro aburrimiento a un caracol. Pero no podía ser de otra manera. A trechos encontrábamos el ambiente despejado, mas enseguida se nos volvía a echar encima un remolino de niebla dos veces más impenetrable que una cortina.

Yo deduje que, dado el tiempo transcurrido desde que había partido de enfrente de la Comisaría, en este momento Paulen podía estar aquí ya. La incógnita era si Johny estaba aquí también… y si Emmy le había acompañado.

El chofer anunció:

—Hemos llegado cerca de las embarcaciones mayores.

Y las vi sobresaliendo del agua, sumidas, unas, en una obscuridad absoluta, abandonadas por el personal, preparadas para pasar la noche en la inmovilidad cubiertas, de gente ocupada en ver a qué hora podrían salir y emprender la ruta hacia su destino. Ahora, no cargaban ya nada; esta tarea había terminado. Al pasar junto a ellas, las grúas estaban silenciosas. Sólo algunas se movían aún. Pero en conjunto sólo algunos barcos tenían el aspecto de estar prestos para partir.

Yo no tenía medios para saber su punto de destino; pero quizá el chofer estuviera más enterado. De todos modos aquí se veía más bullicio; a pesar de la niebla, la gente iba y venía atareada con sus quehaceres. A un embarcadero no lo paraliza ni la niebla. De los cafés salía el son de minúsculos pianos y, junto con los rayos de su brillante iluminación, se percibía un olor a café de mala calidad.

Uno de ellos sería el de Lou. Y en éste o en otro; estaría el hombre a quien buscaba…

De súbito, resistiéndome casi a dar crédito a mis ojos, me incliné adelante y cogí por el hombro al chofer, quien saltó de su asiento, asustado por mi repentina acción.

—¿Qué diantres le pasa? —exclamó.

No podía contárselo, por la sencilla razón de que para él no hubiera significado nada; ¡pero acababa de ver el «Cadillac» color crema!

—¡Pare! —le grité.

El taxista apretó el freno y el auto se detuvo tan bruscamente que dimos un salto en el asiento.

Bajé al momento y acerquéme al «Cadillac». Estaba parado, vacío, abandonado. Puse la mano en el radiador; todavía estaba caliente. Miré dentro. Nada. Nada que diera una pista sobre nadie. Me esforcé en leer la licencia y no pude descifrar otra cosa que el nombre: «George Thomas». Falso, naturalmente; lo mismo que todo lo de la cuadrilla aquélla.

Regresé al taxi, bajo la mirada observadora del chofer, quien creo se daba cuenta de que había ocurrido algo importante.

—¿Dónde está el establecimiento aquel que usted me dijo? —le pregunté.

—Ahí, en la otra esquina de la calle —me contesto—. ¿Quiere ir andando?

Respondí con un signo afirmativo e hice ademán de sacarme la cartera.

—¡Le esperaré! —me dijo el bueno del taxista. Yo fijé los ojos en su rostro y vi que permanecía impasible. Al advertir que le estaba observando, su mirada se cruzó con la mía—. Ya no encontraría otro viajero, y usted, en cambio, tendrá que regresar, ¿verdad?

Asentí con un movimiento de cabeza y una sonrisa a flor de labios. Una sonrisa que no llegó a florecer abiertamente.

—Sí —le dije—. Gracias. ¡Veré de regresar!

E inmediatamente di media vuelta y me puse a caminar por la orilla.

Mis ojos se habían habituado a la niebla; divisaba mejor los objetos. Contaba además con las luces de los barcos y las vagonetas de carga. Debajo de las lámparas que oscilaban en los postes

veíanse avisos y horarios de salida, y dominándolo todo a través de la niebla, oíase el reclamo de las sirenas y el rumor del agua.

Ya no me sentía excitado, sino frío. No estaba alarmado, sino dispuesto. Por ahí en cualquier parte, donde fuera, le encontraría. Acaso me viera él primero. Tanto peor. Acaso le viera primero yo a él. Esto no tendría nada de malo. En todo caso el fin se dirimiría aquí; aunque no en un lugar escogido. Pero la vida es así. Tampoco creo que Paulen, por su parte, hubiera elegido este estercolero en desorden como escenario de su muerte. ¡Eso suponiendo que fuera él quien iba a morir!

Andaba despacio; tenía tiempo. Nadie se apresura a ser testigo de su propio funeral; y los que han visto tantos muertos como yo no se apresuran tampoco para matar. Pero esto no significa que no anduviera buscándole. Por una extraña reacción, ello me inspiraba una especie de alborozo, nuevo, distinto.

Me sentía dominado por tal estado de ánimo, cuando, súbitamente, le vi. No me llevé la mano al bolsillo de la cadera. ¡Paulen estaba de pie, de espaldas a mí, hablando con Emmy y con Johny! Sólo que había otros dos individuos, uno a cada lado de los mencionados. Uno era el sujeto que conducía el «Cadillac», el otro me era desconocido.

Emmy parecía tranquila. Johny estaba lívido. El grupo se había colocado debajo de una lámpara; una lámpara de gas cuya llama oscilaba dando a la escena un aire remoto, teatral. Estaba a punto de quedarme contemplándolos admirativamente como si fueran un cuadro dramático, pero entonces uno de los dos satélites de Paulen me descubrió:

—¡Spade!… ¡Ahí está Spade! —gritó alarmado, y empezó enseguida a escupir fuego en dirección a mí.

Yo me eché al suelo y disparé apuntándole a la barriga. Paulen dió media vuelta, ¡y su primera precaución consistió en rodear a Emmy con el brazo, parapetándose tras ella antes de que yo tuviera tiempo de dirigir el arma contra él! Entonces me arrastré detrás de una pila de barricas.

Desde allí vi que Johny hacía el gesto de arremeter contra Paulen. Pero éste pegó primero. El bribón a quien yo había herido no había quedado fuera de combate del todo. Todavía empuñaba el arma, y como no podía verme para disparar contra mí, estaba

apuntando a Jhony. Yo proferí un grito:

—¡Johny! ¡Alerta, Johny!

Pero en el momento en que sonó mi voz, el pobre muchacho daba un salto en el aire con un balazo en la espalda. Sin embargo, no se desprendió de Paulen; continuaba agarrado a él, mientras el sujeto que estaba en el suelo vaciaba otras tres cápsulas en su espalda. Yo seguía gritando como un loco:

—¡Johny, por amor de Dios!

Al instante me levanté y eché a correr hacia el grupo. Mi acción era temeraria, estúpida, pero el arrojo con que se había batido el chaval a quien yo había acusado de cobarde no admitía que esperara ni un segundo más. Mientras corría, el otro mercenario de Paulen disparó. Sentí que el proyectil silbaba a poca distancia de mi mejilla. Respondí dedicándole un par de fogonazos y le alcancé en la rodilla. El «gángster» lanzó un alarido, tambaleóse desmañadamente y se vino al suelo, donde quedó gimiendo de dolor.

Pude oír que Emmy me llamaba, pero no me fué posible descifrar las palabras. Johny seguía cogido a Paulen con el abrazo de un muerto. Mas al fin me di cuenta de cuál era su intento: hacer que Paulen diera media vuelta. Y lo lograba. Paulen estaba de cara a mí, sujeto por un hombre que pertenecía más al otro mundo que a éste, y sin poder apuntar su arma. ¡Paulen se hallaba incapacitado a causa de Johny Powers!

En aquel momento estaba contemplando yo dos rostros: la faz incolora, diabólica, de Paulen y, detrás, la cara espantosa de Johny. El chaval pugnaba por vivir hasta haber ultimado su obra. Era preciso acudir a su muda llamada. Yo no había matado nunca a un hombre como Paulen. Tampoco iba a matarle ahora.

CAPÍTULO XIII

En toda la figura de Paulen se leía una expresión temeraria: la de un hombre que sabe que ha llegado a su fin, pero que, no obstante, todavía admite pueda producirse algún extraño milagro que le proporcione alguna posibilidad. Sin embargo, yo no sabía ver qué milagro lograría salvarle… ¡Por lo menos de mi parte no podía esperar el menor auxilio!

—¡Muy bien, Paulen —le grité—, tire el arma al suelo y acérquese!

La voz de Johny, ahogada por no sé qué obstáculo en su garganta, llegó hasta mis oídos.

—No —susurró—. Mátele; acabe con él. ¡No establezca tratos con el cochino! ¡Mátele!

—No voy a tratar con él, Johny —repliqué, esforzándome cuanto pude para que mis palabras se oyeran muy claras. La niebla se agolpaba de nuevo, interponiéndose entre nosotros como una densa nube, penetrando en mis pulmones y apagando mi voz—. ¡Quiero llevarle a la silla eléctrica! ¡La silla para Paulen! ¡Quiero que muera asado! ¡Lo tengo todo previsto!

—No…

Johny quería decir más, pero Paulen no le dió tiempo. De todos modos el chaval estaba acabando sus fuerzas.

Paulen pegó una repentina sacudida. Yo lo vi y disparé. Pero fallé el tiro. A tal distancia era un terrible inconveniente errar. Pienso que había querido asegurarme de no tocar a Johny. Aunque las consecuencias no pudieran variar mucho; en realidad era hombre muerto.

—¡Maldito sea! —grité lanzándome adelante.

Paulen se desasió del abrazo de Johny y empujó hacia mí el

cuerpo del muchacho. Lo recogí en mis brazos; vi junto a mi postro sus ojos helados. Creo que feneció en aquel instante.

Emmy me advirtió con un grito. El alarido de la joven sobresalía dominando un infierno de ruidos que parecían haberse desatado en aquel momento.

—¡Paulen huye! ¡No le dejes, Danny, no le dejes!

Deposité el cuerpo de Johny sobre el suelo con mucho cuidado. Emmy se acercó. Yo no quise perder tiempo.

—¡Encárgate de él! —grité, hundiéndome a toda velocidad en el espesor de la niebla.

La voz de la joven me siguió:

—No te preocupes, Danny. No podrás cogerlo en esta obscuridad; no lo intentes. ¡Paulen no puede salir de San Francisco!

Acaso no pudiera, pero: en aquellos mismos momentos estaba desplegando un formidable intento para lograrlo. Yo corría a toda marcha, tropezando con objetos que me eran extraños: cuerdas, cadenas, redes, montones de desperdicios de la playa, siempre oyendo delante el martilleo de su desesperada carrera. Paulen luchaba por aumentar la distancia que nos separaba. En esta ocasión tenía una ventaja de mi parte: era más joven que mi enemigo; podía resistir la marcha más tiempo que él.

—¡Ríndase, Paulen! —le grité—. No le queda ya tiempo ni para rezar un Padrenuestro.

Él no contestó; es decir, no lo hizo con palabras. Sonó un disparo; en un barril que había a mi lado se incrustó una bala. Yo seguí corriendo y me prometí no volver a gritar. Había olvidado que los gritos le indicaban el blanco. ¡Él apuntaba en la dirección de mi voz!

Sus pies volvieron a golpear el suelo. Eché a correr; pero me detuve al tiempo. Estaba en el borde de un muelle; un paso más y hubiera caído dentro del agua escondida bajo el manto de la niebla.

Hasta mis oídos llegaban las sirenas de los botes de la policía. No estaban lejos, y aun parecía que cada vez se acercaban más. Me pregunté si nos iban siguiendo, si también perseguían a Paulen.

Creía seguro que, ahora que sabía que no podía huir por vía marítima, trataría de volver a las calles de la ciudad. Por mar le era imposible, indudablemente, sobre todo teniendo, en cuenta la presencia de tantos guardacostas y tan próximos[8]. Paulen se

dirigiría hacia la ciudad con el propósito de deslizarse después fuera de ella. Sin embargo no podía imaginar aún, en estos momentos, cuán totalmente tenía yo acordonada la ciudad.

No temía que pudiera pasar entre las mallas del cerco, pero sí conservaba un saludable respeto por el talento organizador de su cerebro y presentía aún que, de algún modo, desde cualquier parte, saliera con una nueva treta que me dejara confundido. ¿No era admisible que tuviera preparado en la ciudad un refugio inexpugnable?

Me paré súbitamente. ¡No le oía! Imperaba un silencio mortal. Sucedía igual que si uno despertara y se hallase en un mundo extraño, en el mundo de los muertos. No se percibía nada; nada enfrente, nada por los lados; nada que no fuera aquella abyecta amarillez que me llenaba la nariz, los ojos, la garganta, y que parecía tan densa como un cortinaje. No podía aventurarme a extender el brazo sin exponerme a perderlo en aquella lobreguez. Y estaba todo en silencio, todo terriblemente callado.

Todo permanecía inmóvil. Todo. Ni un sonido. Ni un aliento. Lo mismo que si hubiera sobrevenido el fin del mundo. Sucedía como en una de esas cintas, cuando el protagonista que va «al otro lado», en las que, sin variación, al caminar lo hace siempre a través de una nubosidad sin solidez y quedando siempre un gran espacio vacío por todos lados, delante y detrás, o sea una inmensidad sin fin. ¿Lo han visto alguna vez? Así ocurría ahora, aunque un poco peor, puesto que en algún punto de este vacío estaba Paulen. Acaso se hallara una milla adelante, acaso en este momento se me echara encima por la espalda. Quizá levantara el arma que seguía en su poder; quizá la apuntara contra mi oreja y se produjera un repentino estallido en cualquier instante. Esto es lo que podía ocurrir. Y yo no le hubiera visto ni hubiera oído, lo que me esperaba. No veía más que la niebla; no oía más que… el silencio. Tal era aquel silencio: tan denso que *podía oírse*.

Y entonces se produjo el ruido que lo rompió, contestando a mi pregunta y resolviendo mis pesquisas. ¡Se oyó en el agua un leve chapoteo!

—¡Paulen! —grité—. ¡So loco! Por este medio no logrará nada. ¿No sabe que el río está lleno de policías?

Avancé siguiendo la dirección de aquel sonido. Avancé con

cautela, lentamente, porque no tenía el propósito particular de caerme al agua desde el muelle, al seguirle. Todo el rato continué hablándole a gritos; al fin me puse a llamar a la policía. Sin embargo, no oía nada, ni siquiera el movimiento de Paulen. Avancé poco a poco, y de pronto, hela ahí a mis pies, la superficie sucia, repelente, del agua de la bahía, poblada de madera de desperdicio y de los apelotonamientos flotantes de la basura de la orilla.

Ahí abajo, en algún punto de aquella superficie, nadaba Paulen, quizá yendo al encuentro de una cita. Cuando en mi mente tomó cuerpo la idea de que era posible que escapara, una rabia incontenible se apoderó de mí. ¡Maldita sea! No podía dejarle marchar; mucho menos después de todo lo que había sucedido. Ni podía permitir que se ahogara. Quería exigirle mucho más.

Saltar al agua no tenía objeto; ustedes no hubieran podido dar ni con un trasatlántico como el «Empire State» si hubiera estado anclado allí. Di algunos gritos más para advertir a los guardias. Ellos disponían de focos para la niebla. Si atravesábamos la cortina amarilla con los ojos de los faros eléctricos, quizá entre todos fuéramos capaces de encontrar algo.

Aquellos gritos constituyeron mi primer error. El segundo fué el permanecer tan cerca del borde del muelle. La única posibilidad que no había considerado era que Paulen pudiera estar suspendido en los bloques situados debajo de los andamios de madera, esperando su oportunidad para levantar el brazo y tomarse la revancha.

Sentí que me cogían por el pie, y antes de que tuviera tiempo de recobrar el equilibrio me tambaleé locamente, tratando de soltarme, y luego me hundí de cabeza en el agua aquella, cubierta de una capa de suciedad y fría como el hielo.

La impresión que me produjo la zambullida fué como… como una ducha de agua fría. Quedé sumergido, engullí una buena cantidad de aquel brebaje horrible… y me puse a bracear y patalear con todas mis fuerzas.

Mi cerebro, que todavía trabajaba con bastante rapidez, me advirtió que Paulen estaba esperando que saliera para acabar conmigo; que antes de intentar la fuga quería quitarme de en medio. ¡Sin mí podría abrigar mayores esperanzas!

Salí a la superficie y aspiré una buena bocanada de aire. Otro error. Lo conveniente hubiera sido permanecer silencioso para que

no me oyera, comportarme con mucha cautela, dado lo cerca que se hallaba el enemigo. No hice ni lo uno ni lo otro. Salí impetuosamente… y al momento sentí unas manos alrededor de mi cuello que volvían a sumergirme.

Por más que pataleaba como un loco, aquellas manos nervudas me hundieron bajo la superficie. Ahora, mientras pugnábamos debajo del grasiento líquido, le vi. Era un rostro irreal, con el cabello flameando para atrás, como azotado por un fuerte viento… Pero era el agua la qué le daba el aspecto de esqueleto. Quise cogerle por el cuello, mas el agua retarda los movimientos de uno. Me dió la sensación de que estaba pugnando a ritmo lento en medio de una masa viscosa.

Se me reventaban los tímpanos, me dolían los ojos de tanto esforzarlos y, sobre todo, sentía en los pulmones la punzada dolorosa causada por aquella sed de aire que no podía satisfacer. Entonces me soltó y subió a la superficie. ¡También él había tenido que salir para aspirar aire! Yo asomé fuera del agua un instante después.

Mientras respiraba a pleno pulmón levanté el brazo, con la intención de cogerle por el pelo, pero mis dedos resbalaron sobre su cabeza y se me escapó.

Él volvió a sumergirse y me cogió por las piernas. Antes de que me hundiera de nuevo, quise aspirar algo más de aire… Aunque lo que tragué principalmente fué agua.

Con esto el asunto se puso feo. Ahora sentía los efectos del líquido engullido. Siguiendo la lucha, me retorcí, me doblé y extendí las manos buscando locamente una parte cualquiera de su cuerpo por donde pudiera agarrarle. Empero, cuando a mi enemigo le parecía que me tenía demasiado cerca me soltaba y volvía a la superficie. Esta vez yo extendía los brazos desesperadamente sabiendo que tenía que agarrarle enseguida o de lo contrario con su táctica llegaría a rendirme. Reuniendo la última onza de fuerza que me quedaba, di un par de brazadas debajo del agua para ir a salir unos pies más allá de donde me estaba esperando.

También a él le oí resollar como un loco. Inmediatamente de salir, puse todavía un poco más de distancia entre nosotros. Como mis ropas se iban empapando de agua y era previsible que con su peso, dentro de poco rato, me arrastrarían al fondo, me quité la

chaqueta y la dejé que se hundiera a su placer. Luego me tendí de espaldas para recuperar la normalidad en la respiración, pero sin dejar de escuchar atentamente. Por los resoplidos de Paulen, que llegaban hasta mí, noté que se sentía inquieto. Él no me oía bien y no podía adivinar en qué punto me encontraba. No percibía ningún chapoteo porque yo no nadaba. Me limitaba a flotar.

Así permanecí un rato, dejándole en la incertidumbre. Luego me volví, sintiéndome repuesto y a punto para acometerle de nuevo. Indudablemente, Paulen oyó que me movía. Supuse que se habría sumergido y que trataría de cogerme otra vez desde abajo.

También yo me sumergí. Traté de divisar algo a través del líquido que inundaba mis ojos. No obstante, ahora la obscuridad era mayor que antes. Pensé que nos habíamos acercado a la orilla, que estaríamos casi debajo mismo del muelle y que ello significaba un peligro. Con tal negrura uno se exponía a moverse por el agua sin saber a dónde iba y a encontrarse luego inopinadamente debajo de los armazones de madera. En tal caso al intentar volver a la superficie, las consecuencias serían muy simples. Un golpe en la cabeza, el desencadenamiento repentino de una pelea para sacar la nariz fuera del agua en busca del aire… Y entonces el pánico acelera la respiración… uno se revuelve unas pocas veces más… y viene la nada.

Reconfortado con tan gozosos pensamientos, me apresuré a sacar la cabeza del agua, pero sin pérdida de tiempo. Al instante, oí el roncar del motor de un bote que estaba a punto de echárseme encima.

—¡Eh, guardia! —Me puse a gritar—. Dirija los focos hacia acá. Aquí está el malvado. ¡Le he sorprendido por estos alrededores!

Era el bote de la policía que salía de entre la niebla con los focos derramando su cinta luminosa hacia el frente y que por poco si no me hunde en el fondo. Sus ocupantes me oyeron y viraron un poco. Por mi parte, al ver cuán fácil era que me atropellasen, me alejé unos metros. Uno de los policías me cogió por el cuello de la camisa.

—No —le grité—. No está lejos. Hace unos segundos nada más, estaba luchando con él.

—Suba aquí, compañero. Podremos hundir a su enemigo con la quilla.

Pero no era aquello lo que yo quería. Yo ansiaba coger a la hiena con mis propias manos.

—Espere un minuto —le dije al policía—. Me parece que le oigo.

No era verdad, claro está. Con la algarabía estrepitosa del bote no había medio de oír nada. Volvieron a llamarme, pero yo me alejé sin hacer caso, dirigiéndome al punto en donde le había atacado la última vez.

Ahora estaba cerca de la orilla y seguido por el foco de la luz de la embarcación. Pasamos diez minutos buscando inútilmente, hasta que me puse a temblar de frío y de rabia. ¡Sabía que Paulen tenía que estar tan cerca que hubiera podido tocarle con el brazo, con sólo saber en qué dirección debía extenderlo! Sin embargo, mi certidumbre no me servía para nada. Por el momento, Paulen me había vencido. Quizá estuviera escondido a la distancia de algunos pies, pero mientras persistiera la niebla podía considerarse a salvo. Y la niebla podía persistir durante doce horas consecutivas. La cuestión de si le sería posible resistir tan larga permanencia en aquella masa congeladora, resultaba una interesante especulación, pero yo presentía que aquel hombre tenía trazado un plan y que este pequeño ejercicio era solamente una parte del mismo. ¡Si no actuaba con mucha rapidez y mucha inteligencia, Paulen se me escurriría de entre las manos!

CAPÍTULO XIV

Sentía un frío excesivo para ir recorriendo la bahía a nado, de modo que llamé a los ocupantes del bote de la policía, gritando:

—Perfectamente, amigos, subidme a bordo. ¡Creo que me inclino por terminar esta aventura sentado en la canoa!

Cuando estuvieron cerca de mí, levanté los brazos para cogerme a las dos manos que se me tendían. Me subieron de un tirón y me ayudaron a acomodarme en el bote, pero el objeto cuya vista recibí con mayor agrado, fue el frasco que sacó uno de los agentes.

—Tome —me dijo—. Ahí abajo hace mucho frío.

¡Y que me lo dijera! Acepté la botella agradecido y engullí un buen trago, que penetró en mi interior como fuego líquido. Me sentí bien. Aquello era lo que necesitaba.

—Tendremos que esperar hasta que se levante la niebla, señor —el guardia me miraba con atención al mismo tiempo que me daba esta noticia. Imagino que mi rostro le indicó claramente que la esperaba y que la consideraba pésima—. Lo siento —excusóse.

Y el motor dejó de funcionar.

—Usted no sabe de la misa la media, compañero —le dije, con amargura.

En efecto, éste era el golpe más duro que jamás tuve que soportar. Significaba que la suma de todas las angustias, de todas las preocupaciones, de todas aquellas raras escapatorias, de la sangrienta lucha… y sobre todo, de la muerte de Johny Powers, daría por resultado… cero.

Quieto allí, sobre el diminuto puente de la embarcación, me puse a meditar en el penoso momento que estaba viviendo. Y después de examinarlo bien, comprendí que la cosa no podía terminar de aquella manera. Yo no iba a permanecer dentro de

aquel tubo, esperando inactivo, mientras Paulen escapaba de mis manos. Si la policía costera de San Francisco pudo ser organizada en una fuerza eficaz capaz de cubrir todas las salidas de la ciudad, ¿por qué no podía ocurrir lo mismo con los guardianes del río?

Mientras iba pensando en ello, la idea tomó cuerpo en mi mente. Un segundo después, heme ahí volviéndome hacia los policías de la canoa, rezumando de espíritu persuasorio por todos mis poros. ¡Con ello, ningún obstáculo podría levantarse en mi camino!

—Oigan —les dije—. ¿Por qué no podemos bloquear el río?

Los policías me miraron. Mejor dicho, todos aquéllos a quienes podía *ver* me miraron. Los demás, quedaban confundidos en la penumbra de la niebla arremolinada.

—¿Está loco? —Fué su réplica.

—¿Tan gran locura es querer detener al tipo ése?

—¿En estas condiciones? Sí, lo es. Escuche, amigo, si lo que pide fuera posible, estaríamos a su disposición, pero no puede ser. Créame, yo sé como está la situación en el río. He pasado siete años subiendo y bajando por él. He visto noches en las que algún demente ha intentado fugarse de la fortaleza de Alcatraz y nosotros hemos tenido que salir en su persecución. Pues bien, en una noche como esta hasta un penado de la isla conseguiría escapar.

Lo que decía era verdad. Todas y cada una de sus palabras eran ciertas, y penetraban el ánimo de los demás. Si no conseguía ganarles pronto para mi causa, al poco rato se habrían separado de mí, e igualmente se habría alejado Paulen. Intenté disparar ni última andanada, procurando que sonara bien despectiva para aumentar su efecto.

—Muy bien —les dije—. Lo dejaremos así. A los policías de tierra quizá les gustará saber la notable cooperación que habré obtenido de vosotros, muchachos.

Se produjo aquella clase de silencio que suele llamarse precursor de la tormenta. Y al cabo de un rato el jefe replicó, preguntándome:

—¿Qué es lo que se propone exactamente, compañero? —Con una voz cortante como el tilo de una navaja.

Tardé un instante en contestar, puesto que ahora tenía que acertar con la frase precisa.

—Esto y nada más —le dije—. Los policías de tierra tienen bloqueada la ciudad. Las cuatro, carreteras están cerradas, metidas

dentro de una red inextricable. Es una tarea magnífica. Ahora bien, cuando el bandido se me va de las manos y echa hacia el río, ¿de qué dispongo? De nada. ¡De un enjambre de policías fluviales que no pueden arriesgarse a coger un resfriado ni saben realizar un esfuerzo sostenido!

Era una arenga brusca por demás, y debo aclarar que no creía una palabra de todo lo que había dicho. Consideraba a la policía fluvial como un puñado de muchachos que realizaban una labor formidable, pero aquella noche no podía andarme prodigando cumplidos ni concediendo coronas de flores. Estaba tratando de conseguir que se hiciera algo, por el único método que se me antojaba posible: el método de la dureza.

Permanecieron callados unos segundos. Luego el jefe se dirigió a los demás, preguntándoles:

—¿Estáis conformes con esto? ¿Querréis que nuestros compañeros de tierra nos atribuyan la responsabilidad a nosotros?

Y su voz vibraba ahora en un tono diferente.

No cabía duda de cuál sería la respuesta. Todos estallaron a la vez expresándose en distintos matices de intención y de violencia. ¡Disponían de un hermoso vocabulario aquellos muchachos! A medida que lo escuchaba despertaba mi admiración. Luego el jefe se volvió hacia mí con una expresión que equivalía a decir que descendería hasta los abismos para que pudiera volver a apresar al bribón que se me había escapado.

—Perfectamente, señor —exclamó—. Queda cerrado el trato. ¡Todo lo que la policía de tierra sea capaz de hacer lo haremos nosotros y mejor!

Yo le obsequié con una sonrisa.

—Así me lo imaginaba —les dije—. ¡Vámonos!

El jefe bajó al interior de la nave. Yo le seguí. Estuve escuchando como transmitía la alarma a todos los botes disponibles ordenándoles que vinieran rápidamente a donde estábamos nosotros. Cuando hubo terminado me encaré con él.

—Eso está bien —exclamé—. Ahora veamos si puedo echar una ojeada a nuestro alrededor. ¿Cómo podría proporcionarme un bote motorizado que me permita curiosear por ahí?

—No lo dirá usted en serio —protestó él—. ¡Por otra parte, considere que se expone a que le echemos a pique nosotros mismos!

—No tenga miedo, no ocurrirá —le tranquilicé—. ¡No me propongo permanecer en él el tiempo suficiente para que me aborden!

Pero el jefe no quería que me marchara. Lo comprendí, y, por mi parte, no estaba dispuesto a permanecer allí, dejando que *ellos* hicieran el trabajo. En los sentimientos que me inspiraba Paulen, había un algo muy personal. Tan personal que ardía en deseos de estrecharle la garganta con mis manos.

Habíame figurado, precisamente, que el único medio de disponer de una lancha consistiría en escapar corriendo y saltar sobre una de ellas en el instante en que el jefe se volviera de espaldas para dar la orden de que pusieran el motor en marcha. Durante unos segundos escasos, imperó el silencio, e inmediatamente después oí que Emmy lanzaba un alarido.

Emmy no era mujer para chillar sin motivo, por lo cual me figuré que ocurría algo importante y no me detuve en formalidades. Salté a la carrera de la embarcación, hendí el agua en una experta zambullida y me dirigí ansiosamente hacia la orilla. Lo que tuve que dejar a la ventura, eso sí, fué el punto de desembarco. ¡Lo encontré al chocar con él, y con fuerza! No fué con la cabeza, fué con la mano. Gracias a ello seguí viviendo.

Después de trepar por el borde del muro, me puse en pie. Todavía escuchaba la voz de Emmy, aunque ya no gritaba. El de ahora era una especie de sonido que me revolvía los intestinos. Eché a correr como un loco, sin preocuparme por la dirección que tomaba, ni por los objetos con los que iba tropezando en mi desenfrenada carrera. Por la misma fiebre que sentía de reunirme con ella, creo que olvidé la astucia y la llamé:

—¡No temas, Emmy, cariño mío, los marinos vienen a socorrerte!

¡Un disparo me contestó! Y por cierto que el fogonazo apareció endiabladamente cerca para que resultara tranquilizador. Me agaché pero apenas si lo hice a tiempo. El hecho de que Paulen tuviera un revólver, me indicó que se encontraba cerca de su coche. Un hombre que hubiera estado nadando tanto rato como él, no conserva sobre su persona un arma en condiciones de disparar. ¡Es un caso que nunca se da, como no sea en el cine!

Casi antes de que mi cerebro se hubiese formulado este

pensamiento, oí que el motor del auto se ponía en marcha y otra idea cruzó mi mente. ¡Se escapaba! ¡Y llevándose a Emmy! Además, yo no disponía de ninguna arma que valiera un ardite. Efectivamente, sólo tenía un revólver en el bolsillo, lleno de agua y con el gatillo atascado. De pronto, me vi en el centro de un chorro de luz. Los faros del coche cegaban mis ojos a través de la niebla. Detrás del volante entreví su rostro, lívido, alterado por el esfuerzo, y levantando el brazo le arrojé por la ventanilla, en plena faz, mi revólver inservible.

El automóvil fué de un lado para otro, patinó sin control. Cuando estaba llamando a voces a Emmy, el auto llegó al borde del muelle y desapareció en las aguas. Corrí hacia el borde y me lancé de un salto. La cubierta del «Cadillac» asomaba aún por encima de la superficie. Vi también que Paulen, con ojos salientes de enajenado, trataba de abrir la portezuela antes de que acabara de hundirse el vehículo, pero la presión del agua era demasiado grande y se lo impedía. Nadé hacia el otro lado y tiré con fuerza de la de Emmy. Al abrirse y sacar yo a la joven, el líquido penetró en el interior como un torrente.

—¡Vete nadando al muelle! —le grité—. ¡Yo voy a resolver la cuestión!

Creo que me dijo algo, aunque no la entendí.

Paulen había conseguido abrir la puerta y luchaba por verse libre del coche que se estaba hundiendo rápidamente. Me acerqué a él, el cogí y le ayudé a salir, pero sin miramientos. El «gángster» pateaba como un endemoniado, pero mis brazos continuaron agarrados a él como un par de sanguijuelas con músculos.

Sostuvimos durante un rato aquella lucha de muerte, y luego su cuerpo se relajó, empezando a arrastrarme con él hacia el fondo. Después de soltarle, me acerqué al borde del muelle para esperar que volviera. Paulen salió del agua a rastras, mucho menos combativo de lo que se había mostrado antes. Mientras esperábamos, su cuerpo iba empapando el suelo de agua. Cuando recobré el aliento, grité a los de la canoa:

—¡Muy bien, capitán, ya le tengo!

Mis pulmones resistían perfectamente. Grité un par de veces más y luego les oí acercarse a la orilla. Quizá me engañara la imaginación, pero hubiera dicho que la niebla no era ya tan densa.

Cuando el foco del bote nos localizó, me pareció ver que la masa informe que tenía a mis pies, se movía. En el momento en que los policías de la canoa respondieron a mi llamada, Paulen volvió rápidamente a la vida. ¡Y aún a tales alturas, quiso salvarla emprendiendo la fuga!

Quise lanzarme sobre él, pero me equivoqué y caí de bruces sobre la orilla del desembarcadero.

—¡Quédese quieto! —me gritaron los policías.

Y les obedecí.

Al momento siguiente partía de la canoa el tableteo de una ametralladora. ¡Los alaridos de Paulen, que rellenaban los intervalos del «rat-tat-tat» del arma, eran música celestial para mi oído! Al enmudecer la máquina, me levanté y me dirigí vacilando al punto en que me parecía tenía que haberse desplomado. Paulen y yo todavía teníamos algún negocio que terminar.

Dejándome caer de rodillas fui tanteando el suelo hasta que mis manos encontraron su cuerpo. Observé que le habían herido en la espalda primero, y al girar sobre sus talones mientras caía, también de frente. La rociada de balas casi le había partido en dos. Los guardias del río habían hecho con él un buen trabajo.

Pero seguía con vida. Magnífico. Era preciso que se enterara de un par de cosas. Al inclinarme sobre su rostro, vi en sus ojos una expresión horrorizada, inédita para él, una mirada que me produjo un intenso escalofrío de placer. Aquel frío dominio de sí mismo había desaparecido. ¿Qué quedaba en su lugar? ¡Un hombre dominado por el pánico, demasiado viejo ya para admitir la derrota!

Acerqué más mi rostro. El suyo estaba contorsionado. Los ojos amenazaban con saltarse de la cabeza, los labios, contraídos, como los de una fiera en la mueca de ataque, y, junto con todo ello, el *miedo* rezumando por todos y cada uno de sus poros sudorosos.

Todavía me aproximé más, a fin de que Paulen supiera con certeza que aquél a quien veía era yo.

—Te he cogido, Paulen —le grité—. He sido *yo*. Has fracasado, Paulen. ¿Me oyes? ¡Has fracasado!

Quiso levantar el brazo y sus labios se cubrieron de una espuma sanguinolenta que no tardaría en ahogarle. Yo confiaba que no fuera demasiado pronto. Le reservaba aún algo más.

Agachándome un poco, le metí la mano en el bolsillo. Estaba seguro de que todavía lo guardaba en alguna parte. En alguna parte… ¡Y por Belcebú! Así era.

Le saqué del bolsillo el diamante falso, envuelto todavía en mi pañuelo, y, cogiéndole la mano, parecida a una zarpa y encarada por el dolor se lo metí dentro gritándole al oído.

—Ahí lo tienes, Paulen. Es la piedra falsa. Mueres con un trozo de cristal. He ahí todo lo que te llevas a la tumba. ¡La derrota, Paulen! La derrota, y, por añadidura, un montón de amigos que te esperan allá a donde te encaminas. ¡Compañeros tuyos, como Joey, por ejemplo!

Sus ojos desmesuradamente abiertos estaban fijos en los míos. Su boca se movía como si tratara de decir algo. Yo me volví a inclinar sobre su faz. No quería perderme las últimas palabras del malvado.

Con su esfuerzo por hablar, la sangre que le cubría los labios se levantaba en forma de pequeñas burbujas.

—Spade… Spade…

—¡Sí! —le dije—. Aquí contigo, esperando que revientes.

Sus ojos se abrían más y más, crecían siempre, como si fueran a salir disparados de su cabeza.

—¡No quiero morir! —Logro exclamar, pero su voz se quebró en un balbuceo. La boca se le llenaba de sangre—. Tengo mie…

Y en aquel mismo segundo, sus ojos salientes quedaron helados. Había muerto.

—¡Maldito seas! —le grité—. ¿Por qué no habrás terminado la palabra?

Había intentado decir que tenía miedo. ¡El gran Paulen! Espantado. Derrotado y amedrentado.

Acababa siendo las dos cosas que más despreció. Era un topo que moría como un topo. Aunque hubiera vivido como un caballero.

Volví la vista hacia el cadáver de Johny, que yacía a poca distancia.

—Tú has sido el mejor de todos nosotros —exclamé.

Después, me levanté. Se había desatado súbitamente una ruidosa algarabía. Sonaban los pitos. La patrulla de la costa se reunía con nosotros. Los policías del rió transmitían señales y se dirigían hacia

nosotros para ver que se ofrecía. ¡La gente que había escapado mientras voló el plomo, salía ahora de sus escondrijos! Terminado el tiroteo, los cafetines se poblaban de bullicio.

Dirigí una mirada a mi alrededor, en busca de Emmy. ¡La joven no estaba allí!

—¡Emmy! —llamé, en voz baja primero, más fuerte después y a pleno pulmón finalmente—. ¡Emmy! —repetí, corriendo hasta el borde del muelle, sin verla por ninguna parte—. ¡Emmy! Por el amor de Dios, contésteme, Emmy.

Estaba casi loco, cuando…

—Levántame, por caridad —me dijo la joven, haciéndome bajar la vista.

¡Desde el suelo, a mis propios pies, cubierta de barro, empapada de agua, despojada de toda brillantez me miraba una mujer! Sus manos, azules de frío, se agarraban al borde del tinglado del desembarcadero, sus dientes castañeteaban, su nariz estaba roja… pero para mí era el objeto más bello de las cuatro partes del mundo.

Me incliné, la cogí por debajo de los brazos, deposité un beso en su boca fangosa y la levanté.

—¡Canastos! Resulta que me enamoré de un pez enlodado —le dije volviéndola a besar, para estar seguro de que comprendía el gozo que sentía al verla.

Llevéla hasta el café de Lou donde le hice tomar un vaso de Java bien caliente. Pedí prestada, además, una manta para abrigarla. Los empapados vestidos se pegaban a su cuerpo dibujando una silueta que me recordaba cosas que precisamente no quería recordar en aquel momento. ¡Tales memorias requerían más tiempo, mejor espacio y otra clase de confort!

Estuvimos sentados unos cinco minutos, poco más o menos, para recobrar el aliento. Luego levanté la vista y expresé en voz alta lo que estábamos pensando los dos.

—Ven —le dije—. Tenemos que informar a Jeanie.

Emmy asintió. Levantóse, vino hacia mí y me cogió del brazo, al mismo tiempo que se arreglaba la manta alrededor del cuello. Tenía un aire extremadamente vivaz, cándido, super adorable.

Cogidos del brazo, salimos del café.

CAPÍTULO XV

De pronto, la sala quedó llena de guardias. Sobre todos nosotros, se derramó un foco de luz. Provenía de una embarcación de la policía, cuyos ocupantes, no habiendo participado en la diversión, venían a indagar el motivo de todo aquel tiroteo. Un individuo de uniforme, alto y corpulento, se vino hacia mí con aire beligerante y con un revólver en la mano.

—¿Qué diablos pasa aquí? —quiso saber.

—Enfunde el arma —contesté—. El caso está resuelto. Mire —añadí enseñándole la cartulina que me había dado Clancy.

—No estará de más que me diga quiénes son esta gente —me dijo, enfundando el revólver.

Yo miré a Emmy Lou. Estaba pálida, pero no parecía que la formalidad aquélla tuviera, precisamente, que trastornarla.

—¿Conforme? —le pregunté.

—Si es ahora…, conforme —respondió.

Se me ocurrió pensar que la mención de tiempo era una delicada distinción.

Acompañé al policía hasta donde yacían los cuerpos de Johny y de Paulen. Los dos mercenarios tampoco estaban lejos de allí. Uno de ellos seguía lloriqueando como un niño, sujetándose la sanguinolenta rodilla con las manos.

—¡Cállate! —le ordené, para poder explicar al policía quién era cada uno.

—¿Todo esto ha sido obra de usted? —preguntóme.

Yo moví la cabeza negativamente.

—Todo, no —le dije—. Me ayudaron. Fué este chaval —añadí, señalando a Johny.

En aquel mismo momento, no quería extenderme en un sin fin

de explicaciones.

—Llamaré a Comisaría —dijo el guardia.

—¡Cumpla, si quiere con esta pequeña formalidad, pero llega un poco tarde! —le dije bajando la vista para fijarme en el lloroso bribón cerca del cual nos encontrábamos y al que increpé con estas palabras—: ¿Por qué no te callas?

Parecía que su compañero estaba sin conocimiento Me incliné y puse la mano encima de lo que él llamaba irrisoriamente su corazón. Latía. Después de todo, la batalla del día no había sido demasiado sangrienta.

—¿Me necesitará aún? —pregunté al guardia cuando se acercaba al teléfono, en el café de Lou.

—No —contestóme—. ¡Pero no se vaya!

Estaba bien. Por mi parte, decidí que lo que él quisiera importaba poco y me dispuse a dar el brazo a Emmy. Sólo que cuando nos pusimos en movimiento pareció que la orilla entera hormigueaba de uniformes y ninguno de ellos quería que nos marcháramos.

No hubo más remedio que volver a entrar en el establecimiento y tomar otro café. Emmy me contempló un rato en silencio, con aquellos grandes ojos suyos. Luego le cogí la mano, y le pregunté:

—¿Qué te impulsó a venir aquí?

—¿Qué opinas tú? —replicó ella.

—Niña —le dije—. Yo no opino nada.

Pero inmediatamente me incliné y la besé.

Mi intención era rozar levemente sus labios, mas allí estaba su boca con otro parecer… y sus manos que se levantaron y me sujetaron, una sobre cada mejilla. Después de todas aquellas violencias, era un momento muy dulce… y cuando fijé mis ojos en los suyos vi en ellos una infinidad de expresiones que hasta entonces nunca tuvieron.

—¡Cuidado! —Le advertí—. ¡Estás manifestando tus sentimientos!

—Está muy bien —contestó pausadamente—. ¡Me encuentro entre amigos!

Después de este coloquio salimos del café. Acababa de recordar que la noche no había terminado aún y que ya nos habíamos retrasado mucho para acudir a una cita dada algunas horas antes.

—Ven —le dije—. Tenemos que ver a Jeanie.

Al salir encontramos al mismo guardia de antes. Acercóse a mí con una expresión chocante en el rostro.

—El Inspector me ordena que le mande a usted, y a la joven también, a su presencia.

—Gracias —le contesté—. Pero no es preciso que se muestre usted apenado.

—Lo que hay es que no lo entiendo, he ahí todo —explicó—. Generalmente, a los detectives privados, el viejo se los come vivos.

—Esto ha cambiado —le advertí—. ¡Ahora come policías!

Aunque no esperaba encontrarlo, nos encaminamos hacia el lugar en donde había bajado del taxi, y ¡caramba! Todavía estaba allí con el chofer sentado en el interior. A pesar de que tuvo que haber oído el tiroteo, ni siquiera había bajado a ver lo que se dilucidaba.

En cuanto Emmy y yo hubimos subido, puso el motor en marcha. Su cara tenía una expresión flemática.

—Veo que ha regresado —dijo, mientras me acomodaba en el asiento.

—Sí —le dije. Y para no ser menos, añadí—: ¡Veo que me ha esperado!

El taxi se puso en marcha en dirección a la ciudad.

—¿A dónde? —preguntó el conductor.

—A la Comisaría —respondí.

Pero ni esto despertó en él la menor curiosidad Aquel hombre lo tomaba todo con cachaza. ¡Imaginé que me hubiera gustado comprarle, sólo para tenerle cerca de mí!

Puesto que el chofer era así, cogí la mano de Emmy entre las mías y me deleité pensando en lo blanda, en lo bonita que era. Pensé también en cuán triste había sido que Johny tuviera que morir para demostrar que era todo un hombre. Y todavía se me ocurrió que no sería nada sencillo explicárselo a Jeanie.

Emmy adivinó la mayor parte de mis pensamientos. Pude notarlo. Era una mujer que comprendía las cosas sin necesidad de que se las contaran. En ocasiones tales, uno lo notaba en su aire todo. Yo estaba calmado. Ella también. De no haber sido por Jeanie…

Mientras remontábamos la colina, la niebla se alejó. Había una

mayor claridad. Acaso se despejara la atmósfera. Los raíles de los tranvías reflejaban la luz lo mismo que antes, pero las cosas tenían un aire distinto.

Vi delante de nosotros el viejo edificio. ¡Empezaba ya a conocerlo! Agrupados ante la puerta, había un tropel de periodistas, pero, además, estaba Clancy, esperándome. Él me divisó dentro del taxi y bajó las escaleras entre un bosque de máquinas fotográficas que nos enfocaban.

Yo me incliné hacia el conductor.

—Gracias —le dije, dándole un billete de cincuenta dólares.

—Está bien —contestó él—. ¡Y pensar que pude quedarme en casa perdiéndome todo esto!

Después de apearme y ayudar a Emmy a bajar del coche, Clancy se hizo cargo de nosotros y nos abrió paso entre el grupo vociferante de los periodistas. Entramos en el edificio como pudimos. También allí había unos cuantos reporteros más, pero fuimos conducidos a toda prisa al despacho del Inspector donde nos esperaba Jeanie.

Por su rostro, vi que alguien le había dado ya la noticia. Sin embargo, no parecía triste. Sólo un poco desorientada. Acercóse a mí y me preguntó:

—¿Cómo fué? *De veras*, ¿cómo fué?

—Estuve orgulloso de él —le dije—. Usted se hubiera enorgullecido también.

No le faltaba mucho para deshacerse en lágrimas. Sin embargo, acogió mis palabras con una sonrisa.

Yo me volví hacia el Inspector.

—Si existe algún premio para recompensar a los que realizan una gesta de esta índole, Johny Powers debería obtenerlo.

El Inspector asintió con un movimiento de cabeza y contestó:

—Daré un informe sobre el caso.

Quise reconfortar a Jeanie dándole unas palmaditas sobre la mano. Me sentía irremediablemente torpe. Entonces se acercó Emmy y se la llevó a un rincón de la estancia.

—Me han informado de que cogió usted a Paulen —me dijo el Inspector.

Hice un signo afirmativo.

—Sí, pero ayudado por otros.

—Mañana hablaremos de ello —resumió él.

—Hablaremos —respondí, mirando el reloj.

Era la una. Pasaba una hora del límite de la medianoche que habíamos dado a Happenden para entregarle el diamante.

—¿Qué probabilidades hay de encontrar un avión que salga para Los Ángeles? —pregunté.

El Inspector cogió el teléfono e hizo las preguntas necesarias. Al cabo de un momento lo dejó y me dijo:

—La niebla está despejando. Creen que dentro de media hora podrán salir.

Yo me volví hacia Jeanie.

—¿Lo ha oído?

—Sí —dijo levantando la cabeza. Estaba cansada, pero todavía no había terminado su cometido—. Estoy a punto.

—Iremos con usted —añadí—. La acompañaremos.

Jeanie sonrió. Ello no lo hubiera indicado jamás, pero creo que estuvo contenta. Y creo que el Inspector se alegró también. ¡Le complacía que el diamante saliera de San Francisco!

Un automóvil de la policía nos llevó al aeropuerto tocando la sirena durante todo el camino, sin que tuviéramos que obedecer ninguna señal de parada. Al cabo de un par de minutos estábamos en el aeroplano, y tres horas después, llegábamos a Los Ángeles.

Acompañé a Jeanie hasta la puerta de la casa de Happenden y me quedé mirándola hasta que estuvo dentro del edificio. Su esbelta silueta se irguió en una nueva pose, con aires de importancia, al penetrar en la mansión con la conciencia del trabajo bien hecho.

Después regresé al lado de Emmy, que me esperaba en el Beverley Wiltshire. La vi animada y fatigada, a la vez, pero mayormente animada.

—¿Qué tal te sentaría una copa? —le pregunté.

—Te la agradecería —me dijo.

Por lo tanto, bebimos varias. Después fué ella quien inquirió:

—¿Qué te parece si me llevaras a casa?

—Piénsalo bien —le advertí.

—¿No quieres? —Preguntó.

—Sí.

Entonces me di cuenta de que, a pesar de lo fatigoso que había sido el día, el traje azul que llevaba Emmy, a despecho de las

manchas de barro que lo ensuciaban, hacía resaltar la luz de sus ojos.

Y era su luz la que iluminaba los míos.

FIN

José Pané Argelich, autor español que utiliza indistintamente los seudónimos de Brent Channing y Danny Spade y escribe para las colecciones populares. Sus obras basan sus argumentos siempre en el tema policíaco. Lo edita Bruguera.

Con el seudónimo Brent Channing escribió:

- La tumba de los diamantes, Barcelona, Bruguera, 1952, (col. Detective n.º 5).
- Dardos siniestros, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 23).

Con el seudónimo Danny Spade escribió:

- Trágica obsesión, Barcelona, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 24).
- Del brazo de la muerte, Barcelona, Bruguera, 1953, (col. Detective n.º 35).

Notas

[1] Cumbre del Mark. <<

[2] El lector observará que Mack es un nombre convencional que se dan al no conocer el verdadero. (N. del T.). <<

[3] Fiesta de la Independencia de los EE. UU. <<

[4] En español en el original. (N. del T.). < <

[5] En español en el original. <<

[6] Famoso penal de los EE. UU. (N. del T.). < <

[7] «Golden Gate» significa Puerta de Oro. (N. del T.). < <

[8] El lector recordará que en la bahía de San Francisco desemboca el río Sacramento. De ahí que se hable unas veces de río y otras de mar. (N. del T.). < <